

las gentes concienzudas, esas que se ven obligadas á depositar su fortuna y su honra en uno de estos tabellones de nueva especie, tuercen el gesto á esta observación, y la contradicen exclamando:—¡ Pero ellos juegan á carta vista!

Este es otro de los sinsabores del oficio; la malicia, que no duerme, ha tomado por su cuenta á los depositarios de la fé pública, desde el foro hasta el estado, y vaya V. á contener la malicia!...

Volviendo á nuestro tema, el lujo es el fanal del Agente-tipo de la raza; porque si bien tambien hay Agentes del género que podemos llamar con propiedad sedentario, este se confunde en la generalidad del vulgo; sus costumbres y necesidades no ofrecen materia á la crítica, y vegetan como pobres diablos para morir tranquilos, así como han vivido sin estrépito. Pero el Agente á la moda, el que hace viso, el que presenta todas las faces de las contradicciones y miserias humanas, no puede dispensarse de rendir un ciego culto á las necesidades sociales de la actualidad, ni dejar de figurar en esta galería de retratos contemporáneos.

Sigamos al Agente en el curso diario de su agitada peregrinación. Muy de mañana, sea cual se fuese la hora en que se acostó la noche precedente, necesita arrancarse de los brazos del sueño, para poner en órden los negocios de la vispera, verificar los asientos y regularizar sus libros, testimonios de fé, que no puede confiar á manos extrañas.

Si no tiene citas para dentro ó fuera de casa en aquel día, suele dedicar las primeras horas de la mañana en esos arreglos y en el de sus propios negocios, porque á la una en punto necesita presentarse en la Bolsa, teatro de sus manejos y sus triunfos.

Si tiene citas fuera, despues de tomar un lijero desayuno (chocolate regularmente) y de acicalarse con mayor ó menor cuidado, segun imagine volver ó no antes de Bolsa, manda poner el cabriolé y se dirige á la casa de las personas con quienes trabaja. Si llega á tiempo de ser recibido sin obstáculo, se introduce con marcial franqueza en el cuarto del patron á tomar órdenes: mas si por acaso tiene que hacer antesala, su oficio le obliga á resignarse y á sufrir una ó dos horas, hasta que ve abierta la puerta de su esperanza, esto es, la del gabinete del banquero. Entonces se presenta con menos soltura, escucha y propone con cierto encogimiento que contrasta notablemente con sus modales habituales y se despide con respetuosas reverencias.

¿Por qué este cambio de una á otra visita? se preguntará. En la primera, aquella que hizo sin esperar, la condicion no se reveló al hombre. Durante el tránsito, formando el Agente mil planes mas ó menos alegres, llega al lugar de la cita y es recibido sin dificultad: habla con desembarazo, porque nada le afecta moralmente; pero no sucede lo mismo en la segunda. Dos horas mortales de antesala, de tiempo perdido y de inaccion, producen una serie de reflexiones, que insensiblemente llevan al hombre material al hombre moral. ¿Qué condicion es la suya? Servir al capricho, á la codicia ajena, y mientras sus insolentes lacayos se burlan á la puerta del mal aventurado transeunte que tiene que abandonar la acera y echar por el arroyo para evitar los salpicones de los corceles que pifan de impaciencia, el dueño del magnífico equipaje pasa por la humillación no menos triste, de aguardar entre otros criados á que su amo eventual se digne llamarle á su presencia. Y este amo no es ningun grande, ningun poderoso, ni por el nacimiento ni por la fortuna: á veces suele ser un aventurero trapalon, un caballero de industria, un ente despreciable que impone la ley al Agente público y le da sus órdenes, y le fija condiciones, y le somete á un exámen prolijo, y vitupera su conducta, y le reconviene y le despide con grosería.

De aquí nace ese cambio de conducta, que por fortuna es pasajera. El Agente, luego que termina el negocio para que fue llamado, y que tan mal rato le hace pasar, encuentra en la perspectiva de una ganancia segura la compensacion de sus penas. Cual otro Sancho, olvida los azotes por el dinero: vuelve á regentar su ligerísimo carruaje, y entre cálculos y esperanzas llega á la Bolsa donde su carácter de hombre público se revela con toda su imponente gravedad.

Aquí habemos de dejarle por un rato, mientras nos ocupamos del local, sin que pueda llamarse digresion tratar del elemento que da vida y sostiene al Agente, objeto principal de nuestro cuadro.

Al crearse la Bolsa, se eligió para este fin el reducido patio de una casa particular en la calle de Carretas; cerróse de cristales, hicieronse dos chimeneas, adornáronse con estátuas de yeso los huecos de las paredes, y se fijaron sobre los ángulos varios rótulos expresivos de los nombres de diferentes plazas mercantiles de España y el extranjero. Rodeaba á este patio una galería cubierta, y bancos y banquetas colocadas á lo largo de las paredes servian de cómodo descanso á los concurrentes. Si el local era pequeño, no dejaba de ser decente, bonito y aun elegante: los bolsistas se hallaban á cubierto del sol, el frio y las lluvias.

Pero el dueño de la casa, ó disgustado del ruido, ó deseando ensanchar sus habitaciones, reclamó su patio, y hubo de accederse á su demanda, despues de costarle al pobre muy malos ratos y de resolverse á obrar con los bolsistas á semejanza de Jesucristo con los vendedores del templo de Jerusalem.

Andúvose con mil apuros para la eleccion de nuevo local, hasta que por último se destinó para Bolsa otro patio, en el que fue convento de San Martin, y hoy sirve para las oficinas del gobierno político y diputacion provincial.

En este segundo corral, no hay que buscar pinturas, ni estátuas, ni chimeneas, ni banquetas. Cuatro paredes lisas y llanas, el firmamento por montera en invierno, un toldo de lona en verano, y el piso cubierto de arena cual calle en día de procesion, hé aquí la descripcion exacta de lo que el maldiciente vulgo llama Sinagoga, pero que sin duda debe llamarse Bolsa, por expresarlo así un letrado que hay sobre la puerta de entrada. Cuando llueve, la gente se retira á un estrecho cláustro que rodea al patio, y allí se apiña como arenques en estiva. El aire y los Agentes circulan con igual dificultad; los negocios se estancan en el extremo en que nacen, y en día de agua los trabajos son poco productivos.

En el centro del costado izquierdo del patio, y en uno de los ángulos del cláustro se ha construido el estrado, ó sea lugar de las publicaciones. Forma el estrado una barandilla de hierro circular con un pasamano de madera. Los Agentes son los únicos que tienen derecho á invadir aquel sagrado altar del sacrificio, en cuyo centro se mira impasible al *anunciador*, cuya voz pausada, cascada y macilenta, publica las operaciones.

Durante el curso de los fondos públicos, que empieza á la una y concluye á las dos de la tarde, no se permite fumar, pero al sonar las campanadas de las dos, todo el que es aficionado al tabaco enciende su cigarro, y la Bolsa se convierte en una taberna holandesa. No atiamos con la causa de la privacion que se impone á los fumadores por espacio de una hora: sin duda se teme que el humo, ocultando las fisonomias, no permita leer en ellas la expresion de buena fé que debe reinar en los contratos mercantiles, sutileza oriental que mas de una vez ha ocultado las flaquezas del Diván de la Sublime Puerta. Tampoco se permite la entrada en la Bolsa con baston. Esto ya se comprende con mas facilidad: á estar permitido el

uso de los bastones, muchos bolsistas se abstendrían de personarse en el mercado.

En resumen, el edificio Bolsa de Madrid, no tiene ningún punto de semejanza con los demás de su especie que existen en Europa: nos hemos acostumbrado de tal modo á las malas traducciones, que nos sería insoportable el espectáculo de una buena imitación. Como nuestro objeto no sea hacer una disertación moral acerca de este establecimiento, ni tampoco nos encontramos completamente iniciados en los intrincados misterios de un *juego* en que lleva la peor parte el especulador sencillo y bonachon, nos apartamos de las intrigas y manejos bursátiles, y una vez conocido el templo, volvamos á los sacerdotes que le sirven.

El Agente entra en la bolsa como el pez en el agua: una mirada tan rápida como penetrante y certera, le impone de la calidad de la concurrencia, y sin pérdida de momento empieza á examinar las conciencias de los prójimos reunidos, explotando la situación en favor de sus comitentes sin olvidarse de sí propio.

Si el Agente después de haber hablado en secreto con un vendedor ó comprador, pasa sin detenerse á trasladar á otro individuo la propuesta que acaban de hacerle, puede decirse que se ocupa exclusivamente de asuntos ajenos; pero si después de oída la proposición se detiene, saca su libro de memorias y hace apuntes ó anotaciones, entonces, excitado por alguna esperanza de lucro, es que calcula abrazar aquel negocio; y una vez decidido el suyo ó el ajeno, pasa al estrado, sienta en cuartillas de papel, preparadas al efecto, las bases estipuladas, y el impasible anunciador las publica incontinenti en esta forma:

«Se han hecho, tantos miles de reales, en tal género de papel, á tantos días fecha ó al contado, á tanto por ciento.»

Al oír el «*se han hecho*» por un instinto natural todas las cabezas se vuelven hácia el estrado, un silencio profundo reina en la Bolsa, y el murmullo de las conversaciones no continúa hasta que resuena el precio á que se acaba de hacer la operación.

Es fácil distinguir al Agente en la Bolsa, porque jamás está parado. Por pocos negocios que tenga, anda de un lado á otro, acercándose á los especuladores, proponiendo compras, oyendo precios, sonriendo á todos por descabelladas que sean las proposiciones, y manifestando cierto apresuramiento que dé á entender lo cargado que se halla de comisiones. ¡Triste condicion del hombre, estar siempre representando farsas para realizar los asuntos mas serios é importantes!

Como la boca del Agente hace fé, ha podido observarse, que alguna vez es este funcionario el regulador de los precios, con total independencia de los especuladores. Cuando un papel se halla en decadencia ó fuera de juego, no es extraño oír todos los días á primera hora, una negociacion verificada en aquella especie á precio ínfimo, el cual baja regularmente hasta la cifra que se desea. Los tenedores á quienes *falta resuelto* se apresuran á vender al *único* tomador que suele presentarse, y á poco se va notando la subida de aquellos mismos fondos, que corre parejas con el aumento del capital del Agente de Bolsa. Estos se llaman gajes del oficio, compensacion de los malos ratos ajenos á la carrera, estrategia peculiar del juego, que muchas veces sin embargo sucumbe ante la omnipotencia ministerial, la cual en estos últimos tiempos, sobre todo, se ha hecho sentir en la Bolsa con su notoria y paternal benevolencia hácia los caídos.

Terminadas las operaciones de Bolsa, el Agente pasa á la vida privada hasta la ora del paseo. En él despliega ese lujo de que hemos hablado: caballos, libreas, carruajes, diamantes, encajes en la camisa, todo es poco para personificar la moda con sus capri-

chosos dijes y atavíos: porque el Agente es mas fastuoso que elegante: no consulta tanto el buen gusto como la riqueza: hay en su persona cierta mezcla entre aristócrata y plebeyo, que trasciende á tiro de ballesta: puede decirse que es la personificación de la época actual, insustancialidad y positivismo.

Después del paseo, donde se le ve devolver saludos á horteras y marqueses, el Agente se traslada al teatro de moda, donde está abonado solo ú en comandita. Indispensablemente ha de bajar durante el primer intermedio entre bastidores, y pasar el resto del último acto de la función, en el camarín de alguna artista. En el día son las de baile las que mas tiran de la bolsa.

En estos tiempos en que, mas que en otra época alguna, el afán de figurar se ha hecho extensivo á todas las clases, y siendo esta una necesidad imperiosa para el Agente en boga, no es extraño verle funcionar en las asambleas municipales, triunfo que celebra con desmesurada ostentacion.

Su método de vida, sus relaciones, la costumbre de adoptar diferentes y variados modales y lenguajes, le dan aptitud para merecer de sus colegas los encargos mas delicados. El felicita á los personajes á quienes la fortuna eleva á la grandeza: preside en los festejos cívicos: despide y recibe á las personas reales cuando se ausentan y regresan á la capital: no falta á ningún besamanos, función religiosa, procesion ó acto de ayuntamiento en que se requiera solemnidad y aparato.

En estos casos es cuando nuestro héroe, elevado á la quinta potencia de sus dorados sueños, pone á contribucion á todas las artes, para que su persona sea el objeto mas *remarcable* de la fiesta: broqueles en forma de botones de brillantes, sujetan á la pechera de su camisa de holanda, rica guirindola de encaje, sin que las puntas de una arrasada corbata, prendidas con alfiler tambien de brillantes, oculten tan rico aparador: pantalon colan, con trabillas, zapato de charol con ahuecados lazos, chaleco blanco con botones dorados; abultada cadena y dijes en el reloj, y frac de rico paño belga ó frances, tan bien ceñido al cuerpo, que parece parte integrante del individuo, forman el fastuoso adorno de nuestro Agente, á cuyo complemento nunca falta el estrado guante amarillo y un rizado de pelo, cuya simetría y solidez le dan derecho á figurar dignamente en los aparadores que fija el Sr. Reigon á la puerta de su tienda barbería. Si la ceremonia requiriese baston, este suele ser de concha con puño de oro cincelado, y su correspondiente topacio brasileño en el centro.

Es con efecto cosa vistosa un hombre así ataviado, embutido en su pantalon y su frac como en una funda que contrae sus naturales movimientos, respirando esencias y reluciendo á los rayos del sol y á la luz de las bujías cual araña del cristal abrigantado.... El Agente vale entonces tanto por sí como por lo que lleva encima, y algunos suelen estimar en mas el capestro que el asno, parodiando á la dama del Comendador de Malta.

Cuando el Agente-concejal preside en los espectáculos públicos, es un magistrado tan complaciente, como *amador*, que bien pueden prometerse los espectadores funcion doble ó triple. Apenas grita el patio ¡*Otra!* ya está doblado el cartel en señal de asentimiento.

El Agente por este medio se hace tambien popular y todo entra en la especulacion.

Por último, lector amigo, del mismo modo que nos es imposible fijar el punto de partida del Agente de Bolsa, tocamos igual dificultad para señalar su término. Pasada la primera fuga de los negocios, el Agente, entrado en años y en caudal, asiste á la Bolsa mas como especulador que como persona intermedia. Conserva su carácter oficial como recurso para soste-

ner lo adquirido: sustituye al ligero cabriolé el *escar-got* mucho mas cómodo y significativo: edifica una casa de nueva planta acomodada á sus nuevas necesidades, y á las de su familia, porque este es otro rasgo característico del Agente elegante, no acompañar á su mujer ni á sus hijos durante los primeros años de corretaje, y no separarse jamas de ellos, despues que *intrusa* en el ramo de los banqueros.

Ya desde esta época su existencia es patriarcal: vuelve á confundirse, no con el vulgo de donde salió, sino entre los ricos á cuya clase pertenece: es elector, elegible, jurado, gefe en la milicia cuando la hay, y otras muchas cosas que justifican el antiguo adagio español:

«Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco, te basta.»

Terminaremos estas líneas con una nota importante. En el oficio de Agentes hay tambien *intrusos*; pero estos sufren la pasión y muerte de la agencia mientras que los propietarios realizan la promesa de la hermosa y gloriosa resurrección de la carne para los buenos. El Agente intruso, pária de la Bolsa, se distingue por la pobreza de su traje: los diamantes son para él el ave fénix; los guantes, incómodos zapatos para las manos; un abultado reloj de plata suspendido á un cordón de goma elástica, es todo el lujo á que pueden aspirar estos infelices, á quienes la ley persigue con el mayor rigor, porque buscan pan para sus familias. A veces el Agente intruso es un especulador de buena fé arruinado, que tiene que ocultarse á las pesquisas del hombre que fue el origen ó la causa de su infortunio; y mientras que con agitado afán se emplea en oscuras y mezquinas negociaciones calificadas de crimen por esa recta justicia que preside á los juicios humanos; mientras que busca para vivir, en un oficio que no da para vivir, su vista encuentra á cada paso con rostros que insultan su miseria, y con personas que pocos dias antes le tendian una mano amiga, y solicitaban sus órdenes con baja adulación.

El mes pasado, preguntando á un Agente de la Bolsa: — ¿Quién es aquel caballero con quien acaba V. de hablar? respondia con una inclinación; hija de la costumbre: — ¡Oh!... ¡ese es el señor don fulano, rico capitalista!...

Y hoy, al dirigirle igual pregunta, responde con desabrido desden:

— ¡Ese es un miserable intruso! —

RAMON DE CASTAÑEYRA.

LA PRENDERA.

Al describir el tipo cuyo nombre encabeza este artículo, se me ocurre, lector amable, aunque no seas tal la cortesía siempre sienta bien, se me ocurre digo, que el mundo en que vivimos, que la patria que habitamos, es la verdadera prendera, á la que alhajas unos ¡buenas alhajas! otros, muebles inútiles los mas, fuimos lanzados por la Prendera nuestra madre común la señora Eva: no otro motivo encuentro yo á primera vista, para que haya sido vinculado en la mujer tan importante oficio ¿qué somos en el mundo sino prendas? ¿qué hacemos sino empeñarnos los unos por los otros y contraer empeños y mas empeños, hasta el instante último en que ya la polilla nos pone fuera de combate? Hacinados como ropa vieja, nos encontramos en esta gran tienda, con mas ó menos salida, segun las prendas morales que nos asisten, influyendo no poco las físicas que nos adornan y consiguiéndolo todo en último resultado, la mejor de las prendas, el dinero. El hombre siendo prenda se em-

peña por satisfacer sus necesidades, sus gustos, sus caprichos las mas veces; la mujer siendo alhaja, se empeña tambien, por medir cumplidamente su vanidad y su orgullo; el santo lazo de estos dos seres no es mas que un empeño recíproco, tan empeño como el del criado que sirve por la comida que le ofrece el amo, como el del soldado que cambia su sangre por unos cuantos miserables reales. Todo se empeña, todo se vende en esta grande prendera, y ¿cómo no habia de ser así cuando hasta la palabra es prenda; prenda que se empeña, prenda que se vende?

Ahora bien, considera lector, que así como no hay cosa que se parezca menos á la justicia, que la mujer, tampoco hay cosa que se parezca mas á la Prendera que la justicia: recorre todos los establecimientos penitenciarios, mansion de esta, y allí encontrarás hombres de todas clases grandes y chicos, ricos y pobres, bien ataviados los unos, en la desnudez y la miseria los otros, y allí, aunque en sitios preferentes los que tienen para pagarlos, que las cárceles en España son como las casas de huéspedes, todas son prendas y fianza de crímenes, á todos los ha colocado allí la justicia, y á todos en fin los va dando salida conveniente, siendo de notar, que no son las cárceles los puntos de donde menos se surte nuestra *heroína*. La justicia, salvo alguno que otro inocente, prende á todo el que es malo; la Prendera es raro lo que tiene bueno, salvo alguno que otro ignorante que no sepa lo que vendió; la justicia coloca en sitio privilegiado y da tal vez mejor salida al que tiene para pagarlo; la Prendera, pone en primer término las prendas de mas valor y las mima de continuo y las acaricia con el plumero y las da pronto despacho; aquella trata á baqueta al desgraciado que nada tiene, y en su mansion no encuentra el curioso mas que hambre, miseria y desnudez; esta blande con energía los ásperos orillos para la mayor parte de sus prendas, y el observador solo trapos y basura encuentra cada instante: una y otra se mantienen con su trabajo; y así como para que haya confesores son necesarios penitentes, para que haya justicia se necesitan criminales, como son indispensables prendas para que subsistan *Prenderas*. No se crean por esto, comparables una y otra con el albañil, que por mantener el oficio, al tapar una gotera elabora media docena; la Prendera en todo caso podrá vender una prenda para comprar dos, pero la justicia no creo yo que condene á un criminal para absolver otros dos.

Ahora bien, todas esas prendas materiales que sirven al ser humano como de careta, todas estas prendas físicas que sirven para encubrir otras morales, y que á pesar de lo mucho que revelan, aseguran la paz del mundo con no saber hablar, en lo cual no nos hizo pequeño favor la Providencia, todas esas prendas digo, colocadas en un espacioso, aunque oscuro portal, constituyen una casa de prendas, un paraje destinado para su despacho, una prendería. Allí verás el dorado uniforme que alguna grandeza colgó de sus hombros, para ser grandeza, esperando que otra de nuevo cuño le descuelgue de su escarpia y le dé nueva forma, porque salvando las formas, hasta la vejez se salva. Mas allá encontrarás el traje de luces, que un dia en que no habia cera que luciese vendió la marquesa de C. Por un lado la toga que busca un juez y no le encuentra, porque hay mas jueces que togas; por otro la casaca de un miliciano que fue, y que no tiene inconveniente en pertenecer á un realista, ni en que el tal haya sido miliciano tambien. De una parte verás pendiente la espada de un general que llegó á serlo sin mancharla porque era muy curioso; de otra la rica blonda que la señora de Z. sacó fiada y la empeñó despues; sobre una silla el gorro molde de flan por lo chico, ó remedo de calesa por lo grande, y que de tanto ponerlo su señora lo mandó á vender; allí la capa que oculta con sus pliegues las averías que con-

tiene ; mas allá las botas símiles de las del mariscal de Sajonia , que es fama criaban chinchas por enero ; bastones de cañas de Indias ó mejor dicho conteras con puño de caña ; sombrillas que prestan sol , paraguas que dan agua ; y sombreros , pantalones y chalecos tan andados que ya era tiempo de que lograran descansar . En una mesa yacen los escaparates y en ellos depositadas las alhajas ; mirando con cuidado se ve alguna perla , preciosa por lo sola que se encuentra ; relojes que en vez de señalar la hora , esta les ha señalado su fin , pero relojes que sacándoles las tripas ,

pueden prestar oficios de fiambrrera , ó de cazos poniéndoles un mango , ó bien de calderos con atarles una soga : tambien algun puño de baston que con pasmosa quietud mira pasar las modas por ver si le llega la suya ; el mingo de algun juego de villar aguardando servicio en la orfandad de sus hermanas la pinta y la blanca ; medallas que buscan donde colgarse y relicarios que solicitan eria ; retratos con sus marquitos y marquitos que anhelan retratos ; cajitas de rapé para los ancianos , colmillitos de jabalí para los niños , con otra porcion de chucherias y bagatelas



La Prendera.

que en su lejano y primitivo origen debieron valer dinero . En esta gran tienda , depósito de objetos en buenos y malos usos , se reflejan , mejor dicho , se adivinan los usos y costumbres de nuestros antepasados ; en conjunto forman un museo de antigüedades , por partes una variada coleccion de árboles genealógicos ; cada prenda es una historia , y lo que en las mejor guardadas , hace remontar nuestra imaginacion al origen de la economía , en las otras por el contrario obliganos á descender á las miserias humanas y dános en rostro con el padron de la polilla . Todo junto forma un hermoso cuadro y en él se presenta la lucha abierta en que están continuamente el instinto de conservacion y el de despilfarro . Siendo de advertir que este cuadro se retoca de tiempo en tiempo ; que no constituye una prendería solamente lo que á la vista se pre-

senta : hay piezas que esperan vez ; otras que se las ve á la pública espectacion en tiempo oportuno , y otras que por ser de lana tienen sus dias privilegiados , que son aquellos en que corre fuerte huracan y salen en tropel á que las pase .

En lontananza de este gran cuadro se encuentra nuestra heroina , mujer que frisa en los cincuenta , pero ágil en extremo , de mirada audaz , aspecto grave , aunque voluble , magra de carnes , gruesa de vestidos y un si es no es parecida su cabeza á las prendas que posee , es decir , falta de pelo . Desde el instante en que por la mañana barre el portal , y saca de una especie de despensa los trapos de cristianar , se sienta á hacer labor , no sin tener al lado su arma principal , la horquilla con que cuelga y descuelga las prendas queridas de su corazon , para las cuales es á manera de un

memorialista que las busca acomodo. Colocada en aquel centro manantial de recuerdos é ilusiones perdidas, de vez en cuando alza la cabeza, como si oyera las tristes lamentaciones de alguna pieza, y se levanta corriendo, y se dirige á la prenda, y la hace preguntas y se las contesta ella misma, y la muda de sitio y la examina despacio y compendia su historia y busca los lados por donde en un caso puede hacer su mas completa defensa.

No creas, lector, por lo que dejo dicho, que cuanto constituye una prenderia es propiedad de la Prendera, nada de eso: una gran parte, la mayor tal vez, de lo que allí se encuentra son géneros en comision, y todo el estudio, toda la habilidad de nuestra heroína, consiste en saber sacar partido de cuanto prójimo pisa los umbrales de su tienda. Regularmente, el que quiere dar salida á muebles ó ropas que solo en la prenderia pueden tener entrada, lo primero que hace es pasar y repasar, mirando de reojo para observar lo que no hay, y preguntar por ello. De esta manera fácilmente se comprende que logra entablar conversacion acerca de los objetos que quiere dar salida. La Prendera, que en cuanto ve á una persona la lee con una sola mirada, dice inmediatamente: —¿qué se le ofrecia á V.?—... No... nada... no hay lo que yo busco (después de mirarlo todo).—Diga V., que puede que sí.—¡Milagro será!.. yo queria...—Precisamente en este momento se lo acaban de llevar.—Vea V. ¡qué diablo!.. ¿diga V. tendria inconveniente en tomarme unas ropas que tengo en mi casa?—¡Inconveniente! Ninguno. ¿A qué estamos? Si esas prendas son en buen uso... V. ya conoce que yo estoy aquí para ganarme un pedazo de pan.—Pues bueno, se las traeré á V. y verá si le acomoda.—Corriente. Nuestro hombre ó mujer, que para el caso es lo mismo, corre inmediatamente ó no tiene necesidad de correr, sino da la vuelta á la calle y toma las prendas con que otro le estaba esperando: llega á la prenderia y en esta ocasion luce nuestra buena mujer todo su ingenio.—Aquí están las prendas.—Veamos.—Una casaca... dos pares de pantalones... un chaleco.—Despacio, amiguito, despacio, que estas cosas han de verse con toda calma... En primer lugar, la casaca está herida de muerte debajo de los sobacos.—Sí, pero lo demás está en buen uso.—Sí... ya lo veo... está bien usado... estos pantalones necesitan cuchillos los dos pares, y el chalequito tiene navidades... Señor mío, yo no puedo en conciencia ofrecerle á V. ni un cuarto por todo ello.—Pero ¡nada! ¡nada!..—¡Absolutamente nada!—El caso es, que por no ir cargado, me desharía de ello por cualquier dinero.—Si V. quiere dejarlo ahí... es fácil que tenga salida. Quédate el hombre pensativo; y en la seguridad de que si va á otra parte le han de decir lo mismo, contesta:—Pues ya que no tiene V. inconveniente...—Yo ninguno; las prendas nada me comen.—Vea V. de sacar el mejor partido.—Sí haré. De este modo va formando la mayor parte de su establecimiento, que cuando notes que llama la atencion de los muchachos, no es por otra cosa sino porque sus padres ó madres los han mandado para que vean si la prenda está colgada: el día que la Prendera quiere ver ó entenderse con alguna persona asociada indirectamente á su comercio no tiene mas que no colgar la prenda. De seguro que no tardará mucho en presentarse para ver si se ha despatchado.

No solo se limita su tráfico á vender usado: un cartelito manuscrito que se encuentra á la puerta, dice que tambien se empeñan ropas, alhajas, créditos contra el Estado, etc., etc., y mas con este nuevo género de trapisonada, que con otra cosa, vive y se mantiene nuestra Prendera. Cuando la llevan una levita ó un frac á empeñar, si ella conoce que aquella prenda puede tener buena salida, lo primero que hace es tronar contra los usureros y procura convencerle de que

entre estos y la comision le va á costar el doscientos por ciento, todo con la sana intencion, de hacerle creer que mejor que todo sería que la vendiera. Si el hombre no se da por convencido, como cuando urge el dinero no se repara en nada, entrega su prenda con toda confianza á la Prendera á fin de que se la empeñe: le pregunta, cuánto es lo que quiere, y después de un rato, si eran, por ejemplo, cinco duros los que la pedia, dice que solo han dado cuatro, de los cuales se cobra el interes del primer mes á razon de dos reales por duro y uno mas de comision y le entrega el resto. El hombre lo da todo por bien empleado, hasta el día en que intenta sacar del cautiverio la prenda que se empeñó en salir de casa. Semejante día, es lo probable que tarde algunos meses en llegar, y cuando él cree que ha tratado con una mujer de buenas prendas, al preguntar por su levita, se encuentra con que no le sabe dar razon de dónde para ¡demasiado que lo sabe! el hombre se desespera, y luego que la Prendera ha conocido el deseo que tiene de lo que es suyo, le pide señas y le da alguna esperanza; sobre todo le pregunta, en cuánto estaba empeñada. A poco rato se presenta, y con tono indiferente le dice:—Pues señor, no parece.—¡Cómo que no parece! replica furioso el interesado.—Yo le diré á V., es verdad que hay una levita de las señas que V. dice, pero está empeñada en ocho duros.—¡Cómo ocho duros, cuando no he tomado sino lo correspondiente á razon de cuatro!—Amiguito, carta canta, vea V. el asiento. Y efectivamente constan ocho duros, y ocho dió el usurero, porque ocho le pidió la Prendera comisionada, solo que esta se quedó con los cuatro, y vaya V. á justificarlo, cuando empieza por decir que no se acuerda de tal empeño.—¿Y qué hacemos en este caso? pregunta el buen hombre.—¡Qué hemos de hacer! que si V. quiere la levita tiene que pagar los ocho duros, con mas el interes de tres meses, de los cuatro que ha estado empeñada, que son doce pesetas. De suerte que setenta y ocho reales que tomó, deducidos intereses del primer mes y cuatro reales de comision, le cuestan doscientos ocho reales ó una levita nueva: el infeliz que se encuentra con algunos cuartos saca su levita escarmentando para lo sucesivo con tan severa leccion, y luego que la Prendera ha cogido los cuartos dice exclamando: ¡qué bien que le decia yo á V.! los usureros son la peor gente del mundo; y ¡gracias á Dios! que la levita ha parecido, que si no yo hubiera tenido que pagarla, porque era la responsable; y de veras ¡que me arruina! porque la levita es riquísima; ¡bien le costaria á V. su par de onzas!—No siento lo que me costó, sino lo que me cuesta, sale el hombre diciendo por la puerta y con la firme intencion de no volver á pisarla.

Escusado es, lector, que yo te diga que la Prendera alquila, siempre que se la presente ocasion de hacerlo, las ropas suyas y las ajenas, y no son por cierto los cómicos los que menos partido sacan de semejantes depósitos de antigüedades. De esta manera pone su capital y el que no es suyo en movimiento, y aunque cualquiera vaya á reclamar la prenda que allí ha dejado y no la ve puesta al público, le dice con la mayor serenidad: «vuelva V. mañana, que la están limpiando,» otras veces contesta «que está de viaje» y estar de viaje llama á las prendas que suele llevar una su dependienta por las calles, para ver si andando tienen mejor salida, y finalmente suelen decir que por malas las tiene recogidas, que vuelvan otro día, porque ella no deja la tienda sola.

Tambien tiene dias nuestra Prendera en que está de viaje y en que recoge las blondas y mejores alhajas que tiene en su depósito, para que por este medio pueda franquearse la entrada en alguna casa, donde mas que á vender, va á desempeñar comisiones delicadas y de inmensa dificultad. En estos dias no se abre la tienda, no tan solo porque falta en ella el gefe na-

tural, sino porque todo lo que algo vale se lo lleva consigo. A la hora que cree mas adecuada, se hace anunciar en la casa objeto de su comision, como persona que se quiere deshacer de una porcion de riquezas, por un pedazo de pan. Abrenla la puerta: la señora de la casa y su inocente niña, que no lo es tanto que no sepa á lo que mas que á otra cosa va aquella mujer allí: salen presurosas á ver lo que lleva de bueno, y despues de saludarlas con toda finura las dice: — Yo soy una señora, muy desgraciada... mi marido (Q. E. P. D.), era general con mando, y como las cosas están tan malas, mi casa ha venido á menos y me veo en la precision de irme deshaciendo poco á poco de todas mis alhajas: aqui tienen Vds. unos encajes riquisimos, no sé cuántas varas hay.... estas medias están sin hacer al agua, y este collar de perlas finisimas que son de mucho mérito, por ser un regalo que á mi marido le hizo en cierta ocasion la reina de Etruria. La mamá se entretiene con mirar aquellos objetos que excitán su aficion, y entre tanto la niña recibe de manos de la Prendera, el billete que la remite su amante con toda la confianza de que ha de llegar á sus manos. Procura despues pedir mucho á fin de no ajustarse, y de este modo entra una vez y otra en la casa, desempeñando los oficios de cartero y utilizándose no solo por este medio, sino vendiendo tambien al fin y al cabo alguna cosa.

En la casa donde tiene situado su establecimiento, es portera á la vez, y mantiene relaciones muy estrechas con toda la vecindad, hasta que llega un día de prueba, un día terrible, un día en que se alarman las gentes, al ver huérfanas y mustias y en la mas triste soledad las paredes de aquel inmenso portal. Ese día es aquel en que la Prendera se ha propuesto mudar de oficio; es aquel en que arramplando con lo suyo y con lo ajeno, desempeña lo mejorcito en el Monte de Piedad y con lo demas hace en el Rastro un baratillo y alquila una boardilla, donde en union con un par de muchachas rollizas, termina sus dias decorosamente.

JUAN PEREZ CALVO.

EL USURERO.

Como las necesidades de todos los pueblos organizados sean idénticas casi sin escepcion, y los *modos de vivir* de sus individuos no tan arbitrarios que se cimenten fuera del terreno de estas; pues ya en la opulencia y su desidia se ven precisados á pagar las obras de otros; ya en la pobreza que suspira medianía ó en la medianía que ambiciona grandeza, á desplegar solicitud para recibir medios en cambio de modos, es decir, provecho á vuelta de servicios; y como el espíritu de imitacion haya uniformado mas y mas tan indispensable vaiven entre las diferentes naciones de esta especie de sociedad, no será extraño que al trazar el modelo de los que ejercen cualquiera profesion, oficio ú ocupacion ordinaria de nuestro pais, bosquejemos de paso un ente recibido en el extranjero, y que acaso no le podamos prestar para evitarle ser un cabal retrato, mas que algun traje provincial, que á manera de enclavado trofeo resiste á la volubilidad de los tiempos en medio de esta cambiante trapería, ó tal cual dicho que orgulloso con su celebrada sal española, rehusa deslavazarse en ese baño de estilo que asimila los modos de decir; y aun estas dos pequeñas divisas no caben, por otra parte, en todas nuestras representaciones; así que los escritores que han pintado á sus compatriotas, no se han propuesto precisamente conseguir tipos de nacionalidad esclusiva, sino seguir á aquellos en diversos rumbos de la vida social.

Sentado esto, me determino á presentar el símil del Usurero, tal cual lo arrojan unos apuntes llegados á mis manos á bordo de un gaban ajeno, que en vez del mio me tocó al salir de un baile de Villahermosa (trueque que aun no ha podido deshacerse) y de cuyo contenido no escrupulizo hacer uso, porque á su vez el nuevo dueño de lo que fue mi abrigo habrá explotado de sus bolsillos curiosidades peregrinas para el fuego.

Si la pluma de este escritor se prestó á sus afanes en escudriñar la índole y manejos del logrero, aunque esta industria no nos sea peculiar, la pintura podrá tener de española el haber sido calcada sobre originales de nuestro suelo; porque quien la delineó no tuvo tiempo para ir á correr córtes, tónica circunstancia viajera que echa de menos en sus minutos. En cambio experimentó demasiado á los rabinos de Madrid, y despechado de sus pícaras jugadas procedió á las siguientes descripciones.

*I vent no slander, oure no grudge,
Nor of another's conscience judge;
At him or him I take no aim,
Yet dare agains all vice declaim.*

MOORE.

No calumnio ni insulto, ni juzgo de las conciencias ajenas; ni dirijo mis ataques á personas determinadas; pero no tengo reparo en levantar mi voz contra toda clase de vicios.

Dilatada se ha hecho en nuestras miserias la escala de la usura, caprichosos y desemejantes en sus formas los peldaños que la atraviesan, y á pesar de que con las desdichas han crecido las logrerías, no es fácil determinar si los logrerios se aumentan en proporcion de los desdichados, ó los desdichados en proporcion de los logrerios. Lo cierto es que ya no son contados ni señalados á dedillo estos últimos, porque como el oficio de prestar á logro causa tan poca fatiga, parece que media humanidad se ha propuesto evadir la sentencia del Todopoderoso de ganar el pan con el sudor de su rostro, y se ha dedicado á proporcionar refrescos á la otra media cuando traspira demasiado, para que sude por ella y por sí.

Cuando hablo de media humanidad que se sofoca hasta el mas estertóreo jadeo y se evapora hasta la aniquilacion, no hago referencia precisamente á los proletarios; si estos se arrastran penosamente en su escasez, no se fatigan menos los ricos en sus goces: y cuando observo que hay otra media sociedad que se lucra y descansa, por supuesto que no me refiero genéricamente á los que poseen; aludo tan solo á aquellos que adventicia, facticia ó ficticiamente son tan inmorales, es decir, que nacieron tan exentos de moralidad, perdieron tan absolutamente su moralidad, ó transigen tan por entero con su moralidad, que especulan sobre las miserias y pasiones de sus semejantes: trato espresamente de los Usureros, de aquellos que tienen suficiente dureza de corazon para que ni el aspecto de la desgracia les conmueva ni los ruegos les hablanden; de aquellos que respiran tanta malignidad que ceban al vicio hasta la trampa y reclaman á la pobreza hasta la red; que desplegan tal astucia, que colocados entre los dos extremos sorben los haberes del pudiente y chupan los sudores del infeliz, porque al grande que ha agotado sus fuerzas luchando con la elevada atmósfera en que vive, le prestan auxilio (que á manera de cuerda de reloj se acabará tambien) para que siga hasta derrumbarse de su eminencia, y al pequeño que surca desfallecido en la hondonada, le van adelantando su mísero alimento hasta que se estrella en el primer escollo.

No es fácil averiguar de cuál de estas dos clases saca mas provecho el Usurero; porque si á la primera

merma anticipos mas considerables, á la segunda, como mas dilatada, cerceña mayor número de socorros. Merma y cerceña, sí, porque presta el valor de una finca con su mitad y el de una copa ó un trebejo con lo mismo, deduciendo un exagerado deterioro.

Tarea difícil es la de investigar de dónde ha salido esta *profesion*, quiénes fueron sus fundadores, á qué circunstancias es debido su origen y propagacion, casi imposible es fijar historia y abolengos á la mas simulada traza del entendimiento del hombre; sin embargo, he recorrido la historia antigua en busca de datos, y voy á ver si me doy maña para resolver con arreglo á ellos, y en parte al menos, algunas de estas importantes cuestiones.

Al que inventó la moneda se le acusó desapiadadamente de haber privado de paz á la sociedad; y entre los denuestos que se le dirigieron hubo el siguiente exasperado dilema: O has hecho conocer la moneda para comprar con ella los gozes, ó la inventaste solo para hacerla desear por su brillo, y que todos nos desprendiésemos de lo que poseemos para apropiárnosla y guardarla: en el primer caso, el que ve una propiedad tan relevante en las piezas de metal, no podrá menos de cobrarles cariño y despues de cambiarlas por sus caprichos, no quedará muy gozoso cuando se iba acostumbrando á lograrlo todo con su influjo, porque la ambicion es interminable y tú la has desarrollado; en el segundo caso, has inventado una cosa inútil, porque la moneda es insípida para alimento, seca para apagar la sed, dura para lecho, fria para abrigo, pesada para adorno, é infecunda para cultivo: es una enganifa que no satisface mas que á los sentidos de la ilusion, al oido y á la vista: ningun fruto sacamos de ella mas que desecharla y enemistarnos por su posesion, porque siempre se halla distribuida desigualmente para mantener la envidia; y si los elementos no la devoran, nosotros estamos siempre en acecho para apoderarnos de la del veneno. Despachado el autor del invento, vagaba de poblacion en poblacion, hasta que ciertos hombres que especulan ya en las primeras materias, prestando sencillo para cobrar doble, conocieron la utilidad que la moneda les proporcionaria en sus tratos, y nada les fue mas fácil que hacerla adoptar con el tiempo hasta de los mismos que mas lo repugnaban al principio. Esto sucedia en los primeros siglos del mundo, pues consta que la moneda fue ya conocida en tiempo del patriarca Abraham, el cual pagó en *sichos* varias tierras que compró á algunos reyes sus vecinos: y de aquí puede deducirse la antigüedad de la profesion usuraria, puesto que habia ya Usureros antes de la invencion de la moneda. Despues de estos padres de la usura, los hebreos cuando estuvieron esclavos en Egipto, y luego cuando viajaban por el desierto en busca de la tierra prometida, tuvieron necesidad de someterse á varias ordenanzas acerca del préstamo á interes. Así el primer legislador del mundo se vió ya obligado á ocuparse como de una cosa importantísima, de poner límites á la usura, que iba haciendo rápidos progresos en el pueblo escogido por Dios, y que no sabemos hasta dónde hubiera llegado si Moises no hubiese juzgado oportuno ponerla cortapisas. Los fenicios, que puramente eran comerciantes, que anduvieron siempre á caza de minas y solo querian dinero, podian vanagloriarse de contar entre sus compatriotas á los mas famosos Usureros del universo: los griegos y los cartagineses no les iban en zaga; despues los romanos tuvieron tambien sus padres de la usura, así como tenian sus padres de la patria: y en los tiempos modernos los judios y genoveses han dejado fama de grandes Usureros.

Los de hoy día proceden de estas dos últimas escuelas, y de sus circunstancias parece desprenderse el siguiente retrato:

Como son avaros al mismo tiempo, por lo comun hay pocos jóvenes entre ellos, porque la avaricia es dote casi exclusiva de la ancianidad; es una pasion fria, digámoslo así, que no quiere reinar sino despues de haber desalojado á todas las vehementes, es una disposicion de refinado egoismo que detesta los impulsos generosos del alma. Como suspicaces y calculistas, sus ojos son inquietos y escudriñadores, y á fuerza de muda cavilacion y ansiosa vigilia, su boca es por lo regular sumida; su barba saliente y puntiaguda; sus mejillas enjutas y pálidas; su nariz prominente y afilada; sus cejas parece que quieren cumplir sus deseos de encubrir la mirada y se han poblado á fuerza de ceño con el pelo que pierde su cráneo; son un tipo perfecto del avaro; la misma avaricia personificada, la codicia hecha carne, la sordidez en forma humana.

El Usurero, naturalmente desconfiado y receloso, tiene siempre cuidado de exigir recibo del todo por la parte, mientras su víctima toma la parte por el todo. Es tan especial esta precaucion de amalgamar en el *pagaré* el capital y los réditos, que entre las innumerables formas y matices de Usureros nuestros conciudadanos y las variadas cláusulas de tratos en sus operaciones, apenas hay una que exprese el *recargo del préstamo por el entretenimiento*. De este modo de obrar saca varias ventajas el logrero: en primer lugar, parece que ha prestado sin interes; en segundo, aunque este escude al permitido por la ley, no se le puede probar que abusa; en tercero, no necesita devanarse mucho los sesos para atar cabos, que la travesura de algunos de sus agraciados no puede desanudar, y solo tiene que atender al cumplimiento de los plazos.

El haberse reducido á un contexto tan sencillo las obligaciones de facilitacion á logro, es sin duda el motivo de que hayan tomado parte en este ejercicio personas de mucha avaricia y holgazaneria, pero de pocos alcances; porque como una de las familias que explotan estos sedentarios chupones es la de los tramposos, prole sutil y de trazas, avezada en evasivas, seria muy expuesta la multiplicidad de bases contra quien lleva ya estudiadas fórmulas capciosas y de doble sentido. Por eso ha llegado á sembrarse en el hebraico banal de la fructificacion monetaria hasta el mezquino salario de la cocinera; por eso se atreve á dar tantos de delantera el mas soñoliento abacero al mas saltimbanqui petardista; por eso, forrado en grasa y asomando á una elástica encarnada su poco artera facha, se ha resuelto el tocinerero astur á invadir la arena en que retarian los fenicios á todo campeon necesitado.

Pero contraigámonos al Usurero propiamente dicho, ó que no conoce otro medio de subsistir que este amaño; á aquel que una vez reunido un capitalito no lo emplea en nada, sino que á manera de los muchachos que en tiempo de nevada forman su primera pella y la hacen rodar sobre el suelo para que vaya robando la masa que le cubre, así ellos sueltan su peculio á girar sobre todo lo que es ó vale dinero á fin de engrosarlo con su aligacion; pero si la turba pueril, deslumbrada con la candidez del esponjoso manto, se le no sospechar un arroyo que este encubre, deja hundir en él su bola y la gastadora corriente la deslie, no haya miedo que el Usurero caiga en un garfito casual ó preparado; porque estratégico caudillo de un cartucho de medallas, ó táctico capitán de talegos, siempre es avaro, y al acariciar á sus adalides para enviarlos á la conquista, lo primero que les asegura es la retirada: de lo que nunca se fia es de las apariencias, y siempre presta sobre prenda pretoria. Siguiendo las máximas de ciertos monjes luctuosos, aventa al entrar en su carrera todas las relaciones de parentesco ó de cualquier género de intimidad que pudieran precisarle á consideraciones

de confianza al plantear sus tratos: revistiéndose del mas glacial estoicismo, ni los halagos apartan su persecucion si falta el cumplimiento de aquellos, ni los ultrajes del despecho le hacen mella. Parece que no le queda mas que un ramo de sensibilidad, el de la adquisicion: ha dejado brillar sus armas en una campaña, y sus armas han de volver á su pabellon, y han de volver con el calculado botin. Sin embargo, parece asomar alguna muestra de piedad al mústico ceño del luchador genoves, cuando el territorio le grita invadido «treguas, por Dios, descanso: nos quereis exterminar por la cosecha presente, y si nos dais vagar economizaremos la mitad de ella y podremos dárosela con toda la venidera.» Entonces suele acceder, pero nunca sin tomar nuevas posiciones de afianzamiento.

Son infinitas las categorías, especies y variedades de Usureros; pero podemos reducirlos á cuatro principales, á saber: aristocracia, clase media, plebe, é infima plebe.

El Usurero aristócrata suele tener excelencia ó señoría; arrastra coche suyo ó alquilado, segun el menor ó mayor grado de avaricia: elige por teatro de sus operaciones las ruinas zozobrantes de su patria; por víctimas, á clases enteras de la sociedad; por fruto, el producto de las fatigas del soldado, de los sudores del labrador, de las vijilias del artesano, de las penurias del arriero, de los riesgos del navegante: son como plantas parásitas, que absorben el jugo del pais sin dejarle utilidad ninguna, y que desde un oscuro rincón se les ha visto elevarse á una altura que asombra, no con gran lujo (el Usurero no hace gastos inútiles) sino con los caudales que se les ven manejar: las desastrosas tormentas civiles son su elemento y con sus ráfagas sulfúricas y sus turbiones infectos, se les ve como á los sapos á las primeras gotas de una tempestad de verano, avivarse del polvo como por encanto, pareciendo que los llueve é desórden y que el estrago hinche sus rugosas pieles.

Despues de estos vienen los Usureros de la clase media y de medianos capitales, que prestan sobre propiedades saneadas. En todo son medianos estos vichos, menos en los intereses que estipulan y en las tendencias de usurpacion que les asisten. Esta clase es la mas numerosa, aunque no todos los que la componen son conocidos de los profanos. Los hay que semejantes á aquellos reyes de que nos hablan las historias antiguas, solo se dejan ver de sus ministros. Estos ministros son, si queremos dar alguna propiedad á una comparacion mas elevada, como los satélites de un planeta opaco que ni quiere brillar, ni estar donde hay luz: si no hemos de pasar de tejas arriba, son la red que tiende esta araña misántropa para no abandonar su rincón hasta que ha prendido mosca en ella; y si hemos de mantenernos sobre el suelo, son practicantes de la profesion, Usureros de menos cuantía, corredores del oficio, corchetes de la ocasion, corre-ve-y-diles de la trampa, *sub-enredatarios* del dolo, avenidas del ardid, anzuelos del logro: finos sabuesos que traen la pieza á la mano y cobran en huesos, piltrafas y desperdicios.

La tercera clase es la que puede titularse plebe: estos especulan en viudas, cesantes, retirados, frailes, empleados activos de corto sueldo, poetas, estudiantes, jugadores y mayorazguillos, ganado menudo que trasquilan al pormenor, si bien en las arcas del logrero entra por mayor el producto del tanto por tanto en alivios sencillos, y el tanto por tanto en los que pasan de aquí.

Los chinos son tenidos comunmente por los hombres mas fáciles de engañar, y hasta el dia no se han distinguido los mas difíciles; pero yo no tengo la menor duda de que son los Usureros, y entre estos los mas duros de pelar, como suele decirse, los de la

tercera clase. Tan acostumbrados están á tratar con gente de poco pelo, que ocultan cuidadosamente el suyo, hasta el punto de no tener de dónde asirles el enredo mejor dispuesto, ni la intriga mejor combinada: se fingen ranas en materia de pelos. Esta especie de Usureros calvos suele ser conocida en las oficinas del Estado, donde generalmente se introducen en concepto de apoderados de pensionistas, jubilados, etc., y de paso preguntan si tal ó tal sugeto goza este ó el otro destino, si tiene sus pagas desempeñadas, qué atraso le aqueja, con otras noticias que le hagan conocer si el pájaro que tiene entre las unas puede ser dueño de todas las plumas que visten su cuerpo, y calcular por las probabilidades de cobro el interes que ha de llevar, el cual varía desde un 80 á un 300 por 100. Las lluvias de incesantes cesantías, las ventolinias de traslaciones y el sol ardiente de los arreglos y plantillas, han propagado esta semilla usuraria de un modo prodigioso; y si el desnive de las cosas en tiempos de borrasca ha hecho trasmigrar fortunillas de poco quicio, todas estas se puede decir que han venido á fomentar el germen del Usurero de que hablamos.

Para dar una idea de las maniobras de estos nenes, extraeré el diálogo habido entre uno de ellos y un malaventurado paisano mio jóven poeta de *esperanzas*, que se vió al borde de la *desesperacion*. Algunos amigos que le vieron apuradillo le dijeron que habia un vetusto y enchochecido *guardatarjas*, tan ruin y pobre diablo, que teniendo un peculio considerable, solo aspiraba á no desmembrarlo, y su codicia no se extendia mas allá de un módico censo por el préstamo para sufragar á su mezquina subsistencia, y que en viéndole podria formar idea de lo poco que para esto necesitaba, porque en el sitio y extension que ocupaba su zaquizami podria conocer lo poco que enriquecia al casero; en la hechura de su ropa, que no habia recibido palabra de sastrer en este siglo, y en su apabilada macritud que se mantenía con migajillas. Aconsejaronle al mismo tiempo que no le dejase traslucir su completa carencia, porque decian: «es un vejete tan gallina, y le afectan tanto las angustias del prójimo, que no le queda un soplo de ánimo para socorrerlas: en fin, lleva entendido que su caridad es muy espantadiza, y presentate antes como protector que como pretendiente.» Propúsosele así, vistió las mejores galas que se le proporcionaron, y trepó al nido del buho, que no se le abrió, á pesar de su importante apariencia, sino despues de algunas precauciones. Pasó adelante, y reparó la figura de su introductor: todo era indifinible y solapado en él: si se queria averiguar su estatura, era necesario calcular una porcion de curvas que la embebian; si se procuraba inquerir la magnitud de su frente, los escasos mechones que le quedaban en el cogote estaban crecidos y afianzados con un peinecillo para cubrirla; si se trataba de investigar su color, era preciso descargarlo de un paño aceitunado de que su vegetacion á la sombra lo habia cubierto, como las plantas ahiladas de los subterráneos: parecia un recóndito alquimista, pavonado al humo de sus hornillos y crisoles. Mi amigo, al menos, dotado de una imaginacion comparadora se lo figuró así, y no almentó gran confianza. El se adelantó á preguntarle con tipli-gangosa voz:

—¿En qué puedo servir á V., caballero?

—Mi amigo D. N. me ha informado de que se halla V. en disposicion de sacarme de un compromiso de dinero.

El avaro, que le tuvo por hombre de suposicion, queria sin embargo aclarar el punto, y le contestó:

—Yo soy un pobre cuya honradez, bendito sea Dios, merece tal confianza á algunos sugetos acomodados, que me encargan disponer de la colocacion de sus fondos.

—Para el caso es igual: V. se vería con ellos....

—Eso sí señor.... Lo decía yo porque ya conocía V. que debo corresponder por mi parte á un favor, que me está sosteniendo con la economía que V. ve, con todo el escrúpulo que exige de un hombre de bien el agradecimiento.

—Seguramente, es muy justo.

—¿Eh? me alegro que piense V. de ese modo, dijo el supuesto agente con una risita y un acento que parecía cansino silabeo, y no le obligaba abrir mucho la boca.

—¿Y cuándo podré saber la determinacion de Vds.? preguntó el joven que reparaba en la mirada de su adversario una actividad muy diferente de su acento.

—El caso es que á Vds. nunca les hacen falta pequeñas cantidades.

Entonces sintió mi amigo haber de desmentir su porte aristocrático con la grosera reclamacion de un par de onzas; pero como era hombre de genio florido, adornó su pequeñez con el siguiente follaje:

—¡Qué! no señor; y aun yo nunca hubiera creído verme en la necesidad de buscar dinero; pero confiado en letras que me remiten de casa, he hecho gastos sin consideracion: las esperaba á la vista, y me encuentro con que son á plazo; así no necesito mas que para pasar hasta su cumplimiento.

El Usurero echó á un lado esta hojarasca, y siguió averiguando suavemente.

—¡Ah! ¿Es corto el empréstito que V. necesita?

—Sí, corto.

—¿Dos ó tres mil reales?

No se sintió el interpelado con fuerzas para responder de lo que llamaba poco el vejete, y algo desconcertado con estas pesquisas en hipótesis, contestó:

—¡Qué! ni aun eso: si las letras vencen dentro de cuatro dias.... un par de onzas.

—Ya.... sí.... bueno.

—Pues.... para no estar sin algo.

—Esos préstamos de pocos dias se hacen al premio de peseta por duro; de modo que si las letras están ya aceptadas, pueden comprometerse al reintegro del préstamo.

—¡Canario con el estantigua agonizante! dijo entre sí el sitiado sitiador.

—¿No le parece á V.?

—No quiero tocar á las letras, porque sería dejarlo conocer á mi familia.

—Es verdad: no habia yo pensado en lo que es la edad de V.; además de que el reloj y la cadena serán suficiente garantía....

—Tampoco necesito empeñarlos: tengo unos papeles que valen tanto como esto, por lo menos.

—¿Títulos al portador?

—No: unos escritos de mi propiedad que....

—Pero se necesitará el consentimiento del papá para hipotecar la propiedad que representen esos papeles.

—Si la propiedad está en ellos.

—Bien: serán escrituras de fincas, y es lo que digo.

—No son marmotretos: son opúsculos y composiciones poéticas.

Aquí cambió notablemente el exterior del logrero, aunque en su aire complicado nada se podía descifrar sino el prescindimiento de la hipocresía, porque aquella larva apagada é inactiva habia soltado su hombre luego que no necesitó aprisionarlo en disfraces. Hallóse á pique de rabiarse al ver frustradas sus esperanzas: estuvo á punto de morder al considerar que aquello podría ser una chuscada para atormentar su ambicion; y no pudo reprimir una carcajada bastante varonil al pensar que podía haber en caletre humano que él trocara sus onzas por poesías. El client

te, á quien no habia dejado concluir con esta metamorfosis, se apresuró á decirle:

—¡Señor mío! estos escritos valen dinero.

—Yo me alegraré que V. los venda, dijo el antiuario de moneda corriente casi enderezándose.

—Es que ya están admitidos por un librero, y puede contarse con su cobro conforme se vayan publicando.

—Caballerito, yo no puedo imponer en conciencia el dinero de mis poderdantes mas que sobre objetos tangibles: acaso otro que lo maneje en propiedad aprovechará esa nueva riqueza que V. posee: y diciendo esto se puso á enseñarle el oscuro camino de la puerta.

—¿Con que no quiere V. enterarse?...

Si no es sobre las prendas que he dicho á V., nada.

El pretendiente salió sin responder; y él, despues de asegurar su puerta, entró con las manos cruzadas atras, y hechó una ojeada temerosa hácia el rincón donde sin duda tenia el repuesto, como si se estremeciera del riesgo que habia corrido de ponerlo en peligrosas relaciones con el humo del Parnaso.

Llegamos por fin á la última clase de Usureros, á los de la ínfima plebe, al inundo cenagal donde hormigean los logreros, revueltos con la prostitucion, el latrocinio, la embriaguez y todas las pasiones indignas.

Podrán discurrir los moralistas que si bien toda usura es un robo, no todo robo es usura, y que por tanto pueden apartarse entre sí estos dos hechos; pero en el género de logrería que voy describiendo, el robo camina generalmente tan unido como la usura, que con dificultad se les distingue. Así el encubridor de ladrones y la guardadora de agenos gustos: el mantenedor del juego, el tahur y el baratero, el estafador, el chalan y el mohatrero, roban y usurean á la vez sin que se sepa si en sus acciones latro- usurarias entra mas daño de hurto que de logro. Roba el tabernero que da el vino al fiado, cobrando despues por mayor cantidad que la que prestó: roba. y en este robo hay algo de usura: usurea el tenderillo que fia el aceite y las velas, percibiendo luego valor de libras por valor de cuarterones: usurea, y en esta usura hay algo de robo. Roba y usurea á un tiempo el prendero que presta sobre objetos que sabe ó presume con fundamento ser robados: roba y usurea el demandadero de las cárceles y presidios que además de apropiarse gran parte del dinero que le entregan para compras, abusa todavía de los miserables presos, engañándoles en el precio. El robo, pues, y la usura, si descendemos á sus ínfimos grados, son hermanos carnales, hijos ambos de la corrupcion y del desenfreno. Con el tiempo estos dos hermanos, que al principio caminan unidos, se apartan para conducir á sus prosélitos á sus distintos fines: el uno los lleva al patibulo, la otra á las riquezas y comodidades, si el logrero sabe aprovecharse de las que agenció.

Hemos visto al Usurero en sus situaciones mas ostensibles, puede añadirse que entre cada una de estas hay innumerables formas, complicadas con otros comercios, que ó son puntos de transicion por donde sube ó se replega cada una de las clases puramente usureras segun sus lances de fortuna; ó apostaderos perennes desde donde aguarda el esquilma- dor á la necesidad, envuelto en ajenas trazas, ó familias extrañas á la usura; pero que no rehusan darle hospedaje, y acaban por convertirse á ella. Así vemos al sastre, cuyo oficio lo mas que daba de sí á fuerza de sesgos, piezas y contrapelo era un retazo mayor ó menor, que hizo comprar de mas al parroquiano, darle ahora en anticipo tela y hechura, para valerle en una y otra de sus estrecheces, y aumentar en el todo un sobreprecio por intereses de la cantidad suplida.

Este ejemplo puede bastar para considerar la usura mixta en cualquier otro ejercicio no usurario de suyo: y diré en general que en el plantel de la sociedad apenas hay una especie que no produzca algunos de esos vástagos espúreos que la corroen mas que la carcoma; que naciendo ya en guerra con sus semejantes, no aceptan mas trato con ellos que el del intereses; y colocados en competencia con los de su ejercicio, tampoco forman gremio con ellos. Puede



El Usurero.

que sea debido á esta diseminación verdaderamente judaica, el no conocerse á este, no sé si diga oficio, facultad ó profesion, ningun patrono como tienen todas las demas; ó si consistirá en que el logrero es tambien iconoclasta, ó en que ningun santo ha querido aceptar su culto.

Hasta aquí el contenido de las minutas sueltas, que he ordenado acaso del modo menos conveniente. Yo no me atreveré á ponerlas el mas ligero apéndice; celebraré que su dueño no tenga que reclamar contra mí, y que si al lector no le satisface este diseño, despeje esa incógnita (que ahora debe ser incógnita porque gustaba gaban) para dirigirle su censura.

JUAN DE CAPUA.

LOS BUHONEROS.

..... Este diestro Buhonero, observando sagaz las circunstancias, sin mostrar que os deslumbró lisonjero, vuestra eleccion dirige á sus ganancias.

WALTER SCOTT EN EL PIRATA.

Muy lejos está, á decir verdad, de tener la suerte del Buhonero de las islas Orcadas, á quien se refiere el epigrafe, el tipo que me ha venido en ganas escribir. Las aventuras y fechorías del buen viejo Bryce Snailsfoot, que tan mal rato dió á la económica hermana de Triptolemo Yelowley comiéndole su ganso ahumado, han sido hábilmente narradas por el novelista escocés. Las travesuras de los Buhoneros andaluces, dignas de la pluma del autor de Rinconete y Cortadillo, van á ser bosquejadas por la mía, de la que seguramente saldrán muy mal parados; pero sirvame de excusa el deseo de no condenar al olvido los dramáticos lances de su vida aventurera y errante. Yo les diré para su consuelo, aquello de nuestro célebre poeta Quintana:

En mí supla al talento el buen deseo, etc.

Aunque por lo regular los Buhoneros salen de todas las provincias de España, no es de todos ellos en general de los que voy á ocuparme. El Buhonero legítimo es, como los toreros, natural de Andalucía. Los demas valen muy poca cosa, les falta la chispa y gracia picaresca que caracteriza y distingue á los hijos de la tierra de Dios.

No es fácil, al hacer la descripción del Buhonero dejar pasar en silencio la vida de su digna é inseparable compañera. Por eso, al encabezar este tipo, he usado la voz «Buhoneros» en plural. En efecto, un Buhonero sin su Buhonera adjunta, es una de aquellas cosas, que no se ven jamas. Haría un papel muy desairado entre los demas Buhoneros, el que no tuviese su amiga que le ayudase y compartiese con él los placeres y sinsabores que les acarrea su extraordinario modo de vivir. En una palabra: la union de estos dos seres es tan íntima, como la de la sombra al cuerpo de que es proyectada; á no ser que admitamos la escepcion del famoso marques de Villena, de quien oí muchas veces decir á mi abuela, que habiendo tenido que ajustar ciertas cuentas con el diablo, su íntimo amigo, y resultando un cargo bastante crecido contra él, se evadió, gracias á su ciencia mágica, del compromiso, dejando su sombra como partida de data; y desde aquel apurado lance siempre anduvo sin ella el buen caballero.

Mas entremos en materia, y dejemos reposar en su tumba los huesos del tan nombrado D. Enrique el Hechicero; que si una vez pudo haber librado bien, no siempre le sucedió lo mismo, segun aquella manoseada copla, que tambien se la aprendí á mi abuela, y cuyo sentido apoyado por tan fuerte autoridad, es para mí tan cierto y verdadero como aquello de la sombra, y dice así:

Como al marques de Villena
te vendrá á suceder,
se picó en una redoma
y no le valió el saber.

Es decir, que D. Enrique á pesar de toda su nigromancia, las pagó todas juntas. No nació él en los tiempos que alcanzamos, que por poco jugador de manos que fuera, no tuviera un fin tan desastrado, y hubiera, como otros muchos que yo conozco, adquirido una reputación elevada, y aun gloria inmortal y eterna.

Pero ¡válgame Dios! ¿A qué estas digresiones? ¿Es fuerza que para referir las aventuras de los Buhoneros y sus dignas compañeras, haya sido del caso

traer á colacion nada menos que al poderoso conde de Cangas y de Tineo? ¡ Ah! Perdona, tú, que desde las costas de Málaga y Granada y las vertientes de la serranía de Ronda, invades el resto todo de España, sin mas auxilio que una canastilla en el izquierdo brazo y en la mano derecha la media vara de medir, pendiente de una cuarta de hiladillo azul; tú que eres la alegría de los pueblos, la bulla y solaz de nuestras ferias; tú, cuya vida está llena de episodios dignos de péñola mejor tajada que la mia; tú, en fin, que posees toda la sal de las mas saladas de los cuatro reinos, perdona, repito, á tu humilde historiador, estas distracciones. ¿Qué suponen en comparacion tuya todos los marqueses y condes del mundo? Ninguno llega al polvo de tus pobres chinelas.

Segun el Diccionario de la lengua castellana, el Buhonero no es otra cosa que el que lleva de venta cosas de buhoneria; entendiéndose para esta la tienda portátil que lleva su dueño sobre los hombros y que se compone de chucherías y baratijas de poca monta, como botones, agujas, cintas, peines, alfileres, etc. Hasta aquí el Diccionario; mas el personaje que vamos á describir, ejerce y desempeña otras honradas profesiones. Clasifiquémosle, pues, segun su modo de vivir, y tendremos una idea del papel que hace en la sociedad.

Yo distingo dos clases de Buhoneros; esto es, Buhonero de alicates y taladro, y Buhonero de tijera y vara de medir. El primero es de mas humilde categoría que el segundo, aunque este no es en realidad otra cosa que una consecuencia de aquel.

El Buhonero de alicates, sale con su compañera ó solo (pues la compañera es cosa de fácil adquisicion á los pocos dias) de alguno de los pueblos ó aldeas del antiguo reino de Granada. Una alforja, por lo regular de cuero, colgada al hombro, dentro de la cual, y asomando por la parte superior, se ve el taladro ó berbiquí con su mango en forma de aspa, unos alicates pendientes de un ojal del chaleco por medio de una cadena de alambre, producto de su industria, tales son los útiles, que con media libra de la misma materia, constituyen todo su capital. Su equipaje lo forman un mal calzon de paño burdo, que llega hasta cubrir la mitad de su pierna siempre desnuda, y que lleva el nombre de calzonas ó bombachos, un chaleco corto de tela de algodón, sobre el cual, y cubriendo la cintura, se aplica una faja de estambre fuertemente ceñida, una raída chaquetilla, de primavera, un sombrero de mala muerte chambergó y de copa en forma de cono truncado, y unas alpargatas con cintas de hiladillo, que suben cruzándose las piernas arriba. Tales son, pues, las prendas de su vestuario, que no sé por qué fatalidad, nunca las he visto nuevas en esta gente, sino súcias, rotas y hechas un harapo.

Por su parte la Buhonera, que voluntariamente ha unido su suerte á la de nuestro héroe, se provee de una canastilla de forma redondeada y poco fondo, en el que campean algunas piezas de hiladillo de diversos colores, una caja de lata, que encierra varios papeles de agujas de diferentes tamaños, alguno que otro papel de alfileres, tambien algunos macillos de horquillas ó agujetas para el pelo, y colgando, por la parte exterior de una asa de la cesta, varios hilillos de cuentas de vidrio, iguales en un todo á aquellas, que puestas en el rollizo cuello de Maritornes, se le figuraron finísimas perlas de Oriente al enamorado Manchego, cuando por su mala suerte velaba en el camaranchon de la venta la noche, que para él fue tan aciaga.

Provista, pues, de estos artículos de comercio, la tierna pareja se une á otras muchas de la misma laya, que salen juntas á correr fortuna, y forman un rancho.

Cualquiera que haya leído las descripciones que ha-

TOMO I.

cen los viajeros, de los aduares ó campamentos ambulantes de los árabes del desierto, y vea un rancho de Buhoneros, hallará entre aquellos y estos una semejanza extraordinaria. Parece que los Buhoneros con su vida nómada y errante, sus campamentos en despoblado y donde la noche les coge, y sobre todo con los atrevidos rasgos de una fisonomía verdaderamente árabe, son el testimonio eterno de la larga permanencia de aquel pueblo entre nosotros. Figúrese el lector un grupo numeroso de hombres, mujeres y niños de todas edades á medio vestir ó solamente cubiertos de ropas tan súcias, rotas y miserables, que á tiro de ballesta indican la extremada pobreza de sus dueños, acampados unos y otros bajo unas pobres y reducidas barracas; mas allá, y en medio de los aparejos de sus cabalgaduras, campean unas cuantas angarillas, en que habitan pacíficamente al-



El Buhonero.

gunas gallinas y asoma su cabeza un tierno infante, al que su corta edad no le permite moverse de aquella cuna de nueva especie. A un lado se ven sus borricos tan flacos y extenuados, que da compasion mirarlos, al otro unos cuantos gosqueillos ladradores y ruidosos, tan faltos de carne como sobrados de apetito, y considere todo esto mezclado y revuelto en una confusion indefinible. Tal es el aspecto que presenta un rancho de Buhoneros. Este modo de vivir, estas costumbres semi-salvajes, parecen demostrar que aun corre por sus venas la sangre de los descendientes de Ismael.

Luego que una caravana de Buhoneros llega á las

inmediaciones de un pueblo, su primera diligencia es buscar acomodo para sí y sus cabalgaduras. En primavera y verano les es fácil encontrar un prado ó rastrojo en que lijar su campamento. Hacen entonces alto, desaparejan sus rucios, clavan en el suelo unas largas estacas, y con mantas, zaleas y otras zandajas, forman sus barracas ó tiendas de campaña, que les ponen á cubierto de los ardores del sol. Después, y en tanto que las mas viejas de las mujeres se disponen á preparar la comida, los chicuelos salen como una plaga de langosta, los unos á recorrer las calles del pueblo en demanda de algunas limosnas, y los otros á buscar combustible que van reuniendo al pie de las encargadas en la comida, que sentadas sobre los aparejos de sus caballerías, y teniendo por delante una gran cazuela de barro apoyada sobre tres piedras en forma de trébedes, activan el fuego y mordan algunas patatas.

El Buhonero en tanto requiere sus alforjas, pone en órden los diversos juegos de gatos ó lañas de alambre, que dentro encierra; afila su herbiquí con un pedazo de lima groseramente embutido en un mango de madera; reconoce el estado de sus alicates y cargando con todos estos trebejos, hételo ya hecho un gobernador caminando hácia el pueblo fabricando corchetes y cadenillas de alambre. Mas este caballero gobernador no depende del gobierno ni su misión viene de tan alto; no es gobernador eclesiástico, ni militar, ni político. En una palabra, es solo gobernador que gobierna los desgobiernos (1) de nuestras criadas de servicio. Al entrar en el pueblo anuncia su llegada gritando con todas sus fuerzas: ¿Hay alguna tinaja, lebrillo ó cazuela quebrada que componer? ¿Ratoneras de alambre vendo! Si su mala estrella le conduce al sitio donde solazarse suelen los muchachos de la villa, ya le cayó que hacer y Dios le dé paciencia. Al divisarlo suspenden sus juegos, váñsele aproximando y ya inmediatos á él, grita uno con todas sus fuerzas: ¡Guardia! ¡Que viene el señor gobernador! Al punto y como por encanto la turba se forma en fila, y el mas travieso de todos empieza á batir marcha, imitando con la boca el sonido del parche y llevando al mismo tiempo el compas con los puños cerrados. Si el pobre diablo no se arma de sufrimiento y no haciéndose el cargo que aquellos honores le son tributados á causa de su profesion, no tolera con resignación tan amarga ironía, si se amotaza y hace siquiera la mas insignificante demostración de acometer, bien seguro puede estar de sufrir todas las consecuencias de un falso testimonio. ¡Al borracho! gritan unos; ¡á la laguna con él! repiten todos; y entonces si no quiere verse en un sério compromiso, no tiene otro recurso ni otra via de salvación que ponerse en huida con todos los bríos que sus pies le permitan. Las inocentes criaturitas rompen en seguida tras el malhadado Buhonero, arrojándole peladillas como el puño, con la santa intención de hacerle padecer el martirio de San Esteban, alzando una gritería infernal. Alborótanse con esto los perros del lugar, ladran, acosan al infeliz que huye, y este se da por bien librado si llega á su campamento sin que alguna lágrima de San Pedro le haya visitado las espaldas, ó sin que alguno de los canes haya alcanzado con sus dientes sus desnudas pantorrillas. Mas no siempre el caballero gobernador sale tan mal de sus expediciones; hay dias, y son muchos, en que recorre todo un pueblo sin que le suceda malandanza alguna, gobierna ó gatea cuantos platos, fuentes y lebrillos hay rotos; espende á doce y quince cuartos algunas ratoneras, da salida á algunas docenas de corchetes, hace nuevo empleo de alambre y vuelve á

su rancho dispuesto á emprender al dia siguiente la misma tarea.

La Buhonera á su vez no ha estado ociosa, sino que poniendo en órden en su canastillo los artículos todos de su reducido comercio, marcha impávida en busca de la buena suerte, que siempre le es propicia en todas sus especulaciones mercantiles. Unas enaguas de bayeta verde ó amarilla, tan cortas, que apenas alcanzan á cubrir la mitad de su pierna siempre desnuda y nunca limpia; unas zapatillas tan traídas como llevadas y con el talon caído por el uso; un pañuelo de yerbas á la cabeza; y al cuello un manton de los que llaman de pelo de seda, que no es sino de algodón, procedente de Gibraltar, tales son las piezas que con una camisa sucia y llena de remiendos forman todo su equipo. La Buhonera va recorriendo las calles y las plazas preguntando: ¿Hay pellicas de conejo ó de liebre que vender? ¡Veinte alfileres doy por un cuarto! Entonces principia su especulación, cambia con las mozas de servicio sus alfileres y agujetas por pellicas de liebre y conejo, aquí vende algunas varas de hiladillos, allí cuatro ó seis cuartos de hilillos de coser, mas allá alfileres, en la otra parte hilillos de mostacilla, y siempre, alegre y de buen humor va cortando la tierra con aquel aire de contento que da á las personas la satisfacción de sí propias, y despreciando con el mayor desden los chicoleos y galanterías que le dirigen unos y otros. Hay ocasiones en que vuelve á su rancho con unos réditos tan crecidos que esceden en mucho al valor efectivo del capital. El Buhonero lo observa y nada estraña, antes parece satisfecho del buen éxito de la expedición de aquel dia. Esto supuesto no me es permitido á mí, mero historiador, meterme en averiguar la causa de tan escesivas ganancias.

Los réditos de los dos capitales, tan hábilmente manejados, son suficientes á mantener la pareja, amen de algun tierno retoño, fruto casi siempre del amor y rara vez del himeneo. Y cuenta que no es esto una paradoja, el himeneo entre los Buhoneros se deja para tiempos mas felices; para cuando despues de haber corrido medio mundo, han adquirido á fuerza de trabajo ó mas bien de industria, un modesto capital, que los coloca en el rango de Buhoneros de tijera. Entonces celebran sus desposorios, siendo muy comun en estos casos el que asistan á la ceremonia dos ó tres muchachos, que por un órden natural debian haber venido al mundo mucho despues de verificada esta.

Ha llegado la noche. El campamento ha recibido en su seno á todos los individuos que lo componen. El Buhonero se ocupa en recoger de los rastrojos cuanta paja puede, á fin de proporcionarse un lecho algo cómodo en que reposen sus fatigados miembros. Mas como durante el dia ha tenido ocasion de observar hácia qué punto están situadas las huertas del lugar, medita un golpe de mano y quiere, antes de entregarse al sueño, ponerlo en ejecucion. Reune á su derredor á los mas jóvenes y osados de sus compañeros, comuncales su plan que halla la mas favorable acogida, y se emprende al momento la marcha. Distribúyese la tropa en dos ó tres grupos y con una estrategia digna de un mariscal del imperio, interin unos llaman la atención del hortelano y sus perros dando á la huerta un ataque falso, los demas penetran en ella por otro lado y cargan sus morrales, tupiéndolos de cuantas frutas y legumbres pueden haber á las manos. Provisos de estas municiones de boca, por tan legítimos medios adquiridas, vuelven á sus ranchos celebrando su destreza y buena suerte.

El invierno que ejerce igualmente sus rigores sobre todo vicho viviente, es fatal al Buhonero. Paralizanse casi las expediciones, viéndose obligados á hacer largas estancias en donde quiera que les pilla las continuadas lluvias de la estación. En los pueblos donde no hay posadas de pobres, que regularmente están á car-

(1) Si D. Quijote viviera y pudiera leer esta locucion le parecería de perlas, como aquella de la razon de la sin razon que á mi razon se hace, etc...

go de un Buhonero retirado y en donde por ocho maravedises por persona se pasa la noche á cubierto de las inclemencias del cielo, tienen que proporcionarse albergue en un pajar ó establo de bueyes abandonado y en estado ruinoso. Allí, colocados alrededor de una fogata compuesta de estiércol y paja podrida que despide una humareda tal, que les hace correr lágrimas como ciruelas, y que bastaría á asfixiar á cualquiera que no fuese Buhonero; allí, pues, confundidos hombres y mujeres con las bestias, los perros y demas alimañas vocean, juran, se desesperan con la lumbre que se apaga á cada momento y en medio de tan infernal algarabía aquello no parece habitación de seres racionales, aquello es un verdadero Pandemonium.

Mas la vuelta del buen tiempo ha restituido al Buhonero toda su actividad. Al aproximarse la celebracion de una feria, pónense los aduares en movimiento y se trasladan al pueblo donde se ha de verificar. Acampan todos en el rodeo y se preparan á los grandes lances que van á ocurrir. El Buhonero abandona entonces sus alforjas y alicates y armado de una mesilla, una baraja y dos ó tres peones del juego de damas, va buscando por el rodeo los grupos mas numerosos; lánzase en medio de ellos, planta su mesa, hace dos ó tres suertes de azar con tanta probabilidad de ganancia para los espectadores, en particular en el juego llamado de la yesca, muy conocido de algunos, que lo tendrán tan presente en la memoria como en el bolsillo, que persuadidos de que van á hacer una gran jugada, plantan su dinero, y lo ven desaparecer como el humo. Pero llega un momento en que su charla no produce efecto alguno, ya no hay por allí incautos que se dejen seducir, se presenta entonces un desconocido, pone un duro y lo gana, pone otro y lo gana tambien, y de este modo sigue ganando cuanto juega, en términos que muchos en vista de la mala suerte del Buhonero, se deciden á hacer algunas puestas y les sucede lo contrario precisamente que al otro, pues pierden cuanto ponen. Pero ¿quién es el afortunado desconocido que siempre ganaba? ese es lo que entre estas buenas gentes se llama «gancho»; es otro Buhonero que tiene el cargo de estimular á los circunstantes con sus imprevistas ganancias, que despues devuelve religiosamente á su compañero.

Hay ademas otra escena mas grandiosa, mas interesante y arriesgada; pero en la que la utilidad está en razon del peligro que en su ejecucion se corre. Para ello es necesaria la ayuda y cooperacion de los jitanos, con los que de antemano tienen hecha alianza. La operacion, pues, está reducida á dar un espanto; esto es, hacer de modo que cuantas caballerías hay en el rodeo salgan asombradas y tire cada una por la manga del diablo. El modo y forma como esto se ejecuta no nos es dado á los profanos, el saberlo. Al anochecer los Buhoneros y jitanos toman sus mantas sobre el hombro; sálense fuera del rodeo y divididos en grupos ocupan cuantas avenidas, veredas, sendas y caminos á él conducen y esperan con calma el resultado del espanto, que otros compañeros suyos quedan encargados de ejecutar. Verifícase este y salen las bestias en mil direcciones; hay carreras, caidas, gritos y una confusion espantosa. Las jitanas y Buhoneras aprovechan la ocasion y hacen su pacotilla en pañuelos, sombreros, mantas y en todo cuanto puede arrebatarse en medio de aquel caos. Sus dignos compañeros en tanto recogen cuantas caballerías ven á caer en sus manos, montan en ellas y en una noche son llevadas á muchas leguas de distancia de donde se cometió el robo, las venden ó cambian por otras y acuden en seguida al punto de reunion convenido antes del suceso.

Durante la feria, y mientras los hombres se ocupan en tan comprometidas operaciones, las mujeres po-

nen en movimiento todos los resortes de su astucia y travesura. Por do quiera se las ve pregonando los géneros de su escaso comercio; su pequeño capital es vendido y vuelto á emplear en un solo dia multitud de veces, produciendo unos réditos que harian honor al israelita mas avaro. Entre la multitud inmensa que ocupa el rodeo, la Buhonera, va, viene, bulle, se agita y siempre en un movimiento continuo ve crecer su peculio de un modo asombroso; y cuando viene la noche á cubrir con su manto protector las flaquezas humanas, invade las cantinas y los puestos de buñolitos calientes, se relaciona con los consumidores de lo tinto y espande un género que si no es de ilícito comercio, por lo menos no tengo noticia de que su nombre figure en ninguno de los aranceles vigentes, ni tampoco de que se halle sujeto al pago del subsidio industrial.

Cuando la ejecucion de todas estas fechorías ha tenido un éxito feliz; cuando no han sido interrumpidas por la intervencion inexorable de la justicia (lo cual sucede con harta frecuencia), el aumento de capital, con tantos quebrantos adquirido, pone á nuestra gente en estado de elevar á una esfera algo superior sus especulaciones y sus tratos comerciales. El Buhonero, sin abandonar aun sus alforjas, su berbiquí y alicates, tapadera eterna de todas sus bellaquerías, da mayor extension á los artículos de su venta. Hace sus viajes á Sevilla y otras capitales donde vende en las fábricas de sombreros su acopio de pieles, y el que antes solo empleaba su dinero en alambre comun, hoy lo hace en el que llaman de plata, que merced á su diestro alicate se convierte en primorosos corchetes de á tres reales la caja. En lugar de ratoneras de alambre, cuelga ya de sus hombros neguilleros de lo mismo y jaulas de perdiz. Su vestido, asi como el de su adjunta han adquirido mejoras de consideracion; la canastilla de esta última es de mayores dimensiones ó ha cedido su lugar á un cajon de madera muy decente y que se cierra por medio de una tapadera de lo mismo con un curioso candado. Este va relleno de géneros de mayor cuantía, como cuchillos, navajas, tijeras, botones y espejos; fajas, ligas, medias y tirantes: es, pues, una tienda reducida todavia, pero surtida de muchos y variados artículos. En fin, hasta el pollino flaco y miserable, que aunque de ínfimo valor fue adquirido con gran trabajo, es reemplazado por otro jóven y vigoroso. Un año mas de fatigas y expediciones, y se mirará convertido en Buhonero de tijera.

Muy poco hay que decir de nuestros héroes cuando han llegado á ocupar tan ventajosa posicion. Y necesariamente debe suceder así, porque cuando los hombres han podido adquirir un cómodo bienestar y tienen en parte asegurada su subsistencia, son menos sus afaes y disminuyen tambien los esfuerzos que para llegar á este estado han empleado anteriormente. Por esta razon su vida no ofrece ya lances de la naturaleza de los que llevamos referidos, ni está sujeta á los azares y aventuras del que vive en la escasez y miseria. Ya no necesita mi hombre vivir en cuadrilla ni acampar en despoblado: se ha casado con su compañera, y uno y otro han entrado gustosos en el estado normal y pacífico de los demas individuos de la sociedad en general; y sin embargo de que aun pueden considerarse como mercaderes ambulantes, toman vecindad en un pueblo cualquiera, y orgullosos con el nombre de comerciantes pagan, si no con gusto al menos con resignacion, la contribucion mercantil, la de provinciales, la del culto y clero y tantas y tantas como por la gracia de Dios y la Constitucion pagamos los españoles todos. Las alforjas y alicates han desaparecido. En su lugar se ven, la vara de medir y las tijeras; y en vez de llevar su tienda sobre el hombro, la carga sobre un buen caballo que ha comprado á este fin, y en el cual hace

sus expediciones á los pueblos inmediatos al de su residencia, ínterin la esposa queda al frente del establecimiento. En las ferias huye de los rodeos, teatro de sus antiguas glorias, y planta su venta en medio de la plaza ó en la calle mas concurrida, bajo una decente tienda de campaña hecha de los fardos de anejo en que envuelve los géneros. Sin embargo, como al Buhonero no se le olvidan tan fácilmente las malas costumbres de la vida pasada, le gusta mucho hacer de vez en cuando algunas escursiones al reino de Portugal ó á Gibraltar, si le cae mas á mano, en busca de géneros de ilícito comercio, que gracias á su industria los vende entre los permitidos sacándolos una crecida utilidad. La vida peligrosa y comprometida del contrabandista le es sumamente agradable, y aun se cree que adopta este sistema como método higiénico; pues dice él, y dice bien, que el estado pacífico y sedentario de comerciante destruiria muy pronto la salud del que ha llevado siempre una vida agitada y de movimiento.

Tal es, pues, con muy pocas escepciones, el término de la carrera de un Buhonero. La moralidad de sus costumbres parece que está en razon del aumento de su fortuna; y no es extraño ver convertido en ciudadano honrado, pacífico y útil á la sociedad al que fue siempre su enemigo. Su nombre figura en las listas electorales, y estoy viendo el dia en que aparece alguna candidatura en la que se lea: «Don N. Gazul y Alhamar, Buhonero y propietario;» que cosas como estas se ven hoy dia en la patria del Cid. Por último, á su muerte lega á sus hijos un patrimonio regular, que los pone á cubierto de la indigencia, y que les ahorra el trabajo de llevar tan mala vida como la del que les dió el ser.

Hay no obstante, como llevo dicho, algunas escepciones de esta regla general. Algunos Buhoneros, por desgracias inesperadas y que no están al alcance de humana prevision, están condenados á ser toda su vida gobernadores: cuando la vejez con sus achaques viene á interrumpir el curso de sus expediciones, fijan su residencia en un pueblo cualquiera, del que se constituyen gobernadores natos, alquilan en los extremos del mismo una casucha miserable en donde establecen una posada de pobres. Allí reciben á sus antiguos compañeros, que en las largas noches de invierno los distraen contándoles sus aventuras, que parece los rejuvenecen; y el Buhonero en cambio, como hombre experimentado, les da muy buenos consejos. Es el parroquiano mas constante de las tabernas del pueblo; en las resolanas jamas se le hecha de menos con su baraja grasienta jugando al cané y á la treinta y una con otros de su calaña. A su muerte es enterrado de caridad, no hallándose en todo el burdel que habitó un pedazo de tela en que envolver su cuerpo; ni habiendo otros acreedores á sus bienes, si los tuviera, que el casero y la tabernera.

José Muñoz.

LA MARISABIDILLA.

Pues, señor, si al fin ha de ser, manos á la obra y pecho al agua. La cosa no es tan inocente como al principio me parecia; al cabo hay que hablar mal del bello sexo, es decir, de una parte de él, buscar el lado por donde flaquean algunos de sus individuos, y sacarlo á plaza, para que ellos mismos se rian y avergüencen de su ridiculidad. Si mal no me acuerdo, esta es la empresa que me han encomendado; y aunque el asunto es ameno, y lleva en sí cierta dosis de moralidad, y admite los preceptos de Aristóteles y

Horacio, no me prometo yo los mejores resultados; en primer lugar por mi condicion esencialmente inofensiva, y en segundo por ser muy poco dado á este género travieso en que pudieran lucirse péñolas mejor cortadas. Con todo, no seré yo el primero que da en bufon por querer parecer chistoso; y luego que bueno es probar de todo; y ademas que, donde menos se piensa salta la liebre, y últimamente, nadie diga de esta agua no beberé.

Pues, señor, como iba diciendo, y si no lo iba diciendo, lo digo ahora, hay cosas que no están escritas; y como toda verdad enunciada así absolutamente tiene visos de temeraria y puede hallar quien la contradiga, daré á esa proposicion un sentido mas concreto, y quedo seguro de que nadie me desmienta. Y si no ¿á que es verdad que en los *Españoles pintados por sí mismos* no se ha hablado hasta ahora esclusivamente de la *Marisabidilla*, siendo un *tipo* tan corriente, tan universal, tan vario y entretenido? Esto es tan cierto, que de lo contrario no hubiera yo podido tomarlo por asunto del presente artículo, porque en los *Españoles* no se admiten reproducciones, ni traducciones, ni refundiciones. ¡Loado sea Dios! y ¡ojalá que en otras partes se hiciera ó se hubiese hecho lo mismo, que no nos veriamos ahora tan extraviados de nuestra casa! De que entre los escritores que componen hasta lo presente el largo catálogo de los Españoles, ninguno haya adoptado el susodicho tipo, cualquiera podrá convencerse sin gran trabajo: debo, pues, mostrarles mi reconocimiento porque me han dejado meter el cuco en esta obra, y de conseguirlo ganar, si honra no, por lo menos algun provecho.

El preámbulo, que no ha de llamarse exordio, es de los de *ab ovo*, lo conozco; pero con algo hemos de llenar el papel, y de algun modo entretener el largo camino que tenemos que andar; y á la verdad que bien hubiera podido el señor editor acortar algo sus límites, que bastan y aun sobran para dejar rendido al mas brioso; aunque si bien se considera, el campo es fértil y da de sí para todo cuanto se quiera. Ea, pues: ánimo, lectores, que si de esta salgo bien, ya no hay cosa que me acobarde.

Lo primero que se me ocurre al tratar de la *Marisabidilla* es empezar por el principio, quiero decir, por la etimología de su nombre, procediendo sintéticamente, como diria con mucha oportunidad cualquiera de nuestros antiguos lógicos. Por fortuna el caso no es complicado, ni hay que darse de calabazadas para saber que de *María* y de *sabia*, ha resultado el nombre compuesto, y ademas diminutivo, á que toda esta gerigonza se refiere; pero lo que sí es muy singular que para componer cualquier calificación aplicable al sexo frágil, se haya de echar mano precisamente del nombre de *María*, lo cual parece peor cuando se quiere espresar una idea ridicula ó poco análoga á la natural dulzura que aquella voz lleva consigo. Decimos *Maritornes* y *Mariblanca*, *Marirabadilla* y *Marizápalos*, *Marimacho* y *Mari-manta*, y nadie ha pensado en inventar aun palabras tan puras y eulónicas (adjetivo de nuevo cuño) como *Maridulce* ó *Marilinda*, *Marisol* ó *Maristela*. La cuestion pudiera enredarse mucho si tratásemos de profundizarla, porque hallaríamos combinada la susodicha expresion con otras muchas que pasan, no sé por qué razon, como primitivas. *Marido*, por ejemplo: ¿quién no conoce su latina alcurnia? ¿Quién no ve la serie de contracciones que desfiguran su verdadero origen en *María datus*, *Maridatus Maritus*, que es como ha llegado hasta nuestros dias? ¿Luego marido quiere decir *dado á María*, esto es, á una *María* determinada? Sí, señor, exactamente: ahí está probado hasta la evidencia. *Si non é vero, é ben trovato* dirá alguno.—Pues con el *ben trovato* me basta, amigo mio, que otros ni con esto aciertan, y

andan por esos mundos pavoneándose que es un contento.

Sabido el nombre de la cosa, debemos pasar á definirla; y así la *Marisabidilla* es una mujer, que guiada meramente por sus observaciones, ó formalmente entregada á las tareas del estudio, ha adquirido una instruccion mas ó menos estensa, y se cree con derecho á mezclarse en todas las cuestiones, y á ser oráculo, juez y árbitro en todas ellas. Los antiguos conocieron tambien individualidades de esta especie: Safo, amante de Faon, y Cleopatra, perdition de Antonio, deberian citarse, á vivir hoy dia, por modelos perfectísimos del tipo que nos ocupa; por otra parte las Circes, las Musas y las Sibilas prueban el respeto y admiracion con que se miraba á las mujeres cultas; y sin embargo ninguna de ellas tendria las pretensiones que las *sabidillas* de nuestros tiempos, pues si alguna osaba, *verbi gratia*, entremeterse en asuntos de Estado, y penetrar por el laberinto de la política, era convertida en ninfa con el nombre de Egeria, por ejemplo, y se propagaba la voz de que era el númen inspirador de un rey, tal como el apacible Numa. Esto quiere decir que antiguamente tenian vedado las mujeres el camino de la política, y que si alguna, por exceso de audacia, venia á caer en él, era considerada como un ser fantástico, medio pez y medio bípedo, como solian serlo las ninfas, habitadoras de las aguas y de las selvas.

En efecto, la *Marisabidilla* de nuestra edad es ente muy superior á la idea que de él puede formarse. Participa de las dos naturalezas, corpórea y espiritual, de la una por sus encantos físicos, que necesariamente ha de tener algunos, aunque sean pretéritos, y de la otra por la brillante luz que ilumina su entendimiento. Con todo, no se parece á los restantes individuos de su especie sino en la forma, que para el caso es nada; en su método de vida, en sus afecciones, ademanes y coloquios, difiere tanto de todos ellos, que parece llovida de las nubes, segun la trasfiguracion que representa. Sus facultades á mas de esto han recibido del Criador un desarrollo verdaderamente prodigioso; si habla, su conversacion es interminable, pues nada puede compararse á la ductibilidad que adquieren sus palabras con la especial estructura de su lengua; si escribe ¿no se semeja su expansion á la incesante y fecunda lluvia de otoño, para valernos de un símil digno de su delicado ingenio?

Hasta aquí vamos considerando el tipo en general y deduciendo su carácter de las propiedades tambien genéricas que en él se advierten; otras muchas omitimos en gracia de la brevedad, y atendiendo á que no es este nuestro verdadero objeto. Dios, que imprimió signos tan varios en todas sus criaturas, no podia menos de establecer diferencias muy marcadas en la raza *Marisabidilla*; el talento humano ha encontrado en ella un género precioso, independiente bajo cierto aspecto del *animal bipes et implume* que se creia Platon; dividiendo este género en especies, resulta un nuevo viviente que ni alcanzó los tiempos de Demócrito y Plinio, ni analizó Buffon, ni describió Cuvier, ni halló jamas nuestro famoso Hernandez en sus investigaciones ultramarinas. Yo no me precio de naturalista, y sin embargo pudiera designar lo menos veinte y cuatro especies enteramente diversas; mas como quiera que tan difusa clasificacion pareceria á muchos sobrado sutil y complicada, me contentaré con aglomerarlas y distribuir las todas en dos grandes grupos, al modo que tomando por distintivo el color, se efectuaría con la raza humana. Queda, pues, dividido nuestro tipo en otros dos subalternos; primero el de la *Marisabidilla vulgar*; segundo el de la *Marisabidilla culta*.

La *vulgar* nació casi entre la hez del pueblo, de

donde su desenfadado natural, sus tendencias democráticas, su espíritu escuderial y enérgico. Engendrónla un sacristan ó un maestro de escuela, que en muchas partes vienen á ser lo mismo, un alguacil ó muñidor de cofradía, que no se distinguen tampoco en otras; y como gente toda esta aguda y decidora, si bien honrada y cabal, que esto nadie se atreverá á negarlo, de cualquiera de ellos que recibiera el ser nuestra heroína, debia ser un lince en la penetracion, un loro en la expedicion del habla, un momo en el gracejo, y en el espíritu de observacion un Argos. Creció como crecen todas; pero á los pocos años dió ya visibles muestras de su natural despejo; sus padres que observaron tan bellas disposiciones, se propusieron hacer los posibles sacrificios para que la



La *Marisabidilla*.

muchacha saliese tan aventajada como prometia; envidaronla á la maestra; pero no descubrió la mayor aficion á las labores propias de su sexo. Esto comenzó á afligirlos, mas habiéndola metido en la cartilla y espoleádola en el caton, quedaron asombrados de sus progresos: desde entonces la dedicaron á la lectura, porque la escritura la entraba menos: el *Amigo de los niños*; las *Lecciones escogidas*; los *Ejemplos morales*; el *Fleuri*; todo lo devoró con avidéz extraordinaria. Deshojó el *Flos Sanctorum* á fuerza de hojearlo tanto; se engolfó en las sublimes máximas del *Bertoldo*; en la historia de los *Doce Pares*; en las *Tertulias de la Aldea*, y otra infinidad de obras; y quedó en breve tiempo hecha una enciclopedia ambulante de vidas de santos, de aventuras de caballería, de sucesos

raros, de remedios y secretos mas raros todavía; en una palabra, creyeron sus padres que Dios destinaba aquel portentoso para la Iglesia.

Lo que era el exterior de su figura la recomendaba poquísimamente para el mundo: tenia el cuerpo bajo y rechoncho; la cabeza pequeña tambien, pero sin gracia; las facciones menudas y toscas; el cutis áspero y escamoso; el talle era tan ancho, que al pronto parecia el horizonte de aquella esfera: en fin, la naturaleza no le habia concedido mas perfecciones que las intrínsecas. Por otra parte se cuidaba muy poco del alio de su persona; y bien fuese presagio de su futura suerte, ó congénito desvío, odiaba el trato con los hombres, y solo apetecia la sociedad de sus iguales y de su sexo. Divertianla muy poco los juegos de la mocedad, y cuando se juntaba con muchachas de su tiempo, se revestia de autoridad, las mandaba sentarse á su alrededor, y tomando la palabra, referia mil cuentos, historias y especies que tenia almacenadas en su cabeza.

Así vivió hasta la edad nubil. Dicho se está que aspiraba á la palma de las vírgenes, que á ser otra, hubiera podido costarle la del martirio, porque á los veinte años quedó huérfana la desdichada; su padre habia muerto de una picadura venenosa yendo á buscar camisas de culebra; su madre espiró del sentimiento, que no era caso para menos. Recogióla un hermano mayor que habia sido soldado, y á la sazón fiel de fechos del ayuntamiento de su pueblo, y aquí comienza el segundo período de la vida de nuestra doncella.

Con cierta táctica de lenguaje, que por acá llamamos lúbia, y su continua presencia en todas partes, iba haciéndose la indispensable en la vecindad, el fuelle de todas las cocinas y el gato de todas las ratoneras. Apenas amanecía Dios tomaba el trote hacia la iglesia, oia la misa de alba, y solia entrar frecuentemente en la sacristía, una vez para advertir al monacillo de que se corria una vela, otra para recordar al sacristan que en la próxima semana habia dos dias de vigilia y era el cumpleaños del ama del señor cura. El afán por saberlo todo la llevaba despues á la plaza, donde averiguaba lo que cada cual comia, los sucesos de la vispera, los planes para el dia siguiente; y de todo daba cuenta, primero en su casa, y despues en todas las de la circunferencia; era una gaceta viva con su parte oficial, sus noticias extranjeras, sus artículos de fondo á veces; periódico gratuito, puntual, inalterable en sus doctrinas, libre de todo temor y restriccion: así es que contaba con infinito número de suscritores.

Llamó Dios á su hermano á mejor vida, cansado sin duda de sus fechorías, y hallándose la pobre huérfana en edad muy buena todavía, tuvo la suerte de entrar á servir á un señor mayor, mayorazgo de aquel pueblo, que habia estudiado latin en sus mocedades con un beneficiado del mismo, y que estaba tan pagado de sus bienes como de su ciencia, no obstante que ni en uno ni en otro concepto tuviese mucho que agradecer á la fortuna. A la sombra de tan respetable autoridad, subió infinitamente de punto el crédito de la doncella; de él aprendió cosas ignoradas hasta entonces; supo como habia habido un pagano llamado *Ciceron*, hombre de gran talento; otro nombrado *Ovidio*, tan dado á las muchachas, que por buena providencia tuvieron que deslerrarle. Oyó decir al amo que el gato en latin se decia *felis* y el perro *canis*, y desde aquel dia llamaba *Cádiz* á este y al gato *Félix*. Era cosa de oír las conversaciones que tenia con el buen señor.—¿Sabe V. lo que pienso? le decia, que en tiempos de aquel *Ovillo* de que V. me ha hablado habia mucha delicadeza entre las gentes. ¿Desterrar á un hombre por su afición á las mujeres? ¿Pues ahí es nada! ¿Y eso hacian los paganos? Pues si ahora que hay tanta cristiandad fueran á hacer lo

mismo, se quedaba el pueblo sin mas hombres que V., que es la misma moderacion y la estampa de la virtud.—Esto prueba que si la hermana del fiel de fechos no sabia gramática latina, por lo menos en la parda era un Nebrija. Otras veces iba diciendo por el lugar que el señor cura habia pronunciado una plática digna de Ciceron; que en su casa se disfrutaba de una paz *otoviana*; que el frio iba apretando tanto que al *angelus Dómini* no se podia ya andar por la calle; que á fulano le habian administrado el *oleo*; con otras cosas de este jaez que dejaban atónitos á los jóvenes, pasmados á los viejos, llenas de envidia á las mujeres, y á todos colgados de la lengua que tan admirables sentencias proferia.

El tiempo que todo lo precipita, precipitó á nuestra matrona en los cuarenta abriles, hasta cuya época, propiamente hablando, no le conviene el título de *Marisabidilla*, porque entonces es cuando llega al apogeo, digámoslo así, al *non plus ultra* de su erudicion; los avisos de la experiencia, los ejemplos y desengaños del mundo han madurado su juicio completamente, y dado mayor profundidad y extension á sus conocimientos. Hasta ahora ha sido una observadora superficial, un ingenio frívolo, una planta poco menos que inútil en el vasto jardin de la naturaleza; en adelante el árbol dará ya fruto, el ingenio se hará prosélito, la observacion triunfará de las preocupaciones escritas, que son las mas ridículas y nocivas. Comprende entonces todo el mérito de su destino; enjuga las lágrimas que le habia arrancado la contemplacion de su estéril integridad, y experimenta en todo su ser un cambio tan visible como repentino.

Una feliz coincidencia contribuyó doblemente á esta extraña metamorfosis. Perdió á su buen amo; y cuando iba á verse nuevamente aislada y en la mas congijosa incertidumbre, la favoreció la Providencia disponiendo de los dias del ama del señor cura, cuya elocuencia habia ella comparado mas de una vez á la del orador romano. El párroco quiso pagar sus panegíricos poniéndola al frente de su casa y de su peculio. Item mas: obtuvo á poco tiempo una rectoría en la córte, y resolvió llevar consigo á la novel ama, previo por supuesto su beneplácito. Un sueño le parecia á ella su instalacion en Madrid, mas lo vió realizado al punto como si hubiese sido sueño de avaro. Héla, pues, en otra escena mas espaciosa y bella, y digna de sus afanes. Embocóse en la córte con familiaridad de indígena, nada la sorprendió de un espectáculo que jamas habia visto; todo lo encontró como se lo habia figurado, como si ella lo hubiese dispuesto de aquel modo; los grados que median entre un pueblo de provincia y una córte, quedaron fácilmente reducidos en la escala de su inteligencia.

Al cabo de algunos años el ama del señor rector contrajo infinidad de relaciones con toda clase de gentes. Hizose la favorita de cien tertulias, el alma de las conversaciones, la madrina mas universal de bodas y bateos; pero lo mas singular era que ninguno de estos compromisos le acarrea desembolso alguno, antes sacaba de todos ellos agasajos y memorias, porque novios y paridas, maridos y suegros habian recibido de ella consejos y ofrecimientos, confianzas y favores, y todos se apresuraban á cederle, no los gastos, sino los honores y presidencia de cualquier fiesta. Preciso es confesar que en esto influia mucho su colosal fortuna; mas tambien tenia que agradecérselo á su talento, y á la maña con que sabia encaminar su brújula al norte de cualquier designio.

La edad no ha podido entorpecer la sutileza de tan raro instinto, sino comunicar á su figura un aire particular que la da á conocer al primer golpe de vista. El cuerpo antes cilíndrico y fornido, se prolonga ahora descarnado y largo; el rostro seco y con

mil arrugas, visto de perfil es una media luna perfecta. Los ojos conservan sin embargo su antigua animación; la voz su sonoridad, aunque mas gangosa y atiplada; sus movimientos son descompasados y frecuentes; cuando anda parece deslizarse: finalmente, va vestida siempre de negro con jubon y basquiña, y al que le habla de modas contesta que como se han inventado para distinguirse, ella con ir de esta suerte se diferencia de todo el mundo. Otras veces añade que los monumentos antiguos tienen en todo tiempo mas valor que los recientes.

No es posible andar por Madrid dos horas sin encontrarla siquiera otras tantas veces. Los cuidados de la casa la ocupan poco, porque nos hemos olvidado de decir que ha perdido á su amo y bienhechor, el cual dejándola heredera de cuanto poseia, ha asegurado su bienestar futuro, y ella no tiene que cuidarse mas que de la conservacion de su salud. Una parte de la mañana la consagra á Dios; el resto y la tarde toda á recorrer las casas de sus conocidos, quedándose á comer por lo comun donde la coge la hora, como ella dice; al anochecer vuelve á su casa, y un rato en el cuarto bajo, otro en el principal ó en el segundo, y así sucesivamente, la noche se le va en un soplo. En todas partes presta algun auxilio, en todas alguna advertencia saludable. Da remedio en todos los achaques, solucion á cualquier duda y fin á cualquier conflicto. Tiene medicamentos peregrinos para toda clase de males: libra á los niños de las molestias de la denticion untándoles las encías con sangre de gorriones; cura la quebradura aun á los adultos, degollando un lagarto sobre la parte dolida; con el huevo de una gallina negra corrige el vicio del estravismo; su mano goza de una virtud especial para dar fricciones; bástale una cruz de retama macho para ahuyentar la erisipela; en suma no hay doctor que pueda competir con ella, ni sistema anatómico llevado á mayor perfeccion que el suyo, ni fisiología mas natural, ni terapéutica mas infalible.

Pues ¿qué diremos de los secretos químicos que posee, de sus maravillosos conocimientos astronómicos, de su erudicion histórica y política, de su admirable criterio, de la interpretacion que da á las máximas morales y religiosas, y de los comentarios, versiones y análisis que hace de los pasajes mas oscuros de los santos padres? Sus estupendas doctrinas deben escucharse con el mayor silencio, por temor de no exasperar la biliosa *susceptibilidad* de su carácter; tomarias las objeciones como desprecios, las preguntas como burlas, y como el mayor insulto la observacion mas sencilla que se intentase hacerle. Sin embargo, no por esto se crea que descubre en su semblante ni en sus palabras el menor indicio de esta propension; siempre lleva en los lábios la risa y la afabilidad; su conversacion siempre es chistosa, franca, amena, como de una persona de mundo que vive penetrada de su experiencia, talento y superioridad. Solo un defecto se advierte en ella que oscurece este sinnúmero de perfecciones: cree en hechizos y transformaciones, en brujas, duendes y demas espíritus malignos; mas esto será quizá efecto de una revelacion intuitiva, ó lo que es mas cierto, del conocimiento, de la conciencia, como ahora se dice, de sí propia; porque seguramente ¿quién al verla podrá dudar de la existencia de tales trasgos?

Hé aquí la *Marisabidilla vulgar*, á cuyo retrato hubiéramos querido trasladar la energía, expresion y gracia que el original conserva: si con el siguiente no somos mas felices, lluevan sobre nosotros censuras y reprobaciones, que bien merecidas las tenemos; pero no, no serán tan inhumanos nuestros lectores; vamos á tomar otro pincel mas delicado, y quizá logremos representar una figura en todos conceptos interesante.

No necesitamos para ello pedir luces al alba, ni pálidos destellos á la luna, ni tintas á las flores, ni á la primavera la copia de sus encantos: nuestra *culta Marisabidilla* los posee todos, y crea otros nuevos y desconocidos con la magia de su poder irresistible, dado que habita en un mundo fantástico, pero tan bello, que no hay Eliseos, ni Paraiso, ni Eden que se le parezca. En él reune y perpetúa los atributos y tesoros de todas las estaciones: entre los hielos del invierno contempla á mayo con toda su *pompa vegetativa*; los rayos del sol de estío, pierden para ella su fuerza entre los húmedos vapores de las lluvias del otoño; cubre sus virginales atractivos ora con las pieles del septentrion, ora con las sedas y gasas del mediodia; remóntase unas veces en alas de la tormenta, y otras goza sobre un mullido césped los halagos del céfiro lascivo; tan pronto escucha aterrada el estrépido de un torrente, como sigue complacida el curso de un arroyuelo. Brama el Averno á sus pies, y si por acaso alza los ojos, ve abiertas de par en par las *diamantinas* puertas de los cielos. Allá se lanzaria llevada de su inspiracion y meciéndose en los aires como una silfide, si no hubiese una selva que la codicia por su *Driada*, una fuente que la quiere por su *Náyade*, y un celeberrimo mar que la llama su *Nereida*.

— ¡Bravo! ¡bravo! — esclamarán algunos; — eso á lo menos se escucha con agrado. — Pues vean Vds. la variedad de gustos; ya estaba yo arrepentido de pintar á mi *culta* por este lado; mas por Cristo que lo he de dejar así, que si esto agrada, bueno ha de ser por fuerza, digan otros lo que quisieren. Vayan unas pinceladitas por otro estilo, y rueda la bola, que lo que sobra es campo.

Señores, la *Marisabidilla culta* no puede en modo alguno confundirse con la *Marisabidilla vulgar*. Esta lo debe todo á la naturaleza, nada al arte; en aquella, mitad es arte y mitad naturaleza. La *vulgar* comienza á ser cuando deja de existir la *culta*: esta recibe en su juventud una organizacion completa, un perfecto desarrollo; aquella en semejante edad es todavia un embrión informe, grosero é improductivo: en la una es muerte lo que en la otra es vida: el destino ofrece á la primera sepulcro cuando á la segunda cuna. La misma ley preside á sus gerarquías, la misma retro-pulsion se efectúa en sus relaciones: mientras la una se ahoga en el fango de la degradacion, respira la otra el aura del bienestar; la suerte avara con la una se muestra espléndida con la otra; son respectivamente el ruisenor y el pelicano de su especie; el efímero insecto que deja de existir cuando es inútil, y la crisálida que en su trasformacion renace á una nueva vida. Si hallais al paso á la una, direis «esta es la hija de la experiencia;» si observais atentamente á la otra conoceréis que es el aborto del genio; y por esto la una perece en flor, y la otra prolonga su existencia decrepita y carcomida. Tenemos, pues, un problema que analizar, un problema que resolver; su solucion envuelve una verdad amarga, pero constante; terrible, pero evidente: la muerte en la juventud, la vida en la ancianidad....

Y esto ¿qué tal? ¿no es brillante? A poco que uno se distraiga, se pierde en el confuso laberinto de tan intrincada filosofia; con todo, no faltará quien diga que ese es el idioma de la razon y el lenguaje del sentimiento. ¡*Tripas de Barrabás* y *ombligo del papa!* como dice un sabio que yo conozco: si eso es hablar con razon ¿cómo hablarán los que no la tengan?

Ello es que traducido al español vulgar el largo párrafo que antecede, resulta la vulgaridad de decir en cuatro palabras que así como la *Marisabidilla* de que hemos tratado no adquiere esta calificacion hasta los cuarenta y pico, la *culta* á los veinte abriles puede ser ya un asombro de erudicion y genio. La razon es muy sencilla: iniciada desde muy temprano por

sus padres en estudios poco comunes á su sexo, adquirió la viveza de comprension y el amor á las ocupaciones literarias que han formado la primera necesidad de su existencia. Dada incesantemente á la lectura de autores antiguos y modernos, ha sentido en su interior el gérmen de las mas sublimes concepciones, ha obedecido á la voz del genio que le señalaba el asiento de la inmortalidad, y aspira á ser digna rival de los hombres mas eminentes que brillan en una y otra nacion, así en los pasados, como en el presente siglo. Tendráse esta empresa por demasiado árdua para el espíritu de una mujer, á quien las consideraciones sociales por una parte, y por otra su propia debilidad oponen estorbos multiplicados; mas ella lo ve de diverso modo; sienta por base la emancipacion del bello sexo, y erige un sistema que algunos proscriben como ridículo é irrealizable, y que á su modo de ver daría complemento á la perfeccion de la especie humana. Absorta en estas reflexiones, ve desplegarse ante sus ojos un cuadro inmenso y magnífico; aquí la ciencia con sus eternos principios y sus benéficas aplicaciones; allí el vasto campo de la literatura, donde crecen para no marchitarse nunca los laureles de las artes. Ansiosa por distinguirse en uno ú otro concepto, en el de científica ó literata, investiga cuál de entrambas denominaciones se acomoda mejor á sus conocimientos, inclinaciones y carácter; y despues de un maduro exámen, despues de apreciar en toda su extension las ventajas é inconvenientes que se le ofrecen, forma la heróica resolucion de hacerse *literata*, pulsar la lira de los poetas, y oscurecer la gloria que han conseguido recientemente en su patria talentos privilegiados.

Todo da indicios en ella de la superioridad de su destino; el talle esbelto y agraciado; el andar desembarazado y grave, el rostro de finísima tez, melancólico, pero apacible; las facciones ni por extremo hermosas, ni tan faltas de perfeccion que desdigan del conjunto de su belleza. La armonía de su voz parece sobrenatural; la influencia y esmero de sus palabras muestra bien claramente el afan empleado en cultivar su espíritu. Su elegancia en el vestir no siempre obedece al capricho tiránico de la moda, sino que por lo comun se anticipa á ella, ostentando ya en la forma, ya en el adorno y accesorios de sus trajes cierta novedad, que prueba cuando menos su delicado gusto. Finalmente no es posible verla, contemplarla, sin experimentar la turbacion que inspiran generalmente los atractivos de la hermosura; es de aquellas mujeres cuyo aspecto acalora la fantasia, conmueve el corazón, suscita deseos que pocos aciertan á reprimir, y trae involuntariamente á la memoria estos afectuosos versos, imitacion feliz de otros no menos afortunados:

¡Dichoso aquel que junto á ti suspira,
que el dulce néctar de tu risa bebe,
que á demandarte compasion se atreve
y blandamente palpitar te mira!

La antítesis de que nos hemos valido para expresar la diversidad que se advierte entre una y otra *Marisabidilla* puede tambien hacerse extensiva á su método de vida y ocupaciones, pues al paso que en la *vulgar* es todo actividad y humso y correteo, la *culta* vive en el mayor reposo, y se cuida muy poco de los demas, y permanece la mayor parte del tiempo encerrada en su retiro. Escusado es añadir que trae la vida mas atareada que puede darse; mas no por esto se crea que está incesantemente tirando de la hebra, ó hilando el copo, ó creciendo y menguando en la calcaeta; semejantes ocupaciones son indignas de su clase y mas indignas aun de su educacion y de sus hábitos. Tiene ciertas horas destinadas á la lectura, que por lo comun son las de la mañana, en que perturbada la imaginacion con los vapores del sueño, no acertaria á

encontrar un plan, un concepto, una imágen correspondiente á la sublimidad de cierta composicion que la trae confusa y enajenada.

Su biblioteca no es muy numerosa; pero sí selecta. En ella figuran en primer término, bellamente encuadernadas, las novelas de *Jorge Sand*, á quien la participacion de sexo le hace mirar, y no es extraño, con cierta especie de idolatría. Siguen despues *Eugenio Sue*, *Balzac*, *Paul de Kock*, *Walter Scott*, *Alejandro Dumas*, las obras de *Victor Hugo*, las de *Lamartine*, algunas de *Chateaubriand*, las de *Lord Byron* traducidas al frances, y otras varias de autores de por allá, unos modernos y otros contemporáneos; nada de *Corneille* ni de *Racine*, ni de *Molière*, ni de *la Harpe*, y mucho menos de *Boileau*, *Delille* y demas poetas líricos á quienes solo ha dado fama, segun dice ella, la época en que vivieron. El insulso *Fenelon* acabó cuando niña con su paciencia *Masillon*, *Marmontel*, *Bourdaloue*, *Saint-Pierre*, *Barthelemy*, *Pascal* la *Bruyere*, y todos los demas prosistas llamados clásicos en otro tiempo, de poco sirven hoy día, porque ni sienten lo que escriben, ni saben escribir para la generacion presente. De *Rousseau*, solo conserva la *Julia*, y de *Voltaire* las composiciones dramáticas: al lado de las piezas de *Scribe* tiene los tremebundos dramas de *Bouchardy*, los de *Casimiro Delavigne*, el *Fausto* de *Goethe*, y el *Don Carlos* de *Schiller*, en frances con otras producciones sueltas que están dando allí testimonio de su buen criterio. En punto á nuestras obras es algo mas tolerante, pues no solo ha conseguido reunir cuantas han dado á luz en la postrera década nuestros poetas líricos y dramáticos, sino que guarda con estimacion el *Quijote* y las *novelas de Cervantes*, una preciosa coleccion del *teatro antiguo*, y la de *poesias selectas* publicada por *Quintana*. La delicadeza de su gusto no le permite transigir con la mayor parte de los escritores antiguos en quienes no reconoce títulos suficientes para los aplausos que se les prodigan. De *Quevedo*, por ejemplo, dice que brillaria mucho mas si no fuese tan vulgar y desaliñado, y no hubiese dado en el necio empeño de escribir casi siempre chocarrerías; los historiadores españoles carecen de genio y filosofia; los publicistas son pedantes, los escritores sagrados hipócritas y misioneros, esceptuando únicamente á *Santa Teresa*, sin duda, aquí para entre nosotros, por lo que tenia de comun con Eva.

Con semejantes recursos fácil es comprender á qué género de trabajos se dedica principalmente. No pretende, segun queda ya insinuado, como la *marquesa de Chatelet*, comentar á *Leibnitz* y *Newton*, ú ocuparse en escribir instituciones físicas; ni como *madama de Stael* examinar profundamente el estado de cultura de la Alemania; ni aspira como nuestra célebre compatriota *María Isidora Guzman y la Cerda*, hija de los condes de Oñate, á la borla de doctora en filosofia ni al honor de académica de la Historia, ni como *Ana le Fevre* se propone traducir é ilustrar á *Floro*, *Terencio* y *Homero*; su ambicion halla caminos mas espeditos, y sus ilusiones se concentran en el brillante foco de la poesía, pero apartándose de los escollos que ofrece la escuela antigua, desechando sus rancias formas, y adoptando las modernas, como mas varias y armoniosas, é intérpretes mas veraces de la filosofia y el pensamiento. No se busque pues en el índice de cantos con que bajo el significativo nombre de *Impresiones de la Aurora* va á llamar la atencion del público, ninguna oda pindárica, ni elegías, ni sátiras intermitentes, que así las llama ella aludiendo á los tercetos en que solian escribirse, ni epístolas ó composiciones didácticas sobre materia alguna, y mucho menos fragmentos épicos, escenas trágicas, églogas, epigramas y las demas especies de moldes á que acomodaban los antiguos la libre inspiracion del genio. ¿Qué titulo pues da á sus produc-

ciones? Ninguno; pues al lector le importa un bledo que tal ó cual produccion se denomine como quiera; bástale, y le sobra, saber el argumento de que va á tratarse en ella; y si esto se hace con toda la novedad posible, hablándole siempre al alma, dando á la dición cierto sabor mágico é inusitado; y variándole á menudo los metros para que no llegue á sentir fastidio, la composicion de seguro será excelente, y la poetisa alcanzará una fama universal y eterna. Hé aquí el principio de una de sus poesías que lleva por título, epigrafe, cabeza ó como se llame, estas palabras: ¡Pobre Sofia! y siguen despues estas quintillas:

I.

¡Pobre Sofia, que ves
arraigada tu ilusion
junto á ese mudo cipres,
del que tus brazos y pies
sustento y defensa son!

II.

Llora, infeliz, sin consuelo,
pues que así lo quiere el cielo;
llora tu acerbo quebranto,
yo te acompaño en tu llanto,
y tomo parte en tu duelo.

III.

Quando gozosa reias
conmigo en edad temprana,
tormento tal no sentias,
ni discrepancia temias
entre el ayer y el mañana.

IV.

¡Oh! ¡maldicion es el mundo!
¡Nuestra existencia maldita!
¡La muerte nos precipita
en el abismo profundo
que solo la nada habita!

En esta postrera quintilla ha apurado nuestra poetisa toda la energía de su corazón y todos los resortes armónicos de su oído. Veámosla remontarse con estro mas sublime, y admiremos la maestría con que describe una mañana tormentosa:

I.

El cielo es un caos de tétricas nubes;
la tierra se cubre de negro crespon.....
¿Será que de nuevo rebeldes querúbes
su cetro disputen al Dios de Sion?

Ya el rayo se fragua; relámpago ardiente
desciende hasta el suelo con presto fulgor.
El trueno retumba..... ¡Piedad, Dios clemente!
¿Mis voces no escuchas? ¡Clemencia, Señor!

II.

Ya las aves
que perecen
no me ofrecen
su cantar.
¡Solo el trueno
parecido
al bramido
de la mar!
Ni del mundo
blanca aurora
la faz dora
con su luz.
Sobre el monte
triste ostenta
la tormenta
su capuz.

De sus galas
despojado
queda el prado.
— ¡Vedme aquí!
Todo es luto
y amargura.
¡No hay ventura
para mí!

Despues de este sentido lamento consagra unas diez y seis octavas al restablecimiento de la calma y á las reconveniones que dirige al Ser Supremo, que es cosa de erizarse los cabellos por la valentía de su lenguaje en que seguramente sobrepuja al ánimo mas varonil. Luego traslada en redondillas los cánticos que entonan en el cielo los serafines; pide perdón á Dios en una cuarteta de versos pareados, y se despide de la creacion en un asombroso soneto, sin cola por supuesto, que esto de los sonetos caudatos fue una misérrima invencion de la pobre Italia; ademas de que bien mirado, toda su composicion es cola.

Por las muestras que anteceden podrá colegir el lector cuánto no debe esperarse de quien con tanta destreza sabe pulsar la cítara de Safo. No es de las *hembrilatinas* á quienes dedicó Quevedo su *Culta Latiniparla*, puesto que no usa de palabras murciélagas ni razonamientos lechuzas, como aquello de *sonar catarro luciente* por despabilar, *supinidades* por ignorancias, etc.; su lenguaje lleva el sello de la discrecion; no hay mas que decir sino que lo hace frances cuanto le es posible, y sabido es que nada malo puede venir de aquel predilecto clima. Por esto y para mostrar su esquisita erudicion, suele decir á veces cuando habla de buena hora, *soy toda de V. tirar la cortina, vivir en Sardanápalo*, endormecerse, hacer vergüenza, y otras cosas que si escritas pudieran parecer afectadas, en la conversacion suponen un grande ingenio y son otros tantos destellos de la antorcha que la ilumina.

Con todo, á pesar de sus aventajadas dotes y de la gloria que le prometen cuantos tienen la dicha de tratarla, no se sacia ya su ambicion con tan frívolos aplausos; necesita otra esfera mas elevada y anchurosa para desplegar el vuelo. Los recientes lauros merecidos en la escena española por una de sus mas invencibles émulas con quien (de paso sea dicho) quisieran poder compararse muchos hombres, han turbado su sosiego, y dádole á entender cuánto dista todavía del verdadero punto adonde sus miras hubieran debido encaminarse desde luego; aspira al noble coturno; y bullen ya en su mente infinidad de asuntos de la revolucion francesa, todos á cual mas dramáticos, espantosos y sangrientos todos. Dejémosla disponer su acción y desarrollarla con el tino que sabrá hacerlo, y aventuremos algunas conjeturas respecto á su futura suerte; para terminar deseando le sea próspera y duradera.

Con una organizacion tan delicada como la suya, en que el predominio nervioso ejerce los efectos mas destructores, ya exponiéndola á vértigos y convulsiones, ya á paroxismos poco menos que mortales (y es de advertir que solo estos accesos ocasionan la interrupcion de sus tareas); con saber no mas que padece muy á menudo de síncope é hipocondrias, debe suponerse dotada, y realmente es así, de una sensibilidad eléctrica. Por regla general, no hay mujer cuando habla de sí, que no se compare á la sensitiva; de aquí proviene indudablemente que todas, casi sin escepcion, viven enamoradas, cuál de un sugeto real y palpable, cuál de un Adónis presunto que se ha creado en su fantasia. Unicamente la *Marisabidilla vulgar* no está sujeta como hemos visto á semejantes debilidades; en la *culta* sucede lo contrario, si bien se inclina al segundo extremo, es decir, *al idealismo*: aquel cerebro henchido de imágenes grandiosas y

acostumbrado á embellecer todos los objetos de la naturaleza, halla en el hombre un ser muy imperfecto para hacerle dueño de su albedrío. Tiene adoradores sin cuento, es verdad, y á todos admite, y á ninguno desaira, prerogativa del mérito, que es de suyo indulgente y bondadoso; mas no otorga preferencias, ni prodiga jamas favores, ni cede á la seduccion, ni se ablanda á la porfia. ¡Ay de aquel que la elija por su númen y quemé una vez incienso en el ara de sus rigores! Si algo tiene que espiar en esta vida, á purgatorio bien cruel le ha condenado su triste suerte, porque ni tendrá fuerzas para proseguir su empresa, ni alientos para retroceder, ni paciencia para tolerar su angustia. En vano apelará á los ruegos, y mas en vano á las amenazas; el desvío será infructuoso é inútiles las promesas y las mercedes: en una palabra su castigo será el de Tántalo en los infiernos.

Los años producen al cabo una mudanza notable en la vida y carácter de nuestra heroína. La perpetua tension, por decirlo así, en que están sus facultades intelectuales comienza á fatigarla, y acaba por último con su constancia. Vuelve entonces sus ojos al mundo, se para á reflexionar delante de un espejo, y observa el estrago que con la edad, y con las vigilijs principalmente, han experimentado sus facciones. Por primera vez se le ocurre la idea terrible de su aislamiento y desamparo, y aunque con repugnancia, tartamudea el nombre de esposa, que poco á poco va dejando en sus oídos cadencia mas agradable. Seis meses despues pronuncia un solemne juramento que para siempre la liga á un hombre; y no pensamos indagar hasta qué punto se le hace este vínculo llevadero, y hasta qué grado irreflexiva su promesa, porque entonces se ha emancipado ya de nuestra jurisdiccion dejando de ser *Marisabidilla*, y renunciando á todo lo que en otro tiempo formaba sus esperanzas y delicias. Los cuidados de madre la han hecho en efecto desistir de sus pretensiones de literata y poetisa; y si alguno encuentra poca exactitud en este último rasgo, y presume por aquello de *quien malas mañas há* que el fin de nuestra *culta* es mas amargo, sepa que no tratamos de corregir á petulantes incorregibles, ni creemos que convendría tan trágico desenlace á un espectáculo enteramente cómico y risible, como el que sin chispa de habilidad nos hemos atrevido á presentarle.

CAYETANO ROSELL.

LA SEÑORA MAYOR.

Así como son cinco los dedos de la mano, y cinco los sentidos del cuerpo, y son cinco los principales colores de la luz, y cinco los pétalos de la flor en general, y cinco los mandamientos en las leyes de caballería del vulgo (capítulo *bofetón*), y cinco las partes del mundo, cinco son tambien las edades de la mas bella flor de la creacion á quien el Eterno puso el nombre de *mujer*. Son estas cinco edades, la de *niña*, la de *jóven*, la de *jamona*, la de *Señora Mayor* y la de *anciana*: todas igualmente dignas de la consideracion y respeto del hombre, aunque el nombre con que se designa á una de ellas, la de *jamona*, no parezca inspirado por el mas delicado sentimiento de belleza. — ¡Respeto, pues, á la niña que conservando puro el precioso aroma de la virginidad y de la inocencia, pasa por entre las rosas ajadas y marchitas de este infestado valle de la vida como un naciente hoton, cerrado para los mortíferos soplos de las pasiones, con el oído lleno aun de célicas armonías, con la vista fija aun en las vaporosas visiones de allá arriba! ¡Res-

peto á la jóven, casada ó doncella, fiel y afectuosa compañera de nuestra peregrinacion, embellecedora de nuestra existencia, ser que encierra bajo la mas delicada, blanda y hermosa forma, el alma mas fuerte y enérgica para el sufrimiento, cuyo inesplicable y generoso corazon es un precioso vaso que ademas de la propia pena deposita en sí con placer toda la pena del hombre, y donde nunca la hiel de la amargura rebosa para marchitar las dichas ajenas! ¡Respeto á la *jamona*, fresca ó templada, gorda ú obesa, que en esa especie de edad imperfecta, que sin pertenecer á la hermosa juventud frisa con la edad agri dulce de la Señora Mayor, sufre con resignacion, si soltera la soledad enojosa, y si casada la compañía aun mas enojosa del ingrato que desprecia amor! ¡Respeto á la *Señora Mayor*, que empolla el huevo de la felicidad en la ceniza de las ya extinguidas pasiones, y que sin curarse del mundo y sus vanidades, guiada por la filosofía práctica de su experiencia de las cosas humanas, posee la ciencia inestimable de andar por el mundo sin lastimarse con sus espinas, y de conciliar el propio interes y bienestar con el interes y bienestar general, intereses que están siempre en pugna en todas las demas edades de la vida! ¡Respeto pues á la *Señora Mayor*! ¡Respeto, oh lectores, á la estóica portera de la antesala de la vejez!

¿Queréis ahora saber cómo es esta antesala? Voy á describiros las variadas, y á veces risueñas escenas, donde la Señora Mayor aparece y campea. — ¿Queréis conocer el carácter, cualidades, usos, costumbres é inclinaciones de la mujer que ocupa el dintel divisorio entre el caliente y dorado mediodia de la vida, y las frias sombras de la tumba? Pues yo os conduciré donde podáis observar su modo de vivir, en diversas condiciones de la sociedad; dejaos guiar y venid conmigo.

Atravesamos las ruidosas calles del centro de Madrid, dejamos á la espalda las bulliciosas moradas de los banqueros, comerciantes, bolsistas empresarios, libreros, etc., y nos dirigimos hácia uno de los barrios extraviados, pero tranquilos, donde en las horas medias del día apenas se percibe mas ruido que el de unos cuantos coches, ó de alguno que otro carro que pasa lentamente cargado de escombros ó de materiales para alguna obra, y al caer la noche no se oye otra voz que la del robusto maruso espendedor de *apio y escarola*, cuyo canto *spianato* hace á veces durar la última nota tenida desde una á otra esquina. — Hay allí una pequeña é irregular plazuela, malisimamente empedrada, con sus altos y bajos, y sus gastadas aceras donde se dan frecuentes resbalones, y sus arroyitos muy torcidos por donde se precipita furiosamente el agua cuando cae algun chaparron de verano: y en dicha plazuela se eleva una casa grande, de sencilla y sólida construccion, pero de prosáico y cuartalesco aspecto, á cuya puerta suele haber constantemente un coche parado, y en cuyo portal suele constantemente estar durmiendo un hombre con chaleco encarnado y chaqueta gris. NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO, dice la mugrienta fachada de la portería al uso antiguo: los que al uso moderno entran sin preguntar por nadie nunca consiguen subir hasta el cuarto principal, porque el irritado cancerbero saliendo de su casilla empieza á dar voces: «¡eh, eh! ¡caballero! ¡caballero!» y preguntándoles «¿dónde va Vd.?» siempre les da por respuesta: «no está en casa» para devolverles el desprecio recibido. — A los que preguntan suele contestar *está ó no está*, segun su antojo, unas veces medio gruñendo, otras medio roneando, otras sonriendo con amabilidad, pero siempre tumbado y con los ojos á medio abrir, con toda la dignidad tradicional del oficio. En rigor desempeña muy mal su cometido, pero dura en la casa desde tiempo inmemorial, y

durará hasta el fallecimiento de la persona á quien actualmente hace que sirve; la cual está acostumbrada á despedir cien veces á un criado sin poderle echar nunca.

Tú y yo, lector apreciable, no necesitamos permiso de nadie para penetrar hasta lo mas recóndito de esa casa. Burlamos invisibles la vigilancia del portero dormilon, subimos sin ruido la escalera, no nos dignamos siquiera llamar á la puerta del cuarto principal, pasamos por ella aunque cerrada, nós deslizamos rozando las narices del lacayo y portero de estrado que yacen medio tumbados en los bancos verdes del recibimiento, cruzamos antesalas pintadas de azul, de amarillo con franjas, de encarnado con pabellones, atravesamos un espacioso estrado (vulgo sala), lujosamente amueblado en tiempo de Carlos IV, con su grande y pesada araña de cristal, sus sofás y sillones de raso anaranjado, jarrones chinoscos en los cuatro ángulos, consolas y veladores de caoba con adornos dorados, ámplias cortinas de damasco, alfombra elaborada en la real fábrica de tapices de Madrid, espejos con marco á la griega, y en las paredes, revestidas de tafetan lila y rosado, varios retratos de ministros, almirantes y togados, con sus correspondientes alas de pichon, ejecutados con aquel estilo candoroso y bonachon que distingue á nuestros pintores de la pasada centuria, y cuyos caracteres infalibles son la plasta amarillenta y lisa de los claros, y el tono chocolate de las sombras; y llegamos por fin *inapercibidos*, al tranquilo y cómodo gabinete de la marquesa viuda de V*** legítima dueña y habitadora de la referida casa, noble *Señora Mayor*, respetable y digna como casi todas las señoras de su edad pertenecientes á la aristocracia española. Este gabinete ha sido el mudo y fiel testigo de mil interesantes escenas, cómicas y ridículas las unas, dramáticas y aun eminentemente trágicas las otras, algunas puramente pintorescas, varias de ellas de suma importancia política... ahora por lo general puramente religiosas ó domésticas. Cuando el difunto marques de V*** era mozo y habitaba la casa paterna, antes de su enlace con la actual *Señora Mayor* que era entonces una de las lindas criaturas de la corte, todos sus trapicheos amorosos tenían por teatro dicho gabinete; construido por su padre, hombre de severísimas costumbres, bajo la inmediata vigilancia de un preceptor clérigo, que era al mismo tiempo el capellan de la familia; el campo de batalla de sus devaneos juveniles habia de ser forzosamente cualquiera pieza de la casa; y como aquel gabinete era la mas favorable de todas por su contigüidad al oratorio, en cuya sacristía habia una escalera secreta que guiaba á una estrecha callejuela á espaldas del edificio, casi todas las citas clandestinas que por medio de su ayuda de cámara ó la planchadora llegaba á concertar el jóven marques, se verificaban, segun la calidad de la persona citada, ó bien en la susodicha escalerilla, ó bien en la sacristía del oratorio, ó ya por fin dentro del mismo gabinete, que en las horas de siesta hacian completamente independiente y seguro la lejanía del apartamento paterno, y el sueño profundo del inexorable capellan que tenia su cuarto allí cercano.—Era de unos veinte años de edad el jóven primogénito, cuando la caritativa prevision del arquitecto que construyó el edificio le proporcionó el enamorarse locamente, desde un ventanillo de la despensa, de la preciosa criatura arriba mencionada, hija única de un noble matrimonio que, sin ser inmensamente poderoso, habitaba con holgura y comodidades el cuarto principal de la casa vecina. Fernanda, tal es el nombre de la actual marquesa viuda, aunque educada con grande esmero y recogimiento, y de carácter naturalmente tímido en todos los acontecimientos comunes de la vida, sabia en algunas ocasiones escepcionales armarse de valor

y resolucion cuando animaba su alma algun efecto verdaderamente poderoso. Largo tiempo pasaron el presunto marques y la hermosa Fernanda comunicándose por el ventanillo, haciendo *telégrafos*, como hoy vulgarmente decimos, y cambiándose palabras pronunciadas á media voz, miradas y besos fervientes encomendados al viento, entre las prosáicas y rancias emanaciones de la cocina y los perniles: hasta que por fin, á propuesta del cautivo mozo, tomó ella la heróica resolucion de que vamos á dar cuenta. Por las indicaciones hechas, ya habrá colegido el lector la forma del misterioso gabinete cuya historia narramos: hay en él cuatro puertas, una es la del espacioso estrado que dejamos descrito: en frente de esta hay otra grande que es la del oratorio, y suele estar siempre abierta por las repetidas visitas que á este piadoso lugar hace al cabo del dia la Señora Mayor de la casa. Las otras dos puertas son: la del cuarto del jóven marques, y la del aposento del clérigo preceptor. Este buen señor acostumbraba á guardar bajo su almohada la llave de la escalerilla de de la sacristía, que reconocia al jóven marques por su habitual detentador: y como aquella costumbre, por el mero hecho de serlo, habia perdido la índole maliciosa y suspicaz que la introdujo, ya nunca se curaba el capellan, al recogerse para dormir su siesta, de verificar si existia ó no bajo su cabezal aquel precioso instrumento de los amores del alumno.—El dia, pues, de nuestra historia, tenia el mozo en su bolsillo la codiciada llave, y á la hora de la siesta no le fue preciso poner á prueba el sueño de su maestro, á quien juzgaba en su aposento profundamente dormido.—Desde el comedor fuése alegremente á su cuarto, permaneció en él un rato con los brazos cruzados hasta que le pareció estar ya recogida toda la gente de la casa, y en seguida se largó á la despensa desde cuyo ventanillo arrojó á Fernanda la llave. Volvió al gabinete, y pocos minutos despues estaba en sus brazos la hermosa doncella... Era dia de gran festividad, y al anochecer se celebraba reserva en el oratorio.—La plática de los dos jóvenes fue de tanto interes que, sin saber cómo, se vieron de repente sorprendidos por las sombras: y cuando quiso Fernanda volverse á su casa, se hallaron al capellan arrodillado en medio del oratorio, por lo cual no pudo salir, y no le quedó á la pobre doncella mas arbitrio que esconderse en el cuarto de su amante. Era que la marquesa madre habia hecho dejar la siesta al capellan para confesarse de unos escrúpulos que se le ocurrieron durante el dia, y despues de retirarse la penitente se habia quedado el cura á echar su siesta dentro del confesonario, lo que verificó en paz y tranquilidad mientras los dos enamorados estaban entretenidos en su coloquio.—Siendo la hora ya avanzada, se disponia el capellan á pasar á la sacristía para celebrar la reserva, cuando Fernanda tuvo que retroceder al cuarto del jóven; por fortuna llegaba á este tiempo al oratorio, presuroso y afanado, vestido con su sotana y sobrepelliz, y llevando en la mano una alcuza para atizar la lámpara, el muchacho que servia de monaguillo, y llegándose á él por detras el intrépido marques, asióle por un brazo, le tapó con una mano la boca, y haciéndole seña de que no chistara le despojó en un santi-amen de sus hábitos, y despues de mandarle que se volviera por donde habia venido entróse en su cuarto con los despojos del estupefacto monaguillo.—De allí á poco volvió á salir conduciendo de la mano á un hermoso jovencito revestido con la misma sotana y sobrepelliz, cuyos ademanes de timidez y vergüenza apenas bastaban á ocultar las sombras del crepúsculo.—Díjole el marques algunas palabras al oído al entrar en el oratorio, con lo que tomando la alcuza se dirigió resueltamente á la sacristía. Entre tanto el marques le dijo al capellan al oído: «Teneis hoy un acólito nuevo:

procurad vestiros como podais, porque como poco ducho en el oficio ha de servirlos mal.

Celebróse la reserva, á que asistieron con devocion todos los criados de la casa, si bien no dejó de chocar algun tanto el encogimiento y torpeza del coadjutor; pero todo se le podia disimular por la gracia y lindeza de su semblante, y por el aspecto femeníl que le daba su luciente cabellera negra caída por igual en torno del cuello, como era costumbre entre las mas elegantes jóvenes de la época; y si bien la marquesa madre no habia siquiera reparado en él por la devota y constante inclinacion de su cabeza en la casa del Señor, no faltaba entre su servidumbre quien deseara que el monaguillo perteneciese en realidad al sexo que para sus adentros sospechaba, aunque fuese á costa de la profanacion que todos sin saberlo veian consumir. Y así se cumplió en efecto: el monaguillo propietario al verse tan bruscamente desposeido de su empleo acudió llorando y moqueando al viejo marques, y le refirió el hecho. El marques fingió no saber la cosa, y como realmente no sabia que el supuesto monaguillo fuese una doncella, fuése á la sacristia al concluir la reserva, y no hallando ya en ella al usurpador, volvió lleno de cólera en busca de su hijo, mandando al mismo tiempo á dos criados que descubriesen el escondrijo del intruso monaguillo. Estaba el irritado marques en el gabinete reprendiendo al mozo delante de la marquesa y afeando su proceder, cuando los dos criados entraron conduciendo á su presencia á la pobre Fernanda, á quien habian encontrado bajando de puntillas la escalera secreta de la sacristia, y que ahora sollozando y colorada como una grana le supplicaba en vano que la dejasen en libertad. Al verla el jóven en aquel estado arrojóse á los pies de su padre, movimiento que imitó en seguida la doncella, y mientras el viejo marques permanecia de pie confuso sin saber la causa de tantos extremos, oia con asombro que su hijo, á quien reputaba loco rematado, imploraba su paternal perdon y le pedia á voces la mano del monaguillo, diciendo: «¡Concedédmela, que sin ella no puedo vivir!» La marquesa, igualmente admirada, juzgaba tambien que el mancebo habia perdido el seso y no acertaba á articular una palabra sola de estupefaccion: Fernanda cubierta con su sotana de bayeta y su sobrepelliz, con la cabeza junto al suelo, hubiera podido muy bien pasar por un adulto del género masculino; de manera que si el digno primogénito no hubiera tenido á bien dar algunas explicaciones, no habia razon para que cesase en mucho tiempo la confusion de sus padres. No causó aquella revelacion pequeno escándalo: hubo consternacion general en la familia, la marquesa madre ofreció muchas novenas al Santísimo, por la profanacion acontecida, el padre capellan hizo una larga plática sobre el pecado del escándalo, é insistió en la necesidad de una expiacion temporal, proponiendo despues al viejo marques la penitencia que debian en su opinion hacer los dos jóvenes, la cual para la desgraciada Fernanda era nada menos que retirarse voluntariamente á un monasterio. El se encargaba de hacer sabedores de aquel grave caso á los padres de la doncella y de arrancarles con su natural persuasiva el espontáneo consentimiento. Fernanda estaba aterrada y no sabia mostrar oposicion alguna. Afortunadamente la marquesa era una de esas *Señoras Mayores* que por su carácter racional, benigno y compasivo, no solo se hacen respetar de las familias que tienen la dicha de verlas á su cabeza sino que ademas parecen durar en el mundo para ser la providencia visible de los jóvenes, y para terminar felizmente con su eficaz y santa mediacion las contiendas domésticas siempre religiosas y de maligna naturaleza. — Veamos lo que hizo aquella prudente Señora.

Mientras el capellan escandalizado se retiraba á su aposento, haciéndose cruces al ver á su discípulo

sacar de su cuarto, anonadado y contrito, unas ropas de mujer, que era el verdadero traje de Fernanda; la marquesa madre, compadecida del abatimiento de la jóven, que cubriéndose el rostro con ambas manos sollozaba amargamente en un lado del mismo sofá donde ella estaba sentada, acercándose á ella cariñosamente empezó á consolarla, y por último, poniéndola sus vestidos, la prometió acompañarla á casa de sus padres, á quienes ella misma daría tales excusas por su ausencia, que no habria lugar á la menor reconvenccion. Antes de acompañar á Fernanda, exigió de su esposo el marques la aprobacion y el consentimiento de todo cuanto ella hiciera para conducir á buen término tan delicado asunto, é hizo prometer al capellan que no se valdria de su autoridad para contrastar en lo mas mínimo sus proyectos: el ascendiente que sobre ambos ejercia por su talento y virtudes, hizo que así el marques como el preceptor manifestáran poca repugnancia en retirar su intervencion de aquel negocio, con lo cual quedó la *Señora Mayor* como único árbitro por parte de la familia. — A pesar del tacto y habilidad que la marquesa desplegó en su entrevista con los padres de Fernanda, la severidad con que estos recibieron á su hija, y las terribles miradas que el padre dirigió á la doncella, daban perfectamente á conocer que las piadosas invenciones alegadas por la respetable Señora Mayor como disculpa de la pasada fuga, no habian sido suficientes para destruir los cargos que á Fernanda amenazaban. Repitióse la marquesa varias veces que ella misma habia ido en su busca, que se habia tomado aquella libertad por no salir sola, y que ella misma habia exigido de Fernanda que no interrumpiese la siesta en que ellos estaban cuando fué por ella. Pero ¿cómo habia de ser posible justificar su conducta? El padre de Fernanda afectó un convencimiento que no tenia, y así que se retiró la marquesa, variando de tono y de semblante, asió del brazo violentamente á su hija, prorumpiendo en espantosas amenazas, se encerró con ella en su despacho donde la sujetó al mas minucioso y severo interrogatorio. Mientras esto pasaba con Fernanda, previendo la marquesa la tormenta que amagaba, solicitó de su esposo un largo coloquio, y retirada con él en el gabinete le expuso la necesidad de casar á su hijo con la doncella. — Aquella proposicion, hecha por otra persona, hubiera sido recibida con una explosion de cólera por parte del marques; pero hecha y sostenida por la marquesa, por la respetable dama cuya alta dignidad no habia rebajado jamas un punto el mas leve olvido, la mas insignificante falta, fue origen de una larga meditacion, y de discusiones, precipitadas y acaloradas en un principio, pero despues razonadas y calmosas, que dieron por resultado la conformidad del marques y la victoria completa, aunque sin triunfo ni cacareo, de la virtuosa Señora Mayor. Cuando esta acabó de exponer las razones que le dictaba esa rara penetracion que es, por decirlo así, el sexto sentido del cuerpo y la cuarta potencia del alma para la mujer; cuando cesó de hacer las consideraciones que su conocimiento del mundo le sujería, el viejo marques, reconciliado ya con la idea de llamar hija suya á una simple *señorita* de la córte, nacida de un mero *don* y de una *doña*, se disponia á ir en busca de su hijo para interrogarle sobre la pasada escena; pero al levantarse de su sillón, entró atropelladamente en el oratorio, viniendo por la escalerilla de la sacristia que habia quedado abierta, dando grandes voces, con los ojos encendidos, y con una espada en la mano, el padre de Fernanda, y precipitándose furioso dentro del gabinete fué á parar al frente del marques, que sorprendido de aquel inesperado ataque solo tuvo accion para sujetarle por ambos brazos. Pero el irritado padre se resistió amenazándole, y sacudiéndose de él con violencia gritó que queria lavar con sangre la

afrenta que en su honor le acababa de hacer su familia; el marques entonces tomó su baston, y se preparaba á descargar un furioso golpe sobre el agresor, cuando interponiéndose la marquesa los rechazó á ambos con dignidad y energía. — «Retiraos, dijo á su esposo, y vos, caballero, escuchadme si no quereis que por delirante é insensato os mande atar por mis criados.»

Quedaron solos en el gabinete el ofendido padre y la marquesa: el lenguaje que esta emplearia para amansar la furia de aquel hombre impetuoso solo es capaz de reproducirlo un ser de su mismo sexo, colocado en sus mismas circunstancias. Difícilmente se encontrarán en los discursos de los mas célebres oradores antiguos y modernos, rasgos de dialéctica

mas sublimes que los que en diversas ocasiones han salido de los lábios de algunas damas españolas: apenas podrán citarse artes y recursos retóricos que igualen en poder á las naturales artes que en algunos momentos sabe emplear la mujer. Pero la mas admirable de este ser, es la luz de verdad con que aparece iluminado en las mas solemnes circunstancias de la vida sea cual fuere su siglo; pues mientras hemos visto á los hombres obedecer ciegamente á las mas absurdas preocupaciones, ha habido mujeres que guiadas solo por los nobles instintos de su corazón, en una edad en que ya la imperiosa voz de la pasión ha enmudecido, han procedido en sus acciones como esclarecidas por la mas pura y avanzada filosofía. Mas de una hora duró la dolorosa escena en



La Señora Mayor

que por persuasión de la marquesa devoró dentro del pecho su resentimiento el desgraciado padre de Fernanda: al cabo de este tiempo ¡cuán trocados se mostraron los afectos en ambos interlocutores! A los convulsos movimientos del irritado caballero habia sucedido una especie de postracion penosa: su rostro, antes encendido, estaba cubierto de una mortal palidez, y de sus ojos, que antes parecian arrojar llamas, corrían dos gruesas lágrimas. La marquesa, si bien conservaba la misma dignidad que al principio, pronunciaba las palabras de consuelo que á aquel di-

rigia con honda amargura, y parecía decir solo con el tono de su voz: «aun mas destrozada que vos tengo yo el alma.» Finalmente, convinieron ambos en que el enlace de los dos jóvenes era el mejor medio de reparar la ofensa.

Pocos dias despues se celebró, con toda la pompa y suntuosidad del caso, la boda de Fernanda con el primogénito.

Fernanda, la actual marquesa viuda de V*** recuerda ahora con complacencia mezclada de grave melancolía aquel antiguo suceso que decidió de su

suerte futura, y aunque la relacion de él le sugiere las mas juiciosas reflexiones sobre la ligereza y atolondramiento de la primera juventud, nunca deja de dar gracias al cielo por la buena fortuna que le depa- ró, destinándola á un hombre que era, segun ella, el modelo de los esposos. Repasa ahora con dulzura todas las memorias de aquella noble dama que fue mas su segunda madre que su suegra; en cuyo elevado y dignísimo carácter hallaban, la familia ejemplos; los estraños, prendas que admirar; los afligidos, consue- lo; los enemistados, una mediacion honrosa; los desmedidos, un saludable freno; y amparo todos los menesterosos. La actual Señora Mayor ha sabido seguir las huellas de la antigua, y no brilla por cierto con menores virtudes que aquella. Es compasiva con los amigos desgraciados, porque lo fueron con ella en su juventud: su carácter es conciliador y generoso, porque tiene muy presente el inestimable valor de estas prendas desde que por mediación de una Señora Mayor se vió libre, con dos familias enteras, de una catástrofe espantosa...

El misterioso gabinete, cuya historia acabamos de narrar, es ahora el pacífico teatro de otros enredos y combinaciones de muy diversa índole de los referidos. Los inocentes embrollos que en él se traman suelen dirigirse ahora al piadoso objeto de la beneficencia: la actual Señora Mayor sabe sacar partido de aquella escena de una manera verdaderamente admirable. Del mismo modo que pone en juego las cuatro puertas de su gabinete para preparar sorpresas y poner algunas veces en compromiso á los mas altos funcionarios públicos, haciendo como por ensalmo aparecer á su presencia á los pretendientes necesitados, así maneja con las artes de su natural elocuencia los ánimos de los personajes influyentes que la visitan, cuando se trata de dar cerca del gobierno un golpe de diplomacia en beneficio de alguna clase desatendida por el Estado, como los ex-claustrados, las pobres religiosas de Madrid, etc.— Su celo por el bien no tiene límites, y su posicion es la mas ventajosa para realizar los planes filantrópicos que discurre. La Señora Mayor se halla por su edad al abrigo de las habillitas de la gente ociosa; á ella le es licito visitar á los ministros, ir sola donde quiera, tener largos coloquios con los jóvenes, servirse de estos á su antojo (aunque ellos se presten de mala gana y forzados por la galantería que á la mujer en toda edad es debida), y por último valerse con toda libertad de las armas del ingenio sin tener que guardar miramientos en sus luchas oratorias. La marquesa viuda de V*** se distingue principalmente por su carácter dulce y su genial franqueza: su trato es siempre igual, su humor siempre agradable con toda clase de personas. A su casa suelen acudir diariamente un respetable capellan de monjas, antiguo jesuita, cuya instructiva conversacion es uno de los principales recreos de la marquesa viuda: la vetusta baronesa de D*** que se pasa con ella las horas enteras hablando de novenas, cuarenta horas, predicadores y etiqueta palaciega: su sobrina la condesita de R*** que es informanta de la *Sociedad de socorros de religiosas*, y que suele darle cuenta de los progresos de la asociacion, de los donativos hechos á la Junta, de los auxilios recientemente distribuidos, de las labores que se disponen para la próxima rifa, de las inocentes intriguillas que se preparan para la nueva eleccion de oficios de presidenta, secretarias, procuradoras, etc., y del producto de las últimas cuestaciones, concluyendo siempre con un párrafo animado sobre los progresos de la caridad pública y de la reaccion religiosa en que se trasluce el entusiasmo de la poca edad: y ademas algunas otras gentes, como el médico, una doncella antigua de la casa que cobró ley á la señora, un marino veterano que se marea en las sociedades numerosas, un *dómine* protegido de la marquesa, que la

recita de vez en cuando exámetros latinos que ella sufre con heróica paciencia, etc., etc. Entre estas visitas diarias, la misa, un poco de lectura, algun solitario paseo en coche cerrado, alguna visita ministerial ó conventual, y el tresillo obligado, en el cual la acompañan el marino, la baronesa vetusta, y una cuarta persona amovible pero de edad madura, pasa insensiblemente un día y otro día nuestra Señora Mayor, siempre respetada y querida, siempre tranquila, siempre incólume y libre de los amargos contingentes que pueden á uno arrastrarle á figurar como principal actor en las deshechas borrascas del mundo.

La Señora Mayor en la clase media de nuestra sociedad ofrece en sus usos, costumbres é inclinaciones, varias particularidades que no son comunes á la Señora Mayor aristocrática; pero todos son muy fáciles de notar, por cuanto su vida suele ser mas escéntrica y exterior. Esta, por ejemplo, aunque dotada de un carácter apacible y bondadoso como aquella, es por lo general mas amante de su independencia y de su comodidad. Estos dos sentimientos se hallan desarrollados en ella hasta la exaltacion, y son los que determinan las principales diferencias entre las dos clases de *Señora Mayor*. La aristócrata es comunmente recogida y devota: la de la clase media es despreocupada y amante de la sociedad: la primera pasa el día entero en su casa, la segunda no falta en ninguna concurrencia pública, y si es en la estacion de los calores, ella es la primera asistente á los paseos matutinos del Prado, el Jardin Botánico y el Retiro. Posee en grado sublime el arte de argüir, y se complace en chafar desapiadadamente á todo mozalvete petulante: inclínase por lo general á la bella literatura, y compone para su recreo comedias y novelitas de costumbres, que se leen con aplauso en las reuniones nocturnas de su casa. Es caritativa sin sacrificarse, por lo cual no suele admitir cargos en ninguna sociedad filantrópica, y se contenta con el honor de ser simple vocal.— La tranquilidad de ánimo que disfruta, el buen régimen higiénico que observa, su amor propio satisfecho, y su amor á la macerina de chocolate cotidianamente logrado, dan á su fisico el desarrollo y crecimiento que notarás, oh lector amigo, en el retrato grabado que á mi artículo acompaña. Contéplala de vuelta de una de sus matinales escursiones.

PEDRO DE MADRAZO.

EL COVACHUELISTA.

En una época, como dicen, de transicion; cuando se realiza en nuestra sociedad un cambio, no solo de instituciones políticas, sino, lo que es consiguiente, de ciertas costumbres y hasta de ciertos caracteres mas ó menos enlazados con aquellas, es preciso, para que sea completo el cuadro que me propongo bosquejar, para que el retrato sea exactamente parecido, que tenga dos partes ó dos términos, ó que se refiera á dos épocas, aunque próximas, bien diversas, representándonos dos figuras, aunque algo semejantes en el fondo, bastante diferentes en los accidentes y accesorios. Esto es general en cuanto se refiere á nuestras costumbres políticas, no ya por la razon que acabamos de apuntar, sino tambien por el influjo poderoso de la moda, de esta tirana, que estiende su dominio á las opiniones, á las costumbres, á los caracteres y á todo. Por eso no hay ya nadie que no conozca que nuestros usos y costumbres políticas, que nuestros caracteres en esta misma esfera varian y degeneran de un modo pasmoso. ¿En qué se parece un togado de nuestros dias, magistrado de veinte y cinco años, á uno de aquellos graves pelucones que compo-

nian nuestras chancillerías y el Consejo de Castilla? ¿Dónde se encuentran ya aquellos contadores capaces de poner reparos á cuentas ajustadas por el mismísimo demonio? ¿Dónde aquellos archiveros, que despues de haber tenido la singular vocacion de pasar cuarenta años entre el polvo y la monotonía de su oficina, impávidos desde su silla daban razon circunstanciada hasta del apunte mas insignificante de aquella inmensidad de papeles?

Muchos caracteres han variado hasta tal punto, que han perdido el sello de originalidad que los distinguía, sin haber adquirido otro nuevo; porque el tiempo no ha permitido todavía que lo reciban de las ideas y hábitos especiales de cada profesion ó clase: han ido á perderse en el vasto mar de las costumbres generales de donde aparecerán un dia con su traje particular y propio. Otros, aunque bien pocos, conservan algo de lo antiguo combinado con algo de lo moderno, formando una mezcla, que aunque en sí sea singular y extraña, no por eso deja de ofrecer al observador las señales marcadas de su primitivo origen, que por una parte el tiempo ha borrado ú oscurecido algun tanto, y que por otra están cubiertas con el barniz que le han dado las opiniones y otras circunstancias de la época revuelta que hemos alcanzado.

En este número entra nuestro *Covachuelista*, y por eso para dárlo á conocer tendremos que describir, aunque ligeramente, lo que ha sido y lo que es; ó como hoy se escribe, su pasado y su presente: aquel fue su siglo de oro, en que todo era vida y dulzura; este es siglo de hierro, en que á todas horas amenaza, aunque no se sepa cuándo ni por dónde ha de venir, una cesantía sin sueldo, y en que solo se recibe una gran leccion moral, que consiste en conocer las vicisitudes de la fortuna y la vanidad de las cosas humanas. Estas dos épocas corresponden á las dos partes de que constará nuestro retrato; en cada una de ellas se representará el mismo sugeto bajo diversa forma, quedando siempre unos mismos el fondo y la sustancia, y las cualidades esenciales que lo constituyen.

Es tan marcada la diferencia que dos épocas que se tocan han producido en un mismo carácter, que hasta el nombre ha variado; ya no se llama *Covachuelista*; ó *covachuelo* (esta última voz era demasiado vulgar y aun baja, y se usaba como invectiva de las manolas), sino oficial de secretaría ó del ministerio. Si algun crítico me censurase de no dar á mi artículo un título oficial y bastante genérico para abrazar ambas partes, le diré, que debo darlos á conocer bajo el mismo nombre con que el público los conocia, y con el cual los distinguía de cualquier otro oficial de cualquiera secretaría; que con este nombre adquirieron celebridad y eran la envidia de todos los pretendientes y empleados; y que la denominacion de *Covachuelista*, aunque parezca que ya no es de esta época, expresa y expresará siempre á un oficial de secretaría por excelencia, en su época de mayor boga y popularidad.

¿Quién podrá alzar una punta del velo que oculta los orígenes de las cosas en la mas remota antigüedad? Valiéndonos, á falta de datos auténticos, de conjeturas, diremos que deben ser contemporáneos de los expedientes, es decir, de la invencion del papel y de la tinta. En buen hora que los príncipes y los gefes de las repúblicas pudiesen comunicar órdenes por medio de caracteres trazados en tabletas con un punzon; en buen hora que los fueros y privilegios, así como los códices y libros antiguos, que aun se conservan en rollos de pergamino, supongan, respecto de los primeros, que en las córtes de los reyes, y cerca de sus secretarios, habria personas que escribiesen con correccion y esmero aquellos documentos diplomáticos; pero ni lo primero, ni mucho menos lo segundo acreditan otra cosa, sino que los encargados de aquellos trabajos debian ser con muy corta diferencia unos

meros pendolistas. Las funciones del *Covachuelista* son muy diversas, y es preciso confesar que revelan un gran adelanto administrativo. Sin papel y tinta no podemos concebir un expediente instructivo, un expediente general, y lo que á eso es consiguiente, los extractos y las minutas, que son las obras mas delicadas del *Covachuelo*, despues de las notas, que es donde suelen, y donde dan á conocer toda su sín-dé-resis. Sin el papel los trabajos de cancelaría habrian de ser muy limitados, y los negocios no darian lugar á los trámites y curso que hoy siguen, y en que están comprendidas las tareas de un oficial de secretaría, que consisten en la instruccion de expedientes en que se supone, por una ficcion de derecho, que debe recaer la resolucion superior del rey.

Si hemos de dar crédito á tradiciones antiguas, el cargo de que tratamos no era una elevada categoría, cuando nuestra córte andaba ambulante; pues entonces parece, segun voz vulgar, que nuestros *Covachuelistas* seguian á la córte á todas partes, y que al rededor del palacio, donde el rey residia, se colocaban en unos cajones de madera, á manera de los que usan hoy los memorialistas prácticos: de estos cajones ó *covachas* se cree que tomaron los que lo ocupaban la denominacion con que encabezamos este artículo. En estos cajones ó *covachas* daban razon á los interesados de las solicitudes que habian presentado al rey, ó de los negocios que estaban pendientes; pues todavía no se conocian por aquel tiempo ni las audiencias ni el parte. Cada cual en su breve recinto, sin tener á los lados compañeros con quien hablar ó intrigar, se ocupaba desde bien temprano, despues de haber tajado su pluma, en escribir de su puño y letra las cartas-órdenes y demas que les hubiesen encomendado los diversos secretarios de Estado.

Pero dejando á un lado las investigaciones históricas, que no son el objeto principal de nuestro escrito, vengamos á trazar el retrato de nuestro héroe ideal en los tiempos de su mayor apogeo, en el feliz reinado del Sr. D. Carlos IV.

¡Feliz el pretendiente, dichoso el litigante que al entrar por las puertas de esta coronada villa venia bien provisto de una buena carta de recomendacion para algun oficial de la covachuela! La sombra de su proteccion no se limitaba á Madrid, sino que se extendia á las provincias del reino; y en estas el que tenia un tío *Covachuelista*, ó se habia andado á la escuela con alguno de ellos, merecia consideracion y aun respeto; nadie se atrevia á tener ninguna contienda con él, porque se decia que *tenia brazos* en Madrid, y en cualquier negocio empeñado le era muy fácil que viniese á la chancillería ó á la intendencia una real órden *á raja tabla*, ú obtener *por alto* cualquiera gracia de la córte. Sus amigos podian contar ya seguramente con un favorecedor constante, que cada vez podria serles de mas valimiento: su familia entera tenia un apoyo poderoso y un instrumento de su fortuna. Si sus hermanos habian seguido la carrera de las leyes, mas tarde ó mas temprano obtenian togas, aunque fuese, si no podia ser en la Península, en Caracas ó en el Perú: si no habian seguido carrera ninguna, se les daba la mejor administracion de Salinas ó un buen destino en Tabacos. Porque en primer lugar los secretarios del despacho en aquellos tiempos solian deferir el dictámen ó nota de la mesa, cuando se trataba de hacer alguna provision, y no estaban influidos por algun favorito ó criado de palacio. En segundo lugar, que generalmente merecian atenciones y deferencia de los mismos ministros, que no debia esperarse que los desairasen al hablarles en favor de una persona de su familia; y en tercer lugar, que las jornadas á los sitios reales, donde residia la córte la mayor parte del año, estrechaban forzosamente las relaciones entre el ministro y los *Covachuelistas*, tratándose con mas frecuencia é inmediatecion, asistiendo juntos á las me-

sas de Estado, y llegando por estos medios, además de su capacidad y expedición, á adquirir aquellos un verdadero favor con su gefe y demas prohombres y favoritos de la corte.

Ya se deja conocer que estas plazas habian de ser envidiables. Lo eran en efecto, y mucho: por eso estaban reservadas para personas de gran favor, ya en la casa grande, ya con los ministros, como hijo, sobrino, ó persona de su mayor obligacion y cariño. Con ellas fueron agraciados no pocos novios de camaristas, que las preferian, por no salir de Madrid, á una intendencia, ó que no siendo abogados, carecian de este requisito indispensable para vestir la toga. El favorito de entonces tambien premi6 con algunas de ellas el celo de varias damas de la servidumbre de su ilustre esposa, dándolas como en dote á los que á aquellas habian de dar la mano. Ningun mal habia en esto, y antes bien se hacia un matrimonio feliz. Entre muchos ejemplos se nos ocurre en este instante el del bueno de Calomarde, que segun fama muy extendida y autorizada, entr6 en la secretaría de Gracia y Justicia en calidad de novio y esposo futuro de la hija del médico del Príncipe de la Paz. Pero en obsequio de la justicia debemos decir que tanto por la proteccion de este personaje, hoy anciano venerable por las vicisitudes de su fortuna, cuanto por el favor de los ministros, obtuvieron estas plazas no pocas personas de distinguido mérito y de alta reputacion literaria. Muchas pudiéramos citar de justo renombre y fama, si no temiéramos alejarnos demasiado de nuestro principal propósito.

Las secretarías del despacho se hallaban situadas entonces en el Palacio Real; y tanto esta circunstancia, que no es pequeña, cuanto las muestras de atencion y respeto que recibian los Covachuelistas á su entrada y salida, daban á aquellas sombrías y lujosas habitaciones un aspecto imponente, que las hacia mirar como un recinto sagrado, adonde no le era dado penetrar al vulgo profano, y sí solo á un número muy corto de altos personajes, que contribuian á hacer mas envidiable aquel privilegio. Esta era una de las pocas preferencias que disfrutaban los secretarios honorarios del rey.

La entrada y salida en la secretaría, así como las audiencias y el despacho con el ministro, eran los actos mas lisonjeros para el amor propio de un Covachuelo, y en que mas ocasiones se le ofrecian de desplegar sus recursos naturales y su coquetería cortesana. Entraba deprisa, pero sin descomponerse y con dignidad. Como los porteros, que se hallaban siempre en traje de ceremonia, corrian á abrir la mampara, las personas que ocupaban impacientes los bancos de la portería ó primera antesala, se levantaban tambien por un movimiento simpático, en que tenian parte el respeto y la cortesía. Si le salia al paso algun pretendiente, contestaba deprisa y sin poderse detener, y lo hacia casi por monosílabos: «bien, bien; está en curso: lo pondré al despacho; se hará lo que se pueda:» á esto se reducian sus razones; y el pretendiente se volvia tan tranquilo y descansado á su posada, con la confianza de que no habia perdido el viaje. Entre tanto la esposa de un comandante de inválidos se lamentaba desconsolada, porque despues de un poste de dos horas, y no conociendo por su fisonomía al oficial que tenia el expediente de su marido, formado por no sé qué trabacuentas con los fondos de la caja, se habia entrado, sin poder ya hablarle hasta la salida. Como entonces no se conocian los gabanes ni paletós, y era un dolor que se malograra un Covachuelista, hijo de un consejero de Castilla y sobrino de un obispo, tenian todos buen cuidado de no desembozarse al entrar ni quitarse el sombrero de tres picos, puesto de facha. Pero debemos confesar que esto no era mas que buen tono, pues cuando llegaba á hablarle alguna daina ó caballero, se desem-

bozaba inmediatamente, y tenia el sombrero en la mano mientras le hablaba. Cortesía y buenas palabras no le faltaban: para esto á lo menos servia una carta de recomendacion.

De lo dicho podemos inferir, que en vista de las consideraciones y respetos que rodeaban al *Covachuelista*, en vista de la carrera brillante que se le abria, debe disculparse hasta cierto punto el engreimiento é hinchazon de muchos, el quijotismo de algunos, y el aire de superioridad de proteccion de no pocos. El oficial que entraba en la secretaría de la Guerra solia desdeñar las insignias militares por el uniforme de secretaría; y para dar á conocer que no era subalterno ni aun de un capitán general de ejército, no lo saludaba diciéndole: «¡mi general!» con muestras de respeto: sino «señor general» con buena dosis de llaneza y apretándole la mano como á un antiguo compañero. En ausencia era mayor la franqueza; y los mas altos personajes eran designados por solo el apellido, diciendo á algun pretendiente: «¿quiere V. una carta para Morla? Dé V. un recado mio á Urrutia:» á los grandes y títulos los nombraban por el título; Oreylli, Montemar, etc.

El interior de las secretarías estaba preparado con todo género de comodidades y aun adornado con lujo: mesas, papeleras y púlpitres de caoba, escribanías de plata; tirador de campanilla para atronar los oidos de un campanillazo; estufas y cuanto pudiera exigir el regalo y decoro de las personas; pero habia buen cuidado de que cada cual no tuviese mas que el taburete forrado de damasco que ocupaba; y de esta manera se recibia á todo el mundo en pie, y nadie por elevada que fuese su categoría usaba de la franqueza de tomar un asiento. Pero nunca era mayor la fruicion del Covachuelo, que cuando en presencia de sus amigos y de los pretendientes que le hacian la corte, decia con tono satisfecho: «Hoy he dado órden al intendente de los cuatro reinos de Andalucía..... Por el correo de mañana echo una peluca al capitán general del Principado....»

Un antiguo consejero de Castilla, sugeto de mucha despreocupacion, me decia: «á los treinta y tres años, y despues de haber sido catedrático de leyes en la universidad de Valencia, vine á Madrid, y entré en el cuerpo de Guardias de Corps, en donde esperaba con el apoyo de amigos poderosos tener salida para un destino que asegurase mi carrera y mi fortuna. No tan pronto como yo quisiera obtuve una plaza de oficial de la secretaría de Gracia y Justicia; y dejando la vida de guardia, las molestias del cuartel, las fatigas del servicio, y la subordinacion de un soldado de caballería, hágase V. cargo la impresion que me causaria verme de la noche á la mañana hecho *Covachuelista*. Confieso á V. amigo, que la primera noche no pude dormir, y que las primeras veces que me oí tratar de *usía*, me causaba un placer que no puedo explicar, y que hasta embarazaba mis movimientos.» Con diferencia de mas ó de menos, estos son los primeros momentos y las primeras impresiones que agitaban al Covachuelista que acababa de ser agraciado. Tan dulces ilusiones eran interrumpidas por la necesidad urgente de ir al momento á dar las gracias al ministro y á sus favorecedores. El ministro, despues de recibirlo con bondad, y de darle buenos consejos respecto del celo y aplicacion con que debia corresponder á la merced que acababa de recibir de S. M., le añadia: «preséntese V. mañana en secretaría. Vea V. al señor mayor para que al momento preste juramento, y se encargue de su mesa, en la que nada se despacha desde que faltó el que la servia hace cinco meses.... ¡Ah! y es menester que apenas le borden á V. un *peti* vaya á besar la mano á S. M.» Tan lisonjeros, tan gratos, de tanta ilusion eran los primeros dias del agraciado *Covachuelo*. Así continuaban, y cada vez mas placenteros, y con mas satisfacciones, si no venia un soplo

de desgracia, ó al fin, por término de una afortunada carrera, la segura é inevitable caída. Esta era muchas veces en colchon de plumas.

Ya con motivo de los dias ó cumpleaños de los reyes, ya con ocasion de algun otro acontecimiento fausto, se formaba en cada secretaría un expediente general de gracias, en el cual se repartian á cada uno de aquellos media docena de cruces de Carlos III, tres ó cuatro nombramientos de secretarios del rey con ejercicio de decretos, una ó dos encomiendas para los mas favoritos, y algun beneficio simple, ó alguna charretera, ó alguna pensión sobre una mitra para el hijo del que ya habia obtenido otras gracias y se veia cargado de familia. De esta manera se iban sucesivamente cargando de honores y condecoraciones, que no eran vanas y estériles. La pensión de Carlos III se pagaba puntualmente, las de secretario del rey solian percibirse de las cajas de la Habana, sin el menor quebranto por razon de cambio; los beneficios simples se cobraban por tercios religiosamente y lo mismo las encomiendas, consistiendo estas rentas en veinte, treinta, ó cuarenta mil reales anuales, las que menos valian. Las pensiones sobre mitras eran pagadas á gusto del interesado; pues el ilustrísimo señor obispo tenia mucho interes en tener obligado á un *Covachuelista* de Gracia y Justicia.

De esta manera subian como una espuma, ganando honra y provecho á un mismo tiempo. El trabajo no era capaz de abrumar á nadie, y se tomaba con despacio. Lo que no se hacia hoy, ni mañana tampoco; esta era la máxima de un *Covachuelista*. Cuando convenia, ó el expediente era voluminoso y complicado, habia el escelente recurso de darle *carpetazo*; que era condenarlo á muerte; y esto debia dar alguna especie de fama, porque un poeta de nuestros dias cantaba:

Repítase veloz de gente en gente.
el nombre del celoso oficinista
que sabe eternizar un expediente.

Tenia cada cual su escribiente, ademas de los de la secretaría, que en verdad entonces no eran muchos; y este escribiente, que pagaba de su bolsillo y con la esperanza de merecer su proteccion, le ayudaba en hacer cuanto tenia que hacer; aunque en obsequio de la imparcialidad habremos de decir, que extendian en limpio de su puño y letra muchas de las reales órdenes que firmaba el ministro; y que esto era costumbre general en la secretaría de Estado, donde no habia escribientes, y todo lo escribian los oficiales. A pesar del descanso que gozaban, era costumbre admitida ponderar mucho el trabajo, y en prueba de ello se les veia sacar de la secretaría y llevar á su casa su criado grandes legajos de expedientes, para que el escribiente los extractase. Madrugando para trabajar, y no habiendo interrumpido su tarea sino para tomar una jicara de chocolate, como se decia y repetia, era natural que á eso de las once sintiesen necesidad de tomar algun alimento. La secretaría daba un vaso de vino y un poco de pan, pero á los que adoptaban mejor una taza de caldo suculento y odorífero, se les llevaba de las cocinas de Palacio, ó bien alguna otra friolerilla de peso y sustancia.

Con tanta tarea y ocupaciones no tenian tiempo para cumplir con nadie, ni hacer una visita, como no fuese á personas de altos é importantes puestos, ó de favor y valimiento en Palacio. Como estaban dentro de la casa, eran muy puntuales á los besamanos y dias de corte, lo mismo á la de los reyes, que á la del Príncipe de la Paz y al cuarto del Príncipe de Asturias, en lo cual era preciso mucho tiento, porque era fácil verse en un compromiso, y era ese entonces uno de los negocios mas delicados para un cortesano novel. Aunque la asistencia á la secretaría era muy puntual, y ordinariamente cada cual sentado en su

silla guardaba silencio, ocupándose en sus negocios, esto no quitaba para que á la entrada ó salida, ó mientras se tomaban las once, se reuniesen en corrillo y hablasen, porque al cabo no habian de estar como cartujos, de chismografía palaciega y de intriguillas cortesanas, en que la ambicion no ocupaba todo el tiempo; que algo quedaba para escenas galantes y aventuras amorosas, materia que ocupaba en aquel tiempo feliz á la sociedad madrileña mas que la política. La conversacion despues de un besamanos ó de la corte solia recaer sobre lo concurrida y brillante que habia estado, habiendo la singular curiosidad de contar el número de personas que asistian, que se comparaba con otros dias, años y reinados, para ob-



El Covachuelista.

tener resultados importantes. «Me ha parecido el rey, decia uno, de mejor semblante que nunca... ¿Sabe V. quién era aquel con quien se paró la reina?... ¡Es preciso confesar que no se presentan en palacio brazos mejor torneados, ni ojos mas hermosos que los de S. M.!» Otro decia: «Pero han visto Vds. qué de largo pasó el rey por delante de Escoiquiz, y aun me parece que lo saludó con mas seriedad que otros dias... Poca gente me parece que ha habido en el cuarto del Príncipe de Asturias... ¡Qué buen mozo está!... Ya sabrán Vds. que anteaer estuvo á visitar

el Hospicio, sorprendiendo al administrador y empleados, y enterándose menudamente de la distribución y orden del establecimiento. Las atinadas observaciones que hacía, y el conocimiento que demostraba en las preguntas que dirigía relativamente á la administración de la casa, admiraban á todos los concurrentes. Mas hubiera dicho, si en aquel momento no entrase en la secretaría, y se dirigiese hácia el corro un oficial nuevo, criatura del Príncipe de la Paz, y con quien todavía no habían adquirido los demas mucha confianza é intimidad.

Como puede conocerse fácilmente, el oficio de Covachuelista no era tampoco muy difícil. Los extractos y reextractos se iban haciendo cada vez mejor con el auxilio de la práctica, y examinando los de otros compañeros ú antecesores. El mérito de los segundos consistía en que fuesen una quinta esencia del negocio ú pretension, ó bien esta reducida á su mas simple expresion, como que los *reextractos* eran lo que al rey leía el ministro en el despacho; y no era justo entretener muchos minutos á S. M., ni que los jabalies del Pardo esperasen largo tiempo al augusto cazador. Las minutas eran cosa mas difícil, porque al fin en esto no habia unas reglas tan seguras y precisas, que llevasen á uno, como suele decirse, de la mano; ni la imitacion podia llegar hasta el punto de que no fuese necesario mas que meramente copiar. Pero á pesar de esto, no faltaban para el caso algunos modelos ó si se quiere fórmulas, hijas del uso, y aconsejadas por una buena experiencia, que facilitaban en extremo la operacion y daban al hombre mucho alivio y expedicion. Hay obras en que el principio es el todo; y teniendo esto, está todo hecho. Así sucedia con los decretos y reales órdenes. El principio estaba en el tintero; no habia mas que principiar escribiendo desde la orilla misma del papel: «Enterado el rey nuestro señor del expediente instruido con motivo de... y en vista del informe de... se ha servido resolver, etc.» ó mas breve. «Es voluntad de S. M. que inmediatamente que reciba V. S. esta...» (haga ó torne, ó lo que sea). Para los decretos estaban en uso comun los gerundios ó participios, pasados ó de pretérito: «Deseando por cuantos medios están al alcance de mi paternal solicitud proporcionar todo género de alivios á los pueblos que la Divina Providencia ha puesto á mi cuidado... en vista de lo informado por el Consejo Real en el pleno celebrado en tal dia con audiencia de mis fiscales, y de lo expuesto unánimemente por la junta de ministros, he venido en mandar lo siguiente: Artículo 1.º, etc.»

Estas fórmulas sin embargo no eran cosa despreciable, ni que merece tratarse con desden por los que ni esto saben, y que ignoran la razon de ellas y su conveniencia. ¿No tienen sus formas propias de locucion un discurso académico, una memoria, una arenga dirigida á un príncipe, ó una epístola familiar? pues ¿por qué no la han de tener los documentos oficiales y de cancillería? La claridad, la sencillez, la precision son caracteres especiales de este género de escritos; y si á esto se agrega que la analogia, la semejanza ó identidad de los actos, debe producir naturalmente analogia, semejanza ó identidad en su verdadera y propia expresion, vendremos á parar á lo que constituye las *fórmulas*. El lenguaje oficial, que en otro tiempo sabian usar muy bien nuestros antiguos oficinistas y diplomáticos, lo han solido ignorar los literatos; y uno de los mas eminentes que hoy viven, nos ha confesado candorosamente que lo desconocia hasta que lo aprendió manejando expedientes antiguos, y escribiendo á las órdenes de un hábil ministro, de cuya boca oyó sobre esto observaciones que le parecieron justas y muy estimables.

Volviendo á nuestro *Covachuelo*, de que por un momento nos hemos distraido, diremos que lo mas singular en él era qué á pocos dias de ocupar su silla

aprendia, así como quien no dice nada, lo que parece imposible penetrar á nuestra flaca inteligencia, el destino futuro que la suerte le tenia preparado. ¿Cuál era este? En esto habia alguna variedad; si el Covachuelista era de Estado, esperaba tranquilo, como salida, una plaza de ministro plenipotenciario ó encargado de negocios, ó bien si no queria salir de Madrid, la secretaría del Consejo de Estado, ó la de la orden de Carlos III, ó la contaduría de la misma: si era de Gracia y Justicia, le estaba aguardando la secretaría del Consejo de las Ordenes Militares, la de la Cámara de Castilla ó de la corona de Aragon, ó cualquiera otra cosa que le daba la gana de pedir: si era de Hacienda, le estaban reservadas la intendencia de Barcelona, es decir de todo el principado de Cataluña, ó la Intendencia-Asistencia de Sevilla, ó una plaza de capa y espada en el Consejo de Hacienda: si era de Guerra, contaba como cosa propia la secretaría del Consejo, ó una plaza de ministro en aquel tribunal, ó la intendencia militar de Aragon; y por último, los de Marina iban á descansar á la secretaría del Almirantazgo, plazas de este consejo, ó intendencias del ramo. Por manera que del Covachuelista no podia decirse, como de todos los hombres, que sabia donde habia nacido, pero no donde habia de morir. El Covachuelista hasta esto sabia.

Si una desgracia, imposible de prever, y que salia del orden natural de las cosas, ó bien alguna diablura ó fechoria (porque al fin todos los hombres somos frágiles y el enemigo es sutil) interrumpia esta série continua de goces y de esperanzas satisfechas, entonces se interponia paz y caridad; esto es, los compañeros y amigos, que por espíritu de cuerpo, y por honor de este, conseguian templar la cólera ministerial, y hacer que se le diese al caido una de las salidas que hemos apuntado, ó bien alguna cosa mejor y mas descansada lejos de esta Babilonia de la corte. Porque en aquellos tiempos, en que hay mucho que celebrar respecto de costumbres privadas y públicas, era verdadero y eficaz el espíritu de cuerpo, y este, y la amistad, que tampoco era un vano cumplimiento, extendian su tierna solicitud mas allá del sepulcro, para no dejar desamparada á la viuda, ni desvalidos á los huérfanos de un compañero de secretaría.

Como hemos dicho que estas plazas eran honra y provecho, y demostrado lo primero, solo nos falta hacer ver lo segundo, á fin de que resulte que para el Covachuelo honra y provecho cabia en un costal. En esta parte seremos breves, tanto por evitar escándalos cuanto porque no se crea que convertimos un retrato fiel en una caricatura. Como un Covachuelista no era un juez ni un magistrado, que debia dar á cada uno lo que era suyo, con arreglo á ley, y castigar ó absolver á los acusados, segun la misma regla, y conforme á lo que prescribe la justicia conmutativa; como era el conducto por donde se distribuian gracias, honores y mercedes, en que las reglas de la justicia distributiva no son tan precisas, tan exactas, tan fijas, ni tan reconocidas; y como por último su favor se limitaba en muchas ocasiones á presentar el asunto bajo su verdadero punto de vista, haciéndolo claro y perceptible á S. E. y activando su despacho y la comunicacion de las órdenes; parece que la conciencia mas escrupulosa, podia, sin tomar siquiera agua bendita, recibir cualquiera friolera que la amistad ó agradecimiento enviase. Y como aun despues que el agraciado iba á su insula no olvidaba las atenciones y el favor recibidos, y le acomodaba tener consecuente y siempre propicio al Covachuelo protector, no olvidaba enviar algun recuerdo en diversas épocas del año; y así la despensa de aquel, para cuyo uso necesitaban algunos un cuarto entero, contenia lo mas estimado y regalado

de cada provincia. Allí en una hilera de pipotes, se leían sucesivamente los nombres de moscatel, Jerez, Peralta, Málaga y malvasía; allí se veían en abundancia extraordinaria; los garbanzos de Fuentesauco, los jamones de Galicia, los chorizos y demas embutidos de Extremadura, el queso de Tronchon, y numerosos botes de toda clase de alimbares; en fin, allí se encontraba de cuanto Dios crió, como tributos ofrecidos por todas las provincias del reino. Esto era lo general y ordinario: con la sola diferencia de que los que tenían negociado de Ultramar, recibían cocos frescos en abundancia; y en la misma botes bien acondicionados de piña, guayabo, tamarindos, etc., así como estimables galápagos de plata, cajones de esquisitos habanos, con chales de la India para la señora, y juguetes de la China para los niños.

Pero estas buenas prácticas, que ya casi han desaparecido, son sin embargo las que mas se han mantenido, y puede decirse que han durado hasta que el trasiego continuo de empleados y la inestabilidad permanente de todo, no han dejado que se forme empeño en asegurar el favor y cultivar la amistad de quien quizá no podrá nada el día de mañana. Esto ha ido alojando las relaciones cortesanías con perjuicio de muchos, y ha escusado aquellos provechos autorizados. Mas ya que naturalmente hemos venido á tocar en los tiempos modernos, que son los del actual reinado y de nuestra revolucion, estamos en el caso, para terminar este mal trazado bosquejo, de indicar ligeramente aquellos perfiles y el matiz propio, que constituyen al moderno y flamante oficial de secretaría, ó con mas propiedad, *chef de bureau au département* de...

Este tiene mucho de frances, aunque haya algunos casos de anglo manía. Esto es muy disculpable y bien natural. Como desde la última enfermedad del rey padre entraron sucesivamente sujetos de mucho mérito, que habian pasado largos años de emigracion en Francia é Inglaterra, en cuyos países habian perfeccionado sus estudios, forzoso era que hubiesen contraído otros hábitos y otras costumbres, y que hubiesen modificado notablemente sus ideas. Como desde aquella época se inauguró una era de fomento y de mejoras, forzoso era tambien, que para todos los ramos de la administracion se buscasen, como auxiliares del gobierno, é instrumentos de sus sábias y benéficas resoluciones, aquellos sujetos que por sus estudios ó escritos habian adquirido una merecida reputacion; y como estos estudios, particularmente en administracion propiamente dicha, en economía pública, en ciencias naturales, y en las varias aplicaciones de las exactas, los habian adquirido en libros franceses los mas, natural era que sus ideas siguiesen la misma tendencia que en el reino vecino, y que por consiguiente tambien los mas anhelasen trasplantar á nuestro suelo los gérmenes de prosperidad, que son el mas rico producto de la civilizacion extranjera. Abierta así la puerta á la instruccion y al talento, recayó el favor (cosa siempre indispensable en una corte) en oficiales que cultivaban ó profesaban los diversos conocimientos que exigia la realizacion de los pensamientos del Gobierno.

Sentado esto como preliminar, y dejando á un lado las numerosas escepciones que ha tenido por circunstancias de todos conocidas, solo observaremos, que reemplazados los meros oficinistas por facultativos y gente letrada, ha habido ocasiones en que, para que nada faltase, se ha llegado hasta el extremo de llamar tambien, botánicos, químicos, matasanos y farmacópolis, y sobre todo meros poetas. Si los primeros, despues de tomar un oficio contrario á su vocacion y á sus hábitos, han demostrado que se puede saber muy bien una ciencia, y al mismo tiempo ignorar las relaciones de esta con la sociedad y la administracion, como igualmente la organizacion de los

estudios públicos que la han de difundir y propagar; los poetas han probado mal, y lo que es mas triste para quien ama la gloria, han menoscabado mucho su reputacion y su crédito. Ya se ve, gente que (no todos ni los mas dignos) desdeña hasta las reglas de su arte, considerándolas como un yugo: gente que aplicando todos sus esfuerzos al desarrollo de la sensibilidad, se acostumbra á mirar los hechos y los acontecimientos bajo el aspecto, no de la verdad que revelan, sino de la belleza que descubren; y gente en fin que, vehemente y apasionada, no puede habituarse á los cálculos complicadísimos, y profundos que supone cualquier importante resolusion del gobierno, no era muy á propósito para servirle ni para ayudarle, sino á caer. Se les mandaba poner un manifiesto á la nacion, y levantaban una gazapera de quince mil demonios: si ponian una circular, no era comprendida, y á vuelta de correo venian un sinnúmero de consultas: se les encargaba extender una nota para los gabinetes extranjeros, y era necesario que el gefe se tomase el trabajo de ir borrando las frases y retóricos conceptos, las expresiones inconvenientes, y los epítetos de mero lujo, con el fin de evitar una interpretacion siniestra, y de que se pidiese oficialmente una explicacion. No es lo menos atendible la nativa pereza y falta de asiduidad, y que como acostumbrados á esperar sagradas inspiraciones, y momentos favorables para el genio, no están siempre de humor de trabajar, que al cabo es cosa prosáica y de horricos.

Si el moderno oficial de secretaría comparado con el antiguo Covachuelo, parece género de extranjería, tiene sobre este la ventaja de no ser tan vano, pues antes bien se muestra mas humano y tratable: como por ser generalmente muy moderno en los negocios no ha contraído el hábito de pensar y retener en su memoria muchas cosas á un tiempo, parece en muchas ocasiones como distraído, y que ni comprende ni oye lo que se le dice. Su memoria es fatal por lo dicho antes, y no será muy fácil que la mejore, y tenga presente en su mesa lo que le han dicho en la sala de audiencias, porque tiene la debilidad de creer de buen tono su mala memoria, y sus olvidos perennes y sus distracciones, como cosa propia de grandes hombres de Estado. En esta parte no cabe ya curacion; pero sí puede tenerla la agitacion continua que lo aqueja, y que no le permite reposo ni sosiego: ya lee el *Eco*, ya habla con este, ya se acerca á un corro de compañeros que hablan y discuten acerca de las noticias del día, y de la sesion anterior en el congreso, y del magnífico discurso de Galiano, y de aquella violenta é intempestiva interpelacion dirigida al gobierno; ya sale á la portería, porque le han pasado una tarjeta por contraseña; ya van á la secretaría, ya baja al archivo, ya sale á Guerra ó Estado, á saber de una instancia de su primo, que tiene recomendada; porque al fin es menester matar el tiempo hasta las cinco ó las seis, que sale precipitado, cansado y con la cabeza caliente. Vuela á su casa; y los que en ella le esperan, y los que por el camino le encuentran, se admiran de su mucho trabajo, y no estrañan de que no tengan tiempo ni para rascarse la cabeza.

Segun el negociado que tiene, el ministro lo llama mas ó menos veces. Si tiene el negociado de convenidos de Vergara, ó el de seguridad pública, ó el personal en Hacienda, ya tiene bastante para que no le dejen sentado cinco minutos, y para que le vuelvan loco. Cada vez que entra en el despacho de S. E. hay que perder una hora por lo menos, porque hablan de los proyectos de ley que se están preparando, de la votacion que se ha perdido en el senado, de los muchos y respetables compromisos que hay para un solo y mismo destino, del lenguaje furibundo de los diarios de la oposicion, y

de las calumnias que contienen tal y cual, que es forzoso desmentir inmediatamente por medio de los periódicos ministeriales.

Por cálculo y por ambición este oficial de secretaría, que se muestra afable con sus inferiores, consecuente con sus amigos, accesible con el público, que ni se ha hecho su gran uniforme, ni tiene una cruz, ni ha concurrido á un besamanos, está dominado por una pasión noble, la de obtener las palmas electorales en las próximas elecciones; y para conseguirlo ¡cuánto hace! ¡cuánto escribe! ¡cuánto discurre! ¡qué cartas pone tan finas y tan bien estudiadas para los caciques, ó, como ahora se dice, influyentes de su pueblo ó partido! ¡Qué esperanzas tan delicadamente fomentadas! «Muchas cosas, dice, al buen mozo; creo que pronto pensará V. en darle carrera, y si quiere ser artillero, puede V. contar con su amigo.» «Sería muy útil promover la carretera de ese pueblo al punto inmediato, y declarar á esa, capital de partido. Para ello sería conveniente activar el expediente tanto en las Cortes como en el Gobierno. Si yo mañana pudiese, tendría mucho gusto en trabajar en este asunto: Vds. pueden contar con que tendrán en mí un agente eficaz.» Cuando ya aparece su nombre en uno de los primeros lugares de una candidatura, se siente animado y satisfecho, y su alegría se aumenta y sus esperanzas se acrecientan, á medida que ve reproducida aquella candidatura en todos lo periódicos ministeriales. El resultado del escrutinio general se aguarda con impaciencia, sin embargo de que en los correos anteriores se le escribe por sus amigos C por B cuanto ocurre en la votación y las probabilidades que va ofreciendo. Si la noticia de su elección es el ministro su gefe el primero que la sabe ¡con qué prisa lo llama á su despacho, y con qué íntima satisfacción, que rebosa hasta los ojos, le da con muda sonrisa la carta que acaba de recibir! Apenas se la devuelve y se han comunicado recíprocamente algunas felices nuevas, porque las infaustas no se hallan en aquellas regiones, le da el gefe la mano muy apretada en señal de enhorabuena y de confianza. No ha pasado un mes, cuando llega corriendo un portero hasta la mesa de nuestro oficial, y le dice: «S. E. que es la una, y que espera á V. S. para ir al congreso.» A los cinco minutos van desempedrando las calles en un simon, departiendo sobre los votos de que consta fijamente la mayoría, y discurrendo acerca de los medios de producir algunas deserciones en el campo enemigo.

Este mismo oficial es casi invisible para el público mientras dura la sesión. Llega el día de audiencia y no da audiencia. En su casa no recibe á nadie ni aun á las personas recomendadas: en la secretaría entra por una puerta escusada: á los numerosos amigos que con él se interesan para que despache tal expediente, no puede absolutamente servirlos, porque no tiene tiempo para nada, ocupado con los trabajos de la comisión de gobierno interior, ó de plan de Hacienda; pero á todos contesta con muy buenas palabras, como hombre político y cortesano, dando á este la mano, pidiendo á aquel un cigarro, dando una bromita á fulano y una cita á Zutano; siempre y á todas horas elegante, marcial, introducido, de buen tono, todo frances, todo inglés. Si se trata de ópera ó de baile, se extasia al recordar á la Tagliani y á Tamburini: si lo veis muy deprimida á las seis de la tarde es porque tiene que ir á comer á casa del duque de Frias, ó del embajador frances: á la hora de concluirse la función del Liceo, se presenta un momento, para saludar á cuatro amigos, y que lo vean al lado de una bella elegantísima decirle... al oído... ¿qué?... nada de particular. Si entra á fumar un cigarro en el Ateneo, ó se pasea solo, como preocupado de graves meditaciones, ó da con señales de mucha importancia alguna noticia ya pública, ó afec-

ta una reserva mal llamada diplomática, porque los diplomáticos tienen que hacer forzadamente un cambio recíproco de confianzas y revelaciones. O escribe de muy mala letra, que dicen es de grandes hombres, ó á la inglesa, por ser la mas bella escritura. Si un antiguo amigo ó compañero de colegio se le acerca diciéndole: «hombre, ahora pudieras tú hacer algo por mí.» le contesta «¿qué te acomoda? echa la vista á una cosa buena, buena y veámosnos.» aunque este encuentro no tenga para el amigo otro resultado que el de hacerle dar algunos pasos inútiles, y fomentar en su cabeza por un par de semanas esperanzas que se disipan, con todo, como dió la grandísima casualidad de que oyeran otros amigos aquel breve diálogo, uno de estos se separó despues diciendo: «¡qué buen muchacho es fulano! ¡qué consecuente es con sus antiguos amigos! ¡qué excelentes sentimientos tiene!»

Como nuestro oficial de secretaría no tiene de vida mas que desde 1834, y es por consiguiente moderado, todavía no hemos observado bastante acerca de su suerte futura y de su fin. Sin embargo, podemos asegurar que en este decenio, por cierto bien azaroso, no ha envejecido nuestro oficial, ni aun generalmente ha muerto de otra muerte que de la civil. Este es un privilegio de que hasta ahora ha gozado. De algunos casos poco aislados, y que no forman todavía una condición propia y general, resulta que cuando termina su carrera por muerte natural, muere en soledad y desamparo, á no ser que corresponda á alguna cofradía política, que desee ostentarse y hacerse oír al rededor de su humilde tumba; á no ser que muriendo por alguna causa también política, se le ensalce hoy y se le aclame por héroe y mártir para mañana olvidarlo.

ANAYA.

EL BOTICARIO.

Ix diebus illis... En aquellos tiempos en que las tiendas donde se vendían los medicamentos, se llamaban *boticas*, y sus dueños por una consecuencia legítima *Boticarios*, no necesitaba explicaciones *pan-lexicales* (y ya huele á *tisana* esa palabrita), el epigrafe de este artículo; pero hoy día que las mismas casas de fabricación y comercio medicinal, se llaman oficinas de farmacia ó *farmacias*, como dijo cierto traductor, y los directores de ellas se apellidan farmacéuticos, es indispensable manifestar la distinción que, *teóricamente* hablando, existe entre ambos «cocineros de Galeno.» (Así dice el vulgo que los llamaba el vulgo del siglo pasado.) Y empezamos nuestro trabajo con esta explicación por evitar interpretaciones de todo género, y porque, lleguemos tarde ó temprano á la botica, siempre hemos de hallar en ella á su dueño como fiel observador de la parte que tiene en el anatema, refrán ó sentencia que dice: «Médico viejo, cirujano joven y Boticario cojo.»

Cuando la química (esto va por lo serio) madre legítima de las ciencias naturales, y nodriza universal de todos los conocimientos humanos, estaba rompiendo á hablar y preludiaba tal cual diente, ansioso ya tomar los andadores, estaban en pañales ó algo menos, todas las ciencias que algun día habían de ser sus esclavas; y una de ellas, entonces niña de teta y ahora poco mas, era la farmacia. En la actualidad habla ya de corrido la química, y aunque algo voluble en sus idiomas (*nomenclaturas*), se deja entender bastante bien, y si no se sabe todo lo que se debiera en este punto, es porque á esa señora le falta mucho

que aprender. Sin embargo, la química ha hecho por la farmacia todo lo necesario para que ese ramo de la oficina central, *ad pasaportes postumos*, pierda el ingnominoso é inmerecido nombre de arte, y tome el de ciencia, convirtiéndolo sus rutinarios secuaces en ilustrados profesores.

Y como quiera que yo estoy asustado de escribir por primera vez en mi vida con tanta formalidad, temo echarlo á perder si continúo por ese camino de gravedad y compostura, en el que, científicamente hablando, creo haberlo hecho muy bien. Porque yo sé de memoria que no soy un sábio; pero todo en este mundo es relativo, y aunque la generalidad de mis lectores crea, con mucha razon por cierto, que no he dicho nada aun, mi apreciable amigo D. Nemesio de La-llana y sus dignos comprofesores, los señores Camps, Leon y Lletget, se estarán haciendo cruces de que sepa tanta farmacia aquel... (¡que vergüenza!) aquel holgazán que fue su discípulo años pasados. Todos y cualquiera de esos ilustrados catedráticos en particular, hubiesen jurado que yo no sabía ya lo que era farmacia. Pero no tanto, señores míos, y si no temiera dejar airosa la justicia de su fallo, diría que «farmacia, es la ciencia que tiene por objeto conocer y elegir las yerbas mas baratas, prepararlas con el agua de la fuente inmediata, si no tuviese pozo la botica, y convertirlas... en moneda corriente.» Si ya no fuese ciencia, pudiera decirse muy bien que era: «el arte de comerciar con la salud del prógimo.» Pero en ese caso resultaría que los enfermos eran tratantes en calenturas y pulmonías; cosa que ni en broma se puede admitir. Malo es tener tercianas, segun dicen los peritos; pero seria peor no encontrar quien hiciese píldoras de quinina. Por lo demas, ya se sabe que la riqueza del Boticario está en razon inversa de la salud pública; y que cuando acude por las noches á «sacar el cajón,» brilla de alegría si puede decir al criado:—Mañana salmon y ternera (*aparte*) á costa de los que comieron hoy ruibarbo y genciana.

Y esto que á muchos les habrá parecido apearse por las orejas, ó empezar el artículo por donde debiera concluir, ha sido casual y ajeno en un todo de nuestra voluntad. Pero donde menos se piensa salta la liebre, y allí donde cree uno ver un corista de teatro que va muy embozado al anochecer de un día de junio para no resfriarse, se encuentra con el teniente cura de una parroquia que se dirige á la (ó á una de las, gracias á la multiplicacion del siglo) botica del barrio, para hacer la partida de tresillo al farmacéutico. Por eso yo, que maquinalmente he seguido á uno de esos capellanes, me quedaré oculto tras la redoma del *óxido hidrico* (agua comun); que aunque mi figura no es muy abultada, bueno es cobijarse tras el cacharro mas grande del establecimiento. Y puesto que tenemos agua en abundancia, no nos falta mucho para hacer una botica completa.

Las indicaciones que apuntamos al principio de estas líneas sobre la enorme distancia que separa al farmacéutico práctico del boticario teórico, nos han de servir de guía en este artículo, que aunque á primera vista parece estar algo adelantado, no da principio hasta la siguiente línea:

La botica, y bromas á un lado, es una cosa; la oficina de farmacia, y chanzas aparte, es otra. Antiguamente, y no sale la fecha del siglo actual, había en Madrid un número determinado y reducido de boticas; al cambiarse estas en oficinas de farmacia, se han multiplicado por tres, como los faroles del alumbrado antiguo; pero con la diferencia de que estos se han dividido por ese número y por cada tres ha quedado uno, y de aquellas hay tres por cada una de las que había *in illo*.

Unas puertas vidrieras de nogal oscuro, unas cor-

tinillas de color de rosa, si hemos de creer á los que las vieron antes de volverse blancas, un ventanillo cuadrado que permitia entrar una botella de cuartillo y medio, y no deje salir una redoma, y finalmente una gran muestra parda con clavos romanos, donde se lee en letras encarnadas:

BOTICA

del DOCTOR

DON MATIAS HERNANDEZ DE SILVERIO Y LANUZA,

es todo la que se necesita para poder decir: Aquí nació, vivió y murió el abuelo del que dió el ser al hombre que por no ser menos que su padre, y no perder la formidable herencia de la botica, es hoy farmacéutico práctico, y no sufrirá que deje de serlo mañana el primogénito (siete-mesino, porque á su madre la removió antes de tiempo el olor de la jalapa), á pesar de la inexorable y temible fatalidad del siglo XIX que le ha hecho poeta. Pero no se crea que entretenidos con la portada de la botica, nos hemos de olvidar del dueño de ella. ¡qué disparate! Ahora mismo vamos á llegar al ventanillo y á pedir, no un simple eualquiera, porque en ese caso no conseguiríamos nuestro objeto, sino un medicamento de uso externo, añadiendo que es para tomarlo en ayunas; en cuyo caso verán Vds. como D. Matías, nos hace pasar adelante, nos obliga á tomar asiento, y nos refiere la historia de la farmacia, que suprimimos si á Vds. les parece, y las leyes penales del Boticario que callaremos igualmente. Este es un medio muy suave para que podamos asistir, un par de horas siquiera, al bufete de nuestro farmacópola.

Don Matías Hernandez de Silverio y Lanuza, tiene cincuenta años, y si no los tiene le falta poco: su levita es holgada y crecedera, pero verde botella; su pantalon de paño negro, cuando no es de lienzo blanco; eso va con las estaciones, y poco nos importa que él no se ponga de verano hasta el día del Corpus, ni de invierno hasta el 1.º de noviembre; no gasta botas ni usa chinelas; pero cada uno en su casa hace lo que quiere, y sus zapatillas de orillo negras, si no son ajustadas al pie, están en su lugar y punto concluido; media blanca, corbatin idem y chaleco de piqué amarillo; ni le hizo falta nunca, ni él dió lugar á que le hiciera, porque desde luego compró vara y media de tela para el chaleco, y tres libras de hilo para las calcetas. El único anacronismo de su traje, y de eso bien sabe Dios que no tiene él la culpa, es un gorro griego, encarnado, que le bordó con sedas de colores su hija la colegiala. No gasta patillas, aunque se sabe que le gustan, porque creeria ofender con ellas al público, faltando al decoro y á la gravedad de la profesion; sus ojos son azules, sin que el *nitrate de plata* se haya ocupado nunca en volvérselos negros; su barba puntiaguda, su nariz aguileña, y á despecho de los olores mas fuertes, y de los reactivos mas diabólicos, sus mejillas están coloradas y sanas como dos camuesas. Ese es D. Matías el boticario, y ese es su traje, sin las muchas históricas de *eolophonix pallidum* y del *oleum serpentum terrestrem*, y sin el *sirup violarum*, que cristalizó en las solapas, y yo he tenido buen cuidado de velar á vuestros ojos.

Tal cual le habeis visto, estaba mi hombre cuando, ignorante por supuesto de que yo me hallaba oculto tras la redoma del agua comun, y con un manajo de llaves en la mano, subia á la boardilla en busca de unos sacos de mostaza en grano, que el mozo debía sin dilacion, por medio de una trituracion que pareciese pulverizacion, reducir á la menor expresion, para cuando hubiese ocasion de curar algun causon, ú otra enfermedad que no acabase en on; ó algun enfermo de aprension, de esos que se

aplican por desesperacion un sinapismo en el talon.

Prepara el Boticario trabajo á su criado (*vide* mozo de botica) para todo el dia y se dirige al cuartel general de sus operaciones, al foco céntrico de sus tareas, al positivismo de sus tisanas, á la aristocracia de los mostradores, á la mesa, en fin, donde se estienden las cantáridas, se embotellan los cocimientos y se hacen las píldoras. Por costumbre y hasta casualmente si se quiere le sirven el chocolate sobre el cajon del dinero, y desde ese sitio vigila las operaciones de los practicantes, evita sus despilfarros, recogiendo los granos de goma y las hojas de sen que ruedan sobre la mesa, da conversacion á los parroquianos, juzga y discurre sobre la oportunidad del medicamento que prescribió el Hipócrates, y hace en suma lo que se verá á continuacion. Las drogas que se despachan por la mañana temprano, pertenecen generalmente á la seccion de perfumería; y esto se sabe porque los que las compran añaden el uso que piensan hacer de ellas, sin cuyo requisito creen que les dan una cosa por otra. Las voces mas usuales á esas horas son:

—Boticario, dos cuartos de pomá pal pelo.... que huela á rosa y no sea V. miserable, endino.—Ave María; deme V. dos cuartos de cremol pa los dientes y écheme V. un polvito de quina.—Cuatro cuartos de asta de ciervo molido (en o) para limpiar el sable de mi marido.... Maldita Melicia que siempre me está haciendo gastar dinero (1).—Dos cuartos de goma agabira pasada por tamiz, que es para hacer bandolina.—A mi dos d'arbayarde *branco* molfo, para dibujar una d'mantilla de bronda negra....

Todo esto pasa mientras el practicante, *mozo-rubio* de pelo negro y luengo, con barba larga y negra, boina azul con borla de plata y blusa de percal morado, pasa el plumero á las redomas, sacude el botámen, da tierra blanca á los pesos de plata y limpia con particular esmero los *ojos del Boticario*. (Llámanse así dos secciones de forma ovalada que llenas de frascos pequeños y bautizadas técnicamente con el nombre de *cordialeras*, ocupan la parte principal de las boticas.) Y este paréntesis le hará conocer al lector lo impropio que es decir cuando se trata de una cosa justa y merecida: «le viene como pedrada en ojo de boticario;» pues en las tales *cordialeras* encierra el farmacéutico, los espíritus, los extractos y en suma lo mas selecto de su patrimonio; motivo mas que suficiente para que ponga en ella sus ojos.

Una vez limpia la botica, que suele ser á las dos horas de abrirse la puerta de la calle, van llegando los criados de servicio con las recetas que los médicos prescribieron en su visita matutina, y el boticario empieza sus preguntas de ordenanza en estos términos: — ¿Cómo sigue tu amo, farruco? ¿qué tal ha pasado la noche la señorita? ¿le hizo operacion la tisana al cochero?... Esos asturianos necesitan dos libras de *sulfato de magnesia*... Y otras por el estilo; aparentando tristeza si los remedios prescritos son extremos, ó alegría, cosa que le cuesta gran trabajo, si indican una convalecencia próxima.

Los enfermos pobres del barrio, vergonzantes para irse al hospital y faltos de recursos para pagar las visitas del esculapio, tienen sus horas de consulta con el boticario, que sin ver al paciente las mas veces, ordena polvos de su cosecha y receta emulsiones de su farmacopea particular, ganando en ello un ciento por ciento. Pocos son los boticarios que se ocupan de un contrabando médico tan inmoral y tan infame; pero algunos se han enriquecido con ese comercio y no sé yo dónde se esconderia mi tipo si alguna vez saliesen de sus sepuleros los infelices á

quienes dió boleta para el cementerio, con una caja de polvos amarillos que así podrian estar compuestos de dos partes de harina de trigo y una de quina, como es verdad que costaron 12 rs., escasos si el infeliz paciente solo reunia 10 ó 10 1/2 despues de malvender sus andrajos. Hay casos en que el curandero de que hablamos suele darla de filantrópico, y cuando no puede ganar el ciento por uno suele despilfarrarse hasta el dos. Pero echemos dos libras de ácido sulfúrico sobre esas debilidades de mi tipo, y asistamos de nuevo á su oficina para que no se nos escape algun hecho importante de su variado aunque constante ejercicio.

Don Matías, era sobrino, y no lo es ya porque murió su tio, del boticario de su pueblo; aprendió latin, y lo olvidó á Dios gracias, con el dómine de Pioz; entró á manejar los botes á la edad de 10 años, pero ya llevaba dos y medio de recoger la flor de malva y amapola; á los tres de práctica ya habia aprendido el manejo de la espátula, se quedaba solo en la botica, cuando su tio iba de caza, y vino á Madrid con 16 años de edad, y 6 de oficio á servir una plaza de practicante en la botica del Hospital general. Hoy dia tiene (50 menos 10) 40 años de práctica, cree saber su obligacion como el doctor Hernandez de Gregorio, que es su ángel tutelar, y le conviene haber olvidado el latin, aunque él no está en el secreto, para poder traducir las recetas de ciertos médicos, que por no avergonzarse el dia de mañana de lo que recetaron ayer, lo ponen en un idioma que si se hablaba en la torre de Babel, ya se ha perdido la tradicion. Los practicantes de su botica son dos estudiantes del colegio de San Fernando y el mas atrasado, que está matriculado en segundo año, tiene certificaciones de latin, lógica, aritmética, álgebra, geometria, mineralogia, zoologia, botánica y física experimental; el otro estudió, á mas de todo eso, química y materia farmacéutica; ambos aborrecen de muerte á los *practicantes*, y sostienen una disputa continua con don Matías que no puede convenir en que todos esos estudios, especialmente la lógica, sirvan para hacer una anti-estérica ó clarificar un jarabe. A pie y descalzo iria mi hombre á Roma por no escuchar una teoría, ni oír hablar de las emetinas y opólitos que toda la vida se han llamado zumos é *hipecacuanas*. Estas cuestiones son curiosas de oír, y ya me alegraria yo saber de memoria alguna de ellas para que viera el lector los esfuerzos desesperados que en este ramo como en otros varios del saber humano hace la ignorancia para dar á la mano del hombre límites mas estrechos de los que un tiempo se creyera que le estaban señalados. Con saber don Matías que Andrómaco, médico primario del emperador Neron, fue el autor de la triaca magna, que esta medicina es buena para muchas enfermedades, que Felipe V le prohibió elaborarla en su casa y que la venden en el Colegio de Boticarios; ¿para qué necesita romperse la cabeza con las diferentes teorías del Kermes, cosas que, como él dice, solo á Dios le cumple saber? Pues si él, que no tiene mas libros que la Farmacopea hispana, la matritense, y algunas hojas del Dioscórides, solo acude en caso de duda al *memorandum* manuscrito que su tio, por imitar á su antecesor no se llevó consigo al otro mundo, ¿para qué ha de gastar dinero en esos libros franceses acabados en *oier* y *eau* que dicen que para ser farmacéutico es preciso tener química; siendo así que don Matías para ser Boticario solo trató de tener esposa? Ahora mismo, mientras hemos pasado revista á la biblioteca de nuestro tipo, le ha ocurrido un lance que ha dado lugar al siguiente diálogo, entre él y uno de los practicantes:

—Pero don Matías, advierta V. que mientras el embudo ajuste herméticamente á la tubulura, no podrá V....

—Tú sí que estás herpético y turulato; veinte

(1) Esto se entiende, ó entiéndase, cuando habia Constitucion, porque en tiempos de absolutismo habia realistas; ahora no hay ninguna de esas milicias ciudadanas... *ergo*... (Pase al Congreso de Diputados la consecuencia.)